Elke Schwarz K.



INVIERNO, ÚLTIMA ESTACIÓN

EDICIONES EL LIBERO

Invierno, última estación

Elke Schwarz K.

A los cuatro puntos cardinales de mi vida:

Roberto, Cristian, Maximiliano y Esteban

Un agradecimiento especial a mi abuela Ilse, por su ejemplo y valentía; a mi tía Eva, por su gran perseverancia; y a mi padre Heinz, por el optimismo con que siempre ha enfrentado la vida.

Contenido

Invierno, última estación
Dedicatoria
Dedicatoria
Presentación
Primera Parte: Ilse
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
Segunda parte: Heinz
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
CRONOGRAMA
LOS PROTAGONISTAS
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Presentación

Acabo de cumplir 55 años y estoy a punto de hacer realidad una promesa que me hice hace 32, cuando empecé a entender algunos aspectos de mi historia personal y familiar que hasta entonces no me hacían sentido.

He tenido lo que uno suele llamar una vida buena, sin atesorar ni agradecer suficientemente lo que eso significa: una familia preciosa y una carrera profesional plena y llena de desafíos cumplidos. Pero tenía un pendiente, una espina que no me dejaba tranquila y que se remonta a 1986.

Había terminado la carrera de Periodismo en la Universidad Católica. Aún me faltaba rendir el examen de grado, pero se me había presentado la oportunidad única de trabajar durante un año para una empresa alemana que iba por distintos países vendiendo sus productos en ferias. Viajar era lo que más me gustaba en el mundo, pero, además, el punto de partida siempre sería Alemania, el país de origen de mi padre, por lo que podría compartir con mi abuela, tíos y primos que vivían en Stuttgart. El panorama era apasionante. Tanto, que incluso dejé en punto suspensivo al amor de mi vida, que prometió esperarme mientras yo recorría medio planeta en esta aventura. Además, me acompañaría uno de mis mejores amigos del colegio y la universidad, también periodista. Incluso planeábamos escribir reportajes sobre nuestros viajes para el diario El Mercurio.

Lo que nunca imaginé es que durante las semanas que alojé en Stuttgart en la casa que compartían mi abuela -que para mí siempre había sido la Omi, que vivía lejos y con quien nunca tuve mucho contacto- y Tante Eva -la única hermana mujer de mi padre- iba a conocer revelaciones que me impactarían tan profundamente.

Cuando escuché por primera vez la historia familiar de boca de mi abuela, no lo podía creer. Mi padre nunca había compartido con nosotros la tragedia que vivió durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, la increíble odisea por la que tuvo que pasar junto a su madre y hermanos para escapar de los rusos, el horror que padecieron sus parientes más queridos, las circunstancias lamentables que vivieron en la Alemania de post guerra y las verdaderas razones que tuvieron para emigrar.

De la familia de mi padre sólo sabía que eran seis hermanos, cinco hombres y una mujer, que habían llegado a Chile después de la guerra y que mi abuela había regresado tiempo después a Alemania junto al menor de sus hijos. Y también que venían de una región llamada Prusia Oriental que, por más esfuerzos que hiciera, nunca logré ubicar en el mapa. Menos sabía que estaba al otro lado del famoso "corredor" polaco, el que había jugado un rol relevante en el inicio de la Segunda Guerra Mundial, y que en ese momento estaba haciendo historia por el desacato de un sindicalista llamado Lech Walesa a lo que se suponía era el gobierno de los trabajadores.

De mi abuelo paterno solo tengo el recuerdo de una fotografía colgando a un costado de la cama de mi padre. Me hacía gracia, porque siempre pensé que tenía el pelo largo. Con el tiempo entendí que era una sombra que se proyectaba sobre el retrato, pues se trataba de una foto carnet de baja resolución que había sido ampliada al máximo. Los granos ofrecían esa ilusión óptica.

Acá en Chile, mi padre se había integrado muy bien a la familia de mi madre, los Kusch Schöbitz -también inmigrantes, pero de mediados del siglo XIX-, y teníamos una relación cercana con todos los tíos y primos de esa rama. Sí tengo muy presente que para él lo más importante siempre fue nuestra educación, al punto de hacer sacrificios que en ese entonces no resultaban fáciles ni para ellos ni para nosotros. Desde muy temprano nos enviaron a pensiones e internados que nos permitían estar más cerca de los mejores colegios, primero en Puerto Montt y después en Santiago.

Aún hoy suena increíble para muchos de mis amigos que mis padres me hubieran enviado sola a los 14 años desde Llanquihue a la capital para cursar el colegio en una época compleja, como eran los fines de los '70. Y es que el Colegio Alemán de Santiago había implantado el sistema de educación dual tan exitoso en Alemania. Además de la enseñanza media, saldría también con el título de técnico comercial, que me sería útil si surgía algún problema. Por supuesto, también podría ir a la universidad si así lo quería.

Entendí la obsesión de mi padre por nuestra educación cuando internalicé que él había cursado sólo hasta sexto básico. La guerra y el trabajo que tuvo que desempeñar durante el resto de su infancia le impidieron cumplir los sueños que de seguro tenía. Siempre ha sido una persona muy creativa y me lo imagino como un excelente ingeniero, diseñador, navegante o astrónomo si la vida hubiera sido diferente para él.

Sentada en la salita familiar de la casa de mi tía en Stuttgart, cuando mi abuela me narraba con todo detalle lo que había padecido en ese interminable invierno de 1945, el más helado en décadas, para salvar la vida de sus hijos, no tenía la certeza de si había tocado mi fibra de novel periodista buscando historias impactantes o la sensibilidad de una hija que estaba empezando a dimensionar el tormento de su padre. Algo que él nunca había compartido con nosotros.

Mientras le preguntaba los detalles, mi abuela iba recordando anécdotas que a veces la hacían reír, como las travesuras del más inquieto de sus seis hijos -su querido Heini-, y otras arrojaban un velo sombrío sobre su despierta mirada. Entre ellos, la crueldad con que fueron masacrados sus familiares, detalles que hasta el día de hoy me erizan la piel y que en esos días me tuvieron varias noches sin dormir. Fue en esos períodos de insomnio que me prometí que algún día escribiría su historia. La historia de la mujer más valiente que he conocido y de sus seis hijos, mi padre y sus hermanos, en un mundo que se olvidó de ellos. Que los hizo sentir que habían perdido solos una guerra que no iniciaron y que luego los obligó a ser partícipes de distintas batallas, todas perdidas, pero que nunca dejaron de soñar con una vida mejor para ellos y sus familias, sin guardar deseos de venganza ni una amargura paralizante.

Luego de ese año de locura, donde conjugaba los viajes de trabajo a lugares tan exóticos como Singapur, Malasia, Indonesia, Omán, Dubái y Kuwait, entre otros, y las semanas con mi abuela, regresé a Chile a estudiar para mi examen de grado y retomar la vida que había dejado en suspenso. El amor de mi vida cumplió su promesa y me estaba esperando. Nos casamos, luego llegaron los niños, tres maravillosos hijos que ocuparon todas las horas libres. También inicié mi carrera profesional, unos pocos años escribiendo como periodista, y luego como responsable de las comunicaciones corporativas en el mayor banco del país. Una carrera profesional cautivante y demandante y una vida familiar que se iba complejizando a medida que los niños crecían no me dejaron espacio para volver a pensar en esa historia que me había impactado tanto.

Cuando mi abuela murió, en 1989, sentí que tenía una deuda con ella. Si bien nunca me pidió que escribiera su historia, quiero pensar que sí lo deseó y que intuyó que algún día encontraría la oportunidad y la motivación para hacerlo.

Luego, mi tía, la entrañable Tante Eva, empezó a escribir su versión de la historia que le tocó

vivir. Un manuscrito magnífico, lleno de detalles, que escribió a mano. Lo más impresionante es que durante varios años ella fue escribiendo con impecable caligrafía una versión para cada uno de sus hermanos y sus hijos, para dejarles un testimonio de lo que había sucedido. Con ese coraje que la caracteriza, se negaba a que la tragedia de su familia, de su pueblo y de su querida Prusia se perdiera en el olvido. Para mí fue increíble que no lo escribiera en el computador y luego sacara cuantas copias quisiera, sino que se diera el trabajo de repetir a mano cada uno de los ejemplares. Y en cada uno iba agregando nuevos detalles que recababa, ya sea por conversaciones con antiguos conocidos, recortes de periódicos que caían en sus manos o momentos que afloraban a su memoria enriqueciendo el relato.

Cuando en el 2005 leí el ejemplar que le había enviado a mi padre, volvió a surgir en mí esa sensación de tarea pendiente. Además, iba acompañado de fotografías antiguas de bisabuelos y tíos abuelos a los que nunca conocí. En ese momento los nombres pasaron a tener un rostro y se me hicieron más cercanos. Sentía que ellos también querían que los rescatara de las sombras. Lo percibía en sus miradas, que me llegaban a través de esas imágenes en blanco y negro.

Pero yo estaba muy ocupada en mi carrera profesional y de momento se me hacía difícil prestar oído a sus voces.

El empujón definitivo vino de donde menos lo esperaba, de mi padre. Ahora él también quería que contara su historia. Él también pasaba noches en vela recordando y pensando en esos seres queridos que habían dejado una huella profunda en su vida, pero que se habían apagado en los últimos meses de la guerra. En un lugar que antaño se llamaba Prusia y que en su momento fue uno de los reinos más poderosos del mundo. Un lugar que hoy solo vive en la mente de unos pocos empecinados en seguir recordando.

En un curso de liderazgo que hice en Buenos Aires, el profesor -un chileno que impartía clases en el IMD de Suiza- nos pidió que trabajáramos en un proyecto, algo que fuera importante para nosotros y que quisiéramos llevar a cabo, prestando especial atención a las barreras que nosotros mismos nos poníamos en el camino. Mi proyecto fue este libro. Entonces empecé a desmantelar una a una todas las excusas.

Tardé 32 años y ahora estoy lista para compartir esta historia. Una historia contada en la voz de dos de sus protagonistas. Ilse, una mujer valiente, que aprendió a ser fuerte cuando su mundo estalló en pedazos y tuvo que emprender una impactante batalla por salvar la vida de sus hijos. No estaba preparada para lo que le tocó vivir. En rigor nadie lo está. Pero tomó las riendas de su vida, se rebeló contra el destino y cruzó literalmente medio mundo para hacer las paces consigo misma. Y Heinz -su hijo, mi padre-, un hombre inquieto, soñador y testarudo que se negó a desempeñar un papel secundario en la vida. Lo suyo siempre fue el rol protagónico, con sus luces y sombras. Con heridas que no cicatrizaron bien y que siguen doliendo pese al paso de los años.

Primera Parte: Ilse

CAPÍTULO 1

Alemanes en Rusia

Sentada en su sillón favorito, en la sala de estar de la casa que compartía con su hija Eva y su yerno Walter en un acogedor suburbio de Stuttgart, Ilse seguía pensando en la larga conversación que había tenido con su nieta Elke, la hija mayor de Heini. Hacía tiempo que no hablaba de su pasado, de esa historia que llevaba marcada a fuego y que definió su vida de una manera que nunca había imaginado. Le llamó la atención el interés de su nieta. Su sorpresa. Sus preguntas atropelladas. Y su largo silencio. Ya nadie le preguntaba sobre ese marido al que había perdido tan joven, o sobre sus padres, sus hermanas, el hogar en Prusia, su vida trunca y esos sueños que nunca se harían realidad.

Estaba acostumbrada. Sólo con Eva hablaba a veces del pasado, de lo que habían perdido y de cómo su país había elegido avanzar sin recordar ese pedazo de patria que habían dejado atrás. Pero Ilse pronto se había hecho a la idea y había optado por convertirse en una mujer fuerte, decidida a comenzar de nuevo cuantas veces fuera necesario. Sus pérdidas le habían enseñado que la vida estaba compuesta por una seguidilla de momentos que había que disfrutar y atesorar.

A estas alturas ya no requería mucho para sentirse feliz. Sus seis hijos y 16 nietos eran todo lo que necesitaba. Tener la oportunidad de compartir con ellos, verlos crecer y convertirse en personas de bien era lo único a lo que aspiraba en esos momentos, hacia el final de su existencia, con el cabello cano, el cuerpo cansado y las piernas adoloridas. Nunca pensó que llegaría a la edad que tenía ahora, en 1986. En septiembre de ese año cumpliría 79 años y al siguiente, si todo iba bien, celebraría los 80. Esbozó una sonrisa. Una vida larga, demasiado tal vez.

La conversación con Elke la había dejado inquieta. Al recordar esos días en que llegó a sentir que Dios le había fallado, cuando casi se había resignado a la derrota, volvió a percibir la presencia de esas pérdidas que, como sombras, a veces aún se pegaban a su alma y a su cuerpo.

Ya no sentía rencor y se enorgullecía de decir a quien quisiera oírla que estaba en paz, que podía mirar hacia atrás sin deberle nada a nadie. Eso se lo había transmitido también a su nieta. Ella le había dicho que intentaría escribir su historia. Ilse había sonreído. Claramente era difícil que alguien tan joven se interesase por contar algo que ya a nadie le importaba, pero no la desalentó. Sólo le dijo que intentara mantenerse fiel a lo que le había contado. No le parecía justo con los suyos que novelara sus vidas. Suficiente drama habían vivido como para agregar detalles que no tuvieran que ver con la realidad. Además, ni la imaginación más desbocada podría haber creado una historia como la que les tocó vivir.

Y entonces, todavía sentada en su sillón favorito, cerró los ojos y decidió volver a recordar a los suyos. Pese a todas las pérdidas, eso era algo que no podían arrebatarle.

◆◆◆

Los hijos de Ilse no conocieron a sus abuelos paternos. Ambos murieron antes de que ellos

vinieran al mundo, pero su marido, Hermann Schwarz, siempre les habló de sus padres y del lugar en que había nacido. Era un pueblito pintoresco en Crimea llamado Friedental, donde las calles eran de piedra y las fachadas de las casas relucían al sol, rodeadas de jardines y flores en los meses de primavera y verano. En invierno hacía frío, pero su hogar estaba siempre temperado con la ayuda de estufas de fierro forjado que su madre alimentaba continuamente con trozos de madera que él entraba desde el establo.

A Ilse le habría gustado conocer Friedental, pero con el gobierno bolchevique recién instalado en el poder, era impensable un viaje a la tierra natal de su marido cuando se casaron. Luego vinieron los hijos y después la guerra. Por lo que le habían contado, con los años la Unión Soviética se encargó de extinguir todo vestigio de cultura alemana en esa zona. Aunque no alcanzó a compartir demasiado con su suegra, por lo poco que la llegó a conocer estaba segura de que su casa sería una de las más cuidadas del lugar.

Friedental era un antiguo asentamiento alemán que con el tiempo se transformó en una pequeña ciudad que más bien se asemejaba a la postal de una localidad centroeuropea.

La población se comunicaba en alemán y sus habitantes eran étnicamente germanos. Si bien se encontraban en Rusia, ninguno de los vecinos de Hermann ni tampoco sus padres sentían que su gobernante era el Zar. En esa época a nadie le importaba. Todo el mundo trabajaba y prosperaba en esa lejana tierra que se había convertido en su hogar.

La presencia de población con raíces germanas en Rusia era bastante antigua. En 1773 la emperatriz Catalina II extendió una invitación para que alemanes cristianos que desearan vivir en el Imperio Ruso emigraran a ese país. Para atraerlos, liberó a los inmigrantes de prestar servicio militar y del pago de impuestos, algo que en esa época -marcada por las constantes guerras- era un incentivo valorado.

Más de algún integrante de la corte le enrostró a Catalina que con esa política quería favorecer a su propio pueblo, dado que ella misma era una noble germana nacida en la ciudad prusiana de Stettin. Pero, mirado en retrospectiva, los verdaderos motivos que impulsaron a la monarca parecen relacionarse más con la reconocida laboriosidad de los nuevos colonos que con prebendas para sus antiguos compatriotas. Y no se había equivocado; los recién llegados trabajaron con tesón en la agricultura y el comercio. Con el paso de los años fueron constituyendo distintas colonias alemanas en su territorio, especialmente en Crimea.

Posteriormente, en 1803, el nieto de Catalina II, el Zar Alejandro I, repitió la invitación para que ciudadanos de origen germano poblaran sus tierras y en el caos de las guerras napoleónicas, la respuesta fue inmediata.

Más adelante, la abolición de la servidumbre en Rusia produjo escasez de mano de obra, lo que motivó una nueva ola de inmigración desde Europa Central. Familias enteras abrazaron con entusiasmo la posibilidad que se les presentaba en el inmenso Imperio Ruso. Su reconocida capacidad de trabajo y seriedad constituían un precedente histórico que hacían de este pueblo un grupo apetecido de trabajadores para los grandes terratenientes y también para los comercios e incipientes industrias que se empezaban a asentar en Rusia.

Ciudades como Friedental crecieron rápidamente con la llegada de nuevos compatriotas. Fue precisamente en este marco de buenas relaciones comerciales que Gottlieb Schwarz -padre de Hermann- decidió abandonar su Prusia natal en 1846 y trasladarse a Crimea. Por conocidos y relaciones comerciales de su familia sabía que allí encontraría una oportunidad para desarrollarse profesionalmente en alguno de los asentamientos urbanos que llevaban nombres alemanes y donde prácticamente todos sus habitantes hablaban su lengua. No sería difícil para él adaptarse.

La oportunidad le llegó con el encargo de construir un molino en el sur de Rusia. El joven

Gottlieb, a la sazón de 19 años, contaba con la energía necesaria para probar fortuna lejos del hogar y también con la formación técnica adecuada para aceptar la tarea, ya que su familia era propietaria de un molino de grano en la ciudad prusiana de Heggendorf.

Se trataba de una instalación para procesar trigo de la variedad Buchweizen, de alta calidad para repostería, que estaba empezando a ser muy valorado en Rusia. Fue así como se asentó en Friedental, la colonia alemana que actualmente es conocida por el nombre ruso de Kurortnoje. Allí el joven trabajó arduamente para hacerse un nombre y empezar a reunir un patrimonio que le permitiera asegurar su futuro en esa región lejana.

◆◆◆

La familia de Gottlieb no siempre había vivido en Prusia. Originalmente provenían de Holanda, desde donde se vieron obligados a emigrar debido a las persecuciones religiosas, ya que eran simpatizantes de los Hugonotes. Cuando se asentaron en Prusia el apellido original Schwartzé mudó a Schwarz. Si bien él ahora también era un inmigrante, se sentía a gusto en su nueva tierra. Sólo le faltaba formar su propia familia.

Ello ocurre a edad avanzada, cuando conoce a Henriette Kämereit, una profesora también originaria de Prusia que trabajaba como institutriz de los hijos de un conde de apellido Pompalesi. En aquella época en Rusia aún existían nobles y señores feudales que contaban con numerosas propiedades, como era el caso de la familia Pompalesi. Los terratenientes rusos de fines del siglo XIX se sentían más cercanos a la cultura europea que a la propia. De hecho, sus hijos hablaban con mayor fluidez el francés y el alemán que la lengua de su propio país. Por ello era común que contrataran a tutores y profesores particulares desde Europa Central para instruir a sus herederos en ciencia, historia e idiomas.

Henriette era una mujer altamente cultivada que ya había trabajado como profesora en Alemania, pero los sueldos que pagaban en Rusia duplicaban y triplicaban lo que podría ganar en su país. Además, sabía que la propiedad de los Pompalesi se encontraba en las cercanías de Friedental, donde estaba segura que conocería a otros expatriados como ella. Cuando aceptó el trabajo en Rusia no estaba en sus planes casarse, pero la propuesta de Gottlieb no la dejó indiferente. Le ofrecía la posibilidad de tener un hogar y su propia familia.

Gottlieb y Henriette se casaron el 27 de abril de 1894. Tenían una considerable diferencia de edad, él 67 años recién cumplidos y ella 33 cuando contrajeron matrimonio. Aunque Gottlieb le doblaba la edad, se llevaban bien y aspiraban a una vida tranquila y de mutua compañía en ese lugar apartado de su Alemania natal. En un principio pensaron que no tendrían hijos, pero un 14 de diciembre de 1898, pocos días antes de Navidad, nació Hermann Schwarz Kämereit como hijo único de ambos padres alemanes.

Henriette dejó su trabajo como institutriz y se dedicó a la formación de su propio hijo. Él pasó a ser el centro de su vida. Además de enviarlo al colegio alemán, le daba clases particulares de historia, música y francés. Como el joven Hermann tenía un excelente oído, los idiomas se le daban con facilidad, así como la práctica de distintos instrumentos. Adoraba tocar la balalaika, porque le permitía mezclar melodías alemanas y música popular rusa. Henriette estaba segura que su hijo se labraría un buen futuro, no como artesano o albañil, sino como comerciante o tal vez abogado. Y Gottlieb, ya al final de sus días, se sentía tranquilo, porque había logrado reunir un patrimonio que les aseguraba un buen porvenir.

Cuando miraba atrás, se sentía en paz con Dios y consigo mismo. No había tenido una mala vida. Dura sí, especialmente al principio, cuando llegó a Rusia muy joven y sin dinero. Pero el trabajo en la construcción del molino le permitió hacerse un nombre, luego vinieron otros

encargos, el desarrollo en su profesión como molinero, la compra de una propiedad y la construcción de su casa. Había sido cuidadoso y sabio en sus inversiones. Y ahora la compañía de Henriette y de ese hijo que nunca había pensado tener, que crecía sano, fuerte y alegre, era una bendición en sus últimos días.

Cuando cerró sus ojos por última vez, un día de invierno, en febrero de 1914, en que su corazón se negó a seguir latiendo, se sentía pleno y satisfecho. Henriette y Hermann podrían vivir tranquilos. Ese sería su legado.

Fue sepultado en el cementerio alemán de Friedental, en presencia de su viuda y su hijo. También lo acompañaron algunos de sus antiguos amigos, que pese al frío y la llovizna que caía ese día quisieron despedirlo. Fue un día triste para Hermann y Henriette. Sin duda extrañarían a Gottlieb, pero también sabían que a los 86 años había alcanzado una edad más avanzada que el común de la gente. Seguirían viviendo en su casa y Hermann continuaría con su educación, tal como lo habían planificado.

Sin embargo, el destino diría otra cosa. El inicio de la Primera Guerra Mundial marcó un hito importante en sus vidas y las cambió para siempre. Era la primera vez que Rusia entraba en guerra con Alemania desde la era napoleónica y lamentablemente los habitantes de ese origen étnico no tardaron en ser sindicados como sospechosos de mostrar simpatías hacia el enemigo.

◆◆◆

En 1915, cuando Rusia comenzó a perder la guerra, muchos inmigrantes de origen alemán fueron exiliados a Siberia por el gobierno del Zar como enemigos del Estado, sin juicios ni pruebas. Luego, el caos de la Revolución Rusa y la guerra civil que siguió fue algo devastador para muchas familias.

Como otros jóvenes de su edad, Hermann también fue llamado a las filas del ejército ruso a comienzos del verano de 1915. Contaba con 16 años y medio y ya se le consideraba apto para iniciar su entrenamiento militar. Si bien había nacido en Rusia, claramente él no se sentía ruso. Sus padres eran alemanes, en su casa siempre se había hablado su idioma, seguido sus tradiciones y celebrado sus fiestas. Sus vecinos en esa zona de Crimea tampoco se consideraban rusos. La situación era confusa para todos ellos. De pronto, pasaron a ser los enemigos.

Entonces Hermann decidió hacer lo que consideraba correcto: se negó a cumplir con la obligación militar, señalando que tanto él como su familia eran alemanes y que se sentían como tales. No podían obligarlo a ser ruso por decreto. Otros jóvenes como él, compañeros de colegio e hijos de los amigos de sus padres, tomaron la misma decisión. No habrían podido ir a la guerra a luchar contra sus propios compatriotas. Era impensable. Analizó las opciones con su madre, con quien se mantenía muy unido, y decidieron que Hermann se reuniría con las autoridades e intentaría explicarles la difícil situación en que se encontraba. Él no había buscado ese enfrentamiento y no lo entendía. Alemania y Rusia eran dos pueblos que colaboraban y comerciaban entre sí. El Zar y el Káiser incluso eran parientes. ¿No podían detener esa locura?

Una vez comunicada su decisión, la vida de Hermann se hizo añicos. Él y su madre fueron condenados a trabajos forzados y todos sus bienes, confiscados. Serían deportados a Siberia con apenas lo puesto.

La sentencia se les vino encima como una lápida. Serían arrancados de su hogar y no tenían cómo impedirlo. Negarse a engrosar el ejército de la madre Rusia era una afrenta grave que no podía quedar sin castigo.

Antes de partir Henriette recorrió una última vez su hogar. Era julio y las flores estaban en su apogeo. Sabía que era una tontería, pero no podía dejar de imaginar que esa noche otra persona

dormiría en su cama, entre sus sábanas almidonadas, cobijada por su plumón de pluma de ganso. La hermosa vajilla, las copas de cristal que había conseguido reunir a lo largo de los años y sus preciosas tazas de porcelana pasarían a engrosar las pertenencias de algún funcionario gubernamental. No quería llorar. Pero el hecho de no poder llevarse nada, ni siquiera sus recuerdos más queridos, le dolía en el alma. Al menos alcanzó a rescatar una fotografía en que ella, su marido y su hijo, siendo aún un niño, miraban directo a la cámara.

Hermann, en tanto, no pronunció palabra. No le importaban los años de infancia ni los bienes materiales que dejaba atrás. Estaba dolido. No encontraba la forma de expresar su enojo. Lo que sucedía no era justo. Lo estaban desalojando de su casa, le estaban arrebatando su vida y lo enviaban a Siberia simplemente porque era alemán y se negaba a pelear una guerra que no era suya.

El viaje en tren junto a otros alemanes que, al igual que él, ahora eran considerados enemigos del Estado, se le hizo eterno. Perdió la noción de las horas y los días. Los asientos del vagón de tercera clase eran duros y tampoco había facilidades para ir al baño o asearse. Lo más difícil era la noche. Pese a que estaban en julio, el frío le calaba los huesos. Recorrieron casi 4.000 kilómetros en tren, camiones y carretas.

◆◆◆

Los tres años que pasaron en Siberia fueron un infierno para Hermann. Apenas llegó se le obligó a trabajar de sol a sol en la construcción de un camino, enfrentando temperaturas extremas que en invierno alcanzaban varios grados bajo cero. Lo único que lo tranquilizaba era que su madre estaba con él. Si bien compartía sus mismas duras condiciones, en las noches podían pasar momentos juntos y Henriette aprovechaba esas horas para seguir profundizando en la formación intelectual de su hijo. No quería que la dura experiencia dañara el futuro de Hermann. Ese hijo que le llegó en edad madura y en quien había depositado todos sus sueños. Se había convertido en un hombre alto, de intensos ojos azules y cabello castaño. Estaba delgado en extremo producto de las privaciones, pero intuía que podría llegar a tener una buena contextura si las condiciones mejoraban en el futuro.

La inteligencia de Hermann no pasó desapercibida a los responsables administrativos de los campos de trabajo, que al cabo de unos meses decidieron emplearlo como recadero. Para ellos resultaba una ventaja que hablara bien varios idiomas, entre ellos el ruso. Además, sabía leer y escribir con extraordinaria facilidad, lo que en esas lejanas tierras era de mucha utilidad, en especial cuando debían preparar informes para las autoridades. En los campos convivían delincuentes comunes, enemigos del Zar, prisioneros de guerra y enemigos de la Nación. En esa última categoría se inscribían Hermann y Henriette.

Si bien Hermann ya no se veía exigido por el trabajo físico inhumano, seguían viviendo en condiciones precarias, sin calefacción y con alimentación deficiente. Además, el trato cruel de parte de los guardias se le quedaría grabado para siempre.

Mientras ambos se encontraban en Siberia, en Moscú y San Petersburgo tenían lugar acontecimientos que acarrearían grandes cambios históricos. Ante la hambruna de su pueblo y el rechazo a una guerra que Rusia perdía irremediablemente, se produjo la revolución de febrero que marcaría la caída de la dinastía Romanov. A comienzos de marzo de 1917 el Zar Nicolás II se vio obligado a abdicar, asumiendo un gobierno provisional encabezado por Alexander Kerensky, que quería implantar una democracia al estilo europeo. Sin embargo, las luchas internas entre las distintas facciones en pugna, así como la decisión de continuar con la guerra en contra de los deseos de la mayoría de la población, precipitaron la caída de Kerensky. Con la

revolución de octubre de 1917 finalmente los bolcheviques encabezados por Vladimir Lenin se hicieron del poder en Rusia.

Ante la necesidad de aquietar al pueblo, terminar con la sangría económica y concentrar esfuerzos en terminar con las pugnas internas y asegurar el poder, el 3 de marzo de 1918 el gobierno bolchevique firmó el tratado de Brest Litovsk con las potencias centrales –entre ellas, Alemania–, poniendo fin a la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial.

La noticia llegó también a Siberia. ¡Alemania y Rusia ya no estaban en guerra! Así, luego de tres años de duros trabajos forzados, Hermann y Henriette dejaron de ser considerados enemigos del Estado y fueron enviados al campo de internación Baranowitschi, en lo que hoy es Bielorrusia, para su traslado a Alemania. Eran libres de marcharse a su país, al que ellos habían elegido como propio. Él tenía 19 años y su madre, 56.

◆◆◆

El 26 de julio de 1918 recibieron un permiso provisorio que les permitía abandonar el campo, aunque debían indicar claramente a qué lugar irían. Ellos se decidieron por

Tilsit, en Prusia Oriental, donde Henriette contaba con familia. Al llegar debían entregar el permiso al jefe de la guarnición, quien les facilitaría su nueva documentación.

Habían recuperado su libertad, pero sabían que ya nunca serían los mismos: habían sufrido enormes padecimientos, hambre, frío, vejaciones y la pérdida de todo lo que les era querido en Rusia. Estos hechos los endurecieron y marcarían su carácter para siempre. Muchos de quienes corrieron igual suerte que ellos no lograron sobrevivir a la internación en los campos de Siberia, pero la juventud de Hermann y la férrea voluntad de Henriette se impusieron al destino.

Tendrían que partir de nuevo y construir su hogar en Prusia Oriental. En Friedental ya no les quedaba nada. Sus propiedades habían pasado a manos del Estado. Sólo lamentaban no volver a visitar la tumba de Gottlieb en el cementerio alemán.

CAPÍTULO 2

Un lugar llamado Prusia

Ilse había nacido el 21 de septiembre de 1907 en Wilkischken, Memelland, Prusia Oriental, siendo la mayor de cinco hermanos. Sus padres, Richard Robert Albrecht y Anna-Maria Schweiger, eran propietarios de un predio importante de más de 400 hectáreas de tierra cultivable y bosques en esta zona del mar Báltico ubicada al norte del río Memel, o río Niemen, como se le conoce hoy.

Su situación económica era holgada. Además de trabajar la tierra, Richard tenía un molino propio para moler su grano y era reconocido por ser uno de los mejores criadores de caballos Trakehner de la región. Se trataba de una raza conocida por su resistencia y elegancia, cuyo origen se remonta al siglo XVII en el este de Prusia, y muy apetecida por los ejércitos de la época. Ilse admiraba la gran capacidad de su padre para comunicarse con los caballos; sabía exactamente lo que necesitaban y cómo adiestrarlos adecuadamente. Si alguien tenía cualquier duda o consulta sobre estos animales, acudían a preguntarle a Albrecht, como lo llamaban todos en la zona.

En el campo su vida había transcurrido tranquila durante los años de guerra. Contaba con apenas 6 años cuando comenzó el conflicto. Si bien percibía la intranquilidad de los adultos, ella seguía disfrutando de las ventajas de vivir en el campo. La necesidad de almacenar alimento para humanos y animales, que era algo común en el frío invierno prusiano, ahora también se extendía al resto de los meses. Y los amados caballos de su padre pasaron a engrosar las filas del ejército. Precisamente, la labor de Albrecht en esos años consistió en la crianza de caballos para uso militar, un don que se le daba naturalmente.

En esa época también nacieron sus hermanos: Kurt, Gerda, Benno y Dora. Además de su hogar en Wilkischken, también contaban con una casa en Tilsit, hoyconocida con el nombre ruso de Sovetsk, donde los niños asistían al colegio. En eso Albrecht no transaba: la educación de sus hijos era primordial, así como una adecuada formación moral y artística. Tilsit era una de las ciudades de mayor tamaño en Memelland y tenía cierto prestigio histórico por los tratados que llevan su nombre, firmados por el Emperador Napoleón I de Francia en julio de 1807 con el Zar de Rusia y el rey de Prusia.

La familia Albrecht había vivido por generaciones en Wilkischken. Sus antepasados llegaron en 1736 a esa región de Prusia desde el Salzburger Land, donde fueron perseguidos durante los años de conflicto religioso por profesar la fe luterana. Esa zona, ubicada en el noreste europeo se convirtió desde entonces en su hogar y la historia de Prusia pasó a ser también la propia.

Los prusianos se caracterizaban por ser un pueblo orgulloso de sus raíces, algo que sus padres les habían inculcado a ella y a sus hermanos. Se sabían parte de uno de los grandes imperios de la historia, fuertes e influyentes en el mundo. Incluso fuera de Europa, pues habían asesorado militarmente en la independencia de Estados Unidos y eran un ejemplo para la

formación militar en gran parte de los países americanos.

Antes de la Gran Guerra, a comienzos del siglo XX, Prusia Oriental contaba con una economía sólida, basada principalmente en la ganadería y la agricultura, siendo reconocido como un lugar privilegiado para la crianza de caballos, como le gustaba repetir a su padre. Se caracterizaba por sus tupidos bosques y sus más de mil lagos, que interconectados mediante canales, eran vitales para la navegación fluvial y el florecimiento del comercio.

En ocasiones, cuando Ilse recordaba su patria perdida, se le venía a la mente una canción popular que a mediados de los años 30 se convirtió prácticamente en el himno de Prusia: Land der dunklen Wälder und kristall´nen Seen, que traducido al español significa “País de los bosques oscuros y lagos cristalinos”. Después de la desaparición de Prusia, tras la Segunda Guerra Mundial, esa hermosa canción que habla de su geografía y el tesón de sus habitantes pasó a ser sinónimo de nostalgia por el hogar perdido.

A Ilse no le molestaba el duro clima de Prusia, con sus veranos cortos y calurosos, seguidos por largos inviernos con temperaturas bajo cero. Estaba acostumbrada, como todos los hijos nacidos en esa región, pero sin duda un clima así repercute y define el carácter de su gente. Acostumbrados a un entorno hostil, los prusianos eran un pueblo resiliente, esforzado, difícil de doblegar y con un gran sentido del honor y la familia. Y así era como Ilse recordaba a la de ella.

El territorio estuvo habitado originalmente por una etnia de origen báltico, denominada como prusios o prusianos, los que fueron sometidos en el siglo XIII por los Caballeros de la Orden Teutónica. Prusia y el imponente castillo de Marienburg se transformaron en el centro de esa poderosa orden medieval de carácter religioso-militar fundada en Palestina durante la Tercera Cruzada. Por las historias que le contaba su padre y lo que había aprendido en el colegio sabía que, desde su nacimiento como reino, Prusia fue siempre una potencia militar. También que tuvo un declive luego de la secularización de la Orden, pasando a ser incluso un ducado del reino de Polonia. Que luego recuperó su antiguo esplendor cuando la dinastía Hohenzollern asumió el poder, en especial bajo los reinados de Federico Guillermo y de Federico II el Grande en el siglo XVIII. En esa época Prusia fue una de las naciones militarmente más preparadas del mundo.

También estaba al tanto que, en el siglo XIX, bajo el liderazgo del Primer Ministro Otto von Bismarck, Prusia fue el eje político y económico de la unificación germana y la creación del Imperio Alemán.

Si bien ellos vivían en el norte de Prusia, tenían claro que Königsberg -la capital- era considerada una de las principales urbes de Alemania y una de sus ciudades imperiales. Ahí había una intensa vida cultural e intelectual gracias a su universidad, y entre sus hijos ilustres se encontraba el filósofo Immanuel Kant. Su hermano Benno, que tenía un talento especial para la música, soñaba con estudiar algún día en la prestigiosa Albertus-Universität Königsberg, a la que todos se referían en forma coloquial como “Albertina”.

Cuando el 28 de junio de 1919 se firma en el salón de los espejos del Palacio de Versalles el tratado que lleva su nombre y pone fin oficialmente a la Primera Guerra Mundial, Ilse contaba con 11 años y no sospechaba aún cuánto iba a cambiar su vida y la de su familia. El tratado fue presentado como un hecho consumado ante Alemania, como la única alternativa para detener el conflicto y sin posibilidad de negociación. Sólo podía ser acatado, ya que su rechazo habría implicado la reanudación de la guerra, algo que a esas alturas era imposible para las fuerzas germanas luego de la huida del Káiser y la consiguiente dispersión del ejército.

De los puntos del tratado, el más duro señalaba que Alemania y sus aliados debían aceptar toda la responsabilidad moral y material de ser los causantes de la guerra y que, por lo tanto, tenían que desarmarse, realizar concesiones territoriales y pagar grandes sumas en

indemnizaciones económicas a las potencias victoriosas. Esto significó que Alemania perdiera la soberanía sobre sus colonias y otros territorios, entre ellos, Prusia Occidental y Silesia, que fueron entregados a Polonia. La ciudad de Danzig, en el delta del Vístula en el mar Báltico, pasó a denominarse Ciudad Libre de Danzig bajo autoridad polaca y de la Liga de las Naciones.

Las condiciones del tratado hicieron que Prusia Oriental quedara separada del resto de Alemania por el denominado "corredor" polaco, situado en los alrededores de Danzig. Pese a este aislamiento físico, las comunicaciones marítimas se mantuvieron y la economía de Prusia Oriental acentuó su tradicional carácter agropecuario. No en vano se la llamaba el granero de Alemania.

Pero el acuerdo de paz no sólo tuvo repercusiones geográficas. También tuvo un fuerte impacto en el ejército alemán, pues limitó el número de sus efectivos a 100 mil soldados, que debían tener como objetivo principal mantener el orden interno y proteger las fronteras. La creación de la Reichswehr en 1921 mantuvo las condiciones impuestas por el Tratado de Versalles, es decir que sus fuerzas no superaran el citado límite máximo de 100 mil hombres (el llamado Hunderttausend Mann Heeres), incluyendo oficiales, así como la prohibición de disponer de tanques, artillería pesada y aviación.

Según han señalado numerosos estudiosos del tema, fue precisamente esta reducción forzada del ejército alemán, desde los casi 800 mil hombres con que contaba antes de la guerra hasta los 100 mil permitidos en 1921, lo que llevó a mejorar significativamente la calidad del ejército. En una época con elevados índices de desempleo y falta de trabajo bien remunerado, la alternativa de enrolarse era vista como una oportunidad para los jóvenes. Por lo tanto, sólo los candidatos con mayor talento lograban ingresar en las fuerzas armadas como oficiales o suboficiales, elevando mucho el nivel del militar alemán promedio por sobre el de sus pares europeos, como se llegaría a ver solo 20 años después.

El Tratado de Versalles puso al territorio de Memelland (en francés Territoire de Memel y en lituano región de Klaipeda) en el centro del conflicto. Producto del acuerdo, la región donde se encontraba enclavada la propiedad de la familia de Ilse se convirtió en un protectorado internacional bajo administración de la Liga de las Naciones y de la autoridad francesa. Les habían prometido que más adelante se realizaría un referéndum entre toda la población que decidiría el futuro definitivo de Memelland. El padre de Ilse estaba confiado en que la votación se inclinaría a favor de una reincorporación a Alemania, dada la mayor población de origen germano avecindada en la zona.

Sin embargo, sólo tres años después de la entrada en vigencia del Tratado, en enero de 1923, Lituania ocupó por la fuerza el territorio de Memel en lo que se denominó la Revuelta de Klaipeda. Francia, país garante de resguardar la paz y las fronteras en esta área, había iniciado al mismo tiempo la ocupación del Ruhr en el centro de Alemania en un intento por cobrar parte del dinero que le era adeudado como compensación de guerra. Con sus recursos en otro lugar, la administración francesa en Memel no tomó ninguna medida para contrarrestar el avance lituano. Es así como el territorio de Memel fue simplemente anexado a Lituania, relegando al olvido el referéndum comprometido. Y en 1924 fue aceptado como un hecho consumado por el Consejo de Embajadores de la Liga de las Naciones. Al poco tiempo, el territorio de Memel fue reconocido también por Alemania como parte integral de la República de Lituania.

La situación fue especialmente dura para las familias alemanas que no deseaban ser parte de Lituania, como era el caso de los Albrecht. Ilse rememora con tristeza el sufrimiento de su padre, cuando se vio enfrentado a la posibilidad de perder su hogar. Intentó por todos los medios revertir la situación, sentía que no era posible perder la tierra que durante generaciones

perteneció a su familia. La derrota en la guerra ya le parecía suficiente castigo, no veía la necesidad de perder también su hogar. Entonces le llegó una propuesta de las autoridades: si él renunciaba a la nacionalidad alemana para convertirse oficialmente en ciudadano lituano existía la posibilidad de mantener la propiedad. Pero eso era algo inaceptable para un prusiano como él, orgulloso de sus raíces y de su pueblo.

A la pérdida del hogar se sumaba también la enfermedad que había afectado a la menor de la familia. Dora padecía parálisis infantil y nunca podría caminar normalmente, algo que sin duda entristecía a su madre. Junto al dolor por la enfermedad de su hija, Anna-Maria debía encajar ahora la noticia de la pérdida de su casa, de la tierra y sus bellos jardines. Ilse no sabía cómo consolarla.

Con total impotencia Richard y Anna-Maria vieron cómo les fueron expropiadas las tierras que durante generaciones les habían pertenecido, sin indemnización alguna. Como le diría su padre, más terrible que la pérdida financiera, fue el hecho de ser expulsados de su hogar.

Un día de otoño de 1928 la familia Albrecht cargó un único carro con sus pertenencias. Eso fue todo lo que les permitieron llevarse. Las vacas lecheras, caballos y resto de animales tuvieron que permanecer allá. Especialmente duro fue dejar atrás la crianza de los caballos a los que Richard había dedicado gran parte de su vida.

Con la frente en alto y todo el orgullo del que fue capaz en ese momento, Richard Albrecht ensilló y amarró a sus cuatro mejores yeguas a la carreta y así, en medio del barro, la familia viajó hasta su nuevo hogar. Se trataba de una pequeña propiedad en Trankwitz, distante a 7 kilómetros de Königsberg, la histórica capital de Prusia Oriental, que el padre de Ilse había comprado hacía poco con parte de sus ahorros. Allí se dedicó al comercio con caballos y a la cría de cerdos y animales domésticos. Sin duda, fue un enorme cambio en el estilo de vida al que la familia estaba acostumbrada, como propietarios de grandes extensiones de tierra.

Con anterioridad a la Gran Depresión, Richard Albrecht había tenido la precaución de invertir parte de su patrimonio en oro. Así, afortunadamente sus ahorros no se perdieron y podían vivir tranquilos, dado que la nueva propiedad contaba con apenas 9 hectáreas de terreno y permitía únicamente una economía de subsistencia.

Los ahorros alcanzaron también para que los hijos pudieran estudiar en Königsberg. Kurt, el mayor de los hombres, se tituló de ingeniero. El segundo hijo, Benno, estudió canto y piano en el conservatorio de música en la "Albertina" de sus sueños, cursando su examen de grado con sobresaliente. Y Gerda estudió administración. Debido a su enfermedad Dora, la menor, siempre vivió en la casa paterna. Para entonces, Ilse ya se había casado con Hermann.

Ilse aún recordaba el viaje que hizo con su marido y sus padres a Wilkischken varios años después. Los niños mayores ya habían nacido y quedaron al cuidado de sus hermanas en Trankwitz. Viajaron en el automóvil de Hermann. Estaban ansiosos por saber qué había sido de su hermosa propiedad. La recordaban en todo su esplendor, con las extensiones de tierra listas para ser cultivadas. Pero la decepción fue mayúscula cuando vieron que en la otrora cuidada casa se había instalado una escuela agrícola, los establos estaban deteriorados y en situación precaria, parte de la pradera se había convertido en pantano y terreno mal cultivado, y el bosque había sido talado. A Anna-Maria le dolió especialmente la destrucción de sus hermosos jardines, a los que había entregado tantas horas en el pasado. Tal vez no deberían haber hecho el viaje. No estaban preparados para lo que encontraron.

◆◆◆

Ilse acababa de terminar el colegio cuando conoció a Hermann Schwarz. En esa época ella y

sus hermanos permanecían la mayor parte del tiempo en Tilsit, mientras su padre luchaba por evitar la expropiación de sus tierras. Ilse se había convertido en una atractiva joven de profundos ojos azul-verdosos y ondulado cabello rubio cobrizo. Una amiga y pariente lejana le presentó al joven militar. Su historia la impactó profundamente. Había nacido en Crimea, Rusia, y lo habían condenado a tres años de trabajos forzados por negarse a pelear contra Alemania.

Por conocidos también sabía que Hermann y su madre, Henriette, habían llegado a Tilsit desde un centro de internación, directamente a casa de un hermano de ella. Cuando llegaron, el tío de Hermann les tenía una noticia que les dio cierta tranquilidad. Gottlieb había sido un hombre precavido y poco antes de morir, cuando las cosas empezaron a ponerse difíciles en Rusia, le pidió a su cuñado que administrara parte de su patrimonio. Pese a la guerra, éste lo había invertido acertadamente y ahora contaban con ahorros que les aseguraban un buen pasar económico.

Además de su valerosa historia, a Ilse también le impresionó su apariencia física, con sus oscuros cabellos cortos, grandes ojos azules y el aspecto marcial en su impecable uniforme. Hermann le había contado que en su primera juventud ser soldado no formaba parte de sus planes, pero que cuando llegó a Alemania no había muchas oportunidades para él. Tenía una buena formación y estaba ansioso por empezar a trabajar y demostrar su valía en su nueva tierra. Por lo tanto, presentarse como voluntario para ser soldado profesional en el llamado ejército de los cien mil hombres aparecía como una buena opción.

También le confidenció que seguramente su madre habría soñado otra ocupación para él, pero que igual lo alentó a incorporarse al ejército. Sabía que su hijo tenía grandes cualidades y que haría una buena carrera. Era la mejor alternativa a la que podía aspirar un joven en ese momento en Alemania, le había dicho.

Al poco tiempo de su incorporación al ejército, Hermann fue destinado a la protección de la frontera del río Memel y sirvió hasta 1926 en Tilsit como sargento. Después fue trasladado como sargento mayor al cuartel general de Königsberg, donde se tituló como traductor e intérprete para ruso y otras lenguas rusas que dominaba a la perfección.

A Ilse le encantaba cuando Hermann le contaba historias de su vida en Rusia mientras paseaban por las calles de Tilsit. Uno de sus lugares favoritos era la avenida que colindaba con el río Memel y desde donde se podía apreciar la Königin Luise Brücke (puente de la reina María Luisa), uno de los mayores atractivos de la ciudad. También los unía el amor por la música. En la familia de Ilse ésta siempre había tenido un lugar preponderante y todos tocaban algún instrumento. Por eso, la facilidad con que él interpretaba canciones folclóricas alemanas y luego, casi sin darse cuenta, pasaba a la música rusa, simplemente le fascinaba.

Pronto empezaron un noviazgo y el 10 de julio de 1928, en pleno verano, Hermann Schwarz Kämereit se casó con Ilse Johanne Albrecht en la iglesia luterana de Tilsit, en presencia de los padres, hermanos, tíos y primos de Ilse, que constituían una familia bastante extendida. A Richard Albrecht le gustaba su yerno, había en él una estampa de seriedad que le inspiraba confianza. Sabía que cuidaría bien de su Ilschen, como llamaba afectuosamente a su hija mayor. Sólo esperaba que con los años dejara el ejército, para dedicarse a cultivar la tierra. Para él la tierra siempre había tenido un significado esencial. Nada se comparaba con el orgullo de ver crecer los frutos de un árbol que uno mismo había plantado. Esa comunión con la naturaleza y con los animales lo definía de una manera profunda.

Ilse se mudó a su nuevo hogar con Hermann. Una casa pequeña en Tilsit que Ilse se encargó de mantener en orden, mientras Hermann continuaba con sus labores en el ejército. Le gustaba cómo Ilse cocinaba la comida típica prusiana, además de las conservas y mermeladas que había

aprendido de su madre. Pronto fueron bendecidos con la noticia del primer embarazo de Ilse. Al cabo de unos meses nació una niña, Annelore. Lamentablemente, la pequeña enfermó y falleció al poco tiempo de nacer por un problema respiratorio que se complicó en el frío invierno prusiano. Ilse y Hermann lloraron a su hija, pero se prometieron que seguirían adelante y que no abandonarían el sueño de fundar una familia numerosa. La llegada de Georg, el 5 de julio de 1930, les devolvió la alegría.

Sólo el fallecimiento de su madre poco antes del nacimiento de su hijo entristeció a Hermann en esos días. Ilse sabía que su marido había estado muy unido a ella y que la extrañaría. El lazo que forjaron durante sus tres años en Siberia seguía siendo fuerte. Cuando ingresó al ejército, Hermann comprendió que su nueva ocupación lo mantendría semanas e incluso meses lejos del hogar, por lo que le compró una casa en la cercana localidad de Insterburg, hoy Tschernjachowsk, distante 60 kilómetros de Tilsit, y pagó por los servicios de una mujer que la acompañó y cuidó hasta que Henriette falleció a la edad de 69 años. Su funeral tuvo lugar el 4 de julio de 1930 y su único hijo estuvo presente para despedirla.

Hermann aún tenía en sus manos la última carta que le había enviado su madre, fechada el 31 de marzo de 1930.

“Mi querido hijo, Estoy llegando a mi fin. Te envío mi bendición materna y la seguridad de mi más profundo amor. El doctor no me da ninguna esperanza, no sabía que estaba tan enferma. Que Dios te proteja a ti, a Ilse y al hijo que está por nacer. Que Él le regale un feliz ingreso a la vida, y les permita a ustedes recibirlo con alegría”.

Ilse reflexionó que con muy pocos días de diferencia Dios se había llevado la vida de una gran mujer, la madre de su querido esposo, pero también le había regalado una nueva, con la llegada de su hijo mayor, que abrió sus ojos al mundo como un niño sano, robusto y lleno de vida.

CAPÍTULO 3

Seis niños y un refugio en Masuria

Para Ilse fue un gran cambio cuando, tras 12 años de servicio en el ejército, su marido decidió pedir la baja. Como Hermann aún contaba con parte de los ahorros que le dejó su padre, decidieron comprar una propiedad preciosa, que a Ilse le encantó apenas la vio. Se trataba de un Schlossgut, una casa feudal rodeada por algunas hectáreas de suelo cultivable, cerca del río Pregel. El nombre también le gustó, pues parecía sacado de una novela. La propiedad se llamaba Caveling y estaba ubicada en las cercanías de Steinbeck. Su padre había aplaudido la decisión y había dado el visto bueno a la ubicación de las tierras que acababa de adquirir su yerno. Para Ilse no era un secreto que él no quería que Hermann siguiera como soldado y siempre lo instaba a que se dedicara a la agricultura para que su mujer y los hijos que tuvieran crecieran en contacto con la naturaleza.

Como Ilse nació y pasó toda su infancia en Wilkischken, con un padre dedicado a trabajar la tierra y en estrecho contacto con los animales, la posibilidad de vivir en el campo era una bendición. Allí volvió a quedar embarazada y nacieron dos de sus hijos: Eva en 1931 y Heinz en 1932. Mientras, Georg crecía sano y feliz, corriendo por el enorme jardín y persiguiendo a los animales domésticos. El sueño de una familia grande se empezaba a hacer realidad. Era lo que ella siempre había anhelado.

Lamentablemente la compra de Caveling no resultó exitosa. Después de dos años, pese al apoyo y las constantes recomendaciones de su suegro, Hermann comprendió que no estaba hecho para ser un campesino y trabajar la tierra. Con pesar Ilse vio lo mismo. A diferencia de su padre, su marido no llevaba la agricultura en la sangre. Mientras el viejo Albrecht aún añoraba su campo perdido en la región de Memel, Hermann necesitaba otro tipo de ocupación, algo que desafiara su intelecto y capacidad organizativa.

La propiedad se vendió en 1932, con una pérdida considerable, y en 1933 Hermann se reincorporó al ejército, al que siempre se había mantenido ligado como personal civil.

Cuando dejaron Caveling, Ilse y Hermann se hicieron una promesa. Pese a que él seguiría trabajando en el ejército, harían lo posible para que Ilse y los niños vivieran en el campo. Entonces compraron una propiedad en Sulimen, Masuria, y un automóvil al que pusieron por nombre Moritz. Estaban decididos a comenzar de nuevo con una familia que a la sazón ya contaba con tres hijos.

A Ilse le encantaba la Masurische Seenplatte, la tierra de los lagos de Masuria, donde estaba ubicado su nuevo hogar. Si bien no tenía intención de contarlos, le habían dicho que la famosa Seenplatte constaba de más 2.700 lagos de distinto tamaño conectados entre sí por ríos y canales, formando un gran sistema de comunicación fluvial. Toda la región era muy popular entre navegantes, pescadores y amantes de la naturaleza. Además, sus tierras eran generosas para la agricultura. El hecho de contar con un lago en las inmediaciones, el famoso Löwentinsee, le

hacía mucha ilusión. En el verano podría bañarse con sus niños e incluso enseñarles a nadar.

En Sulimen vino al mundo Fritz, su cuarto hijo, en 1934, mientras Hermann se desempeñaba en la cercana localidad de Lötzen como sargento mayor (Stabsfeldwebel), ocupando un cargo de responsabilidad en la administración y logística del regimiento. A Ilse le encantaba su nuevo hogar, aunque cuatro niños con tan poca diferencia de edad prácticamente no le dejaban tiempo libre.

En 1935 tuvieron un nuevo cambio. Hermann fue transferido a Johannisburg, también dentro de la misma región de Masuria, donde se le encargó la renovación y el mejoramiento de la guarnición militar. Allí nació Horst, el quinto hijo.

En Johannisburg vivían en una casa de dos pisos, con un precioso jardín a orillas del río Pissek. También contaban con un bote e instalaciones para la pesca de anguila, muy popular en esa zona. A Ilse le encantaba sentarse al sol, en una banca que habían instalado a orillas del río, mientras Hermann y su hijo mayor Georg se dedicaban a pescar. A veces recibían la visita de uno de los hermanos de Ilse, Kurt, que también disfrutaba mucho con ese pasatiempo. Desde su pequeño refugio, Ilse los observaba siempre con alguno de los más pequeños en brazos. Si bien no vivían en el campo, en esa localidad tenían una casa cómoda e Ilse contaba con ayuda doméstica que le permitía organizar mejor su tiempo.

Tras un corto período, Hermann fue nuevamente trasladado a la guarnición de Lötzen, que constituía un centro militar estratégico en el corazón de Masuria. Volvieron a instalarse en la antigua casa de Sulimen, distante a 2 kilómetros de la ciudad, para que los niños crecieran en el campo. Allí vino al mundo el sexto hijo, Hans, y finalmente en 1937 nació Peter. A los dos años Ilse sufrió por segunda vez el peor dolor que puede enfrentar una madre: el fallecimiento del más pequeño de difteria y escarlatina en pleno invierno. Ilse sabía que en Prusia los inviernos eran duros y las enfermedades algo común en los niños, pero siempre esperaba que al final lograran sobreponerse. Ellos tenían recursos, acceso a médicos y al hospital. Pero las dos enfermedades se ensañaron con el pequeño Peter e Ilse no pudo hacer nada para salvarlo de la muerte. Sólo seguir aferrada a la vida para proteger a los otros, para que no enfermaran también.

Mientras pudo, Hermann siempre se negó a asumir mayores responsabilidades en el ejército. No quería ser oficial, ya que ello conllevaba una serie de obligaciones sociales en las que ni él ni Ilse querían participar. Simplemente no se sentía parte de la camarilla que se estaba conformando en los altos mandos militares. Era un soldado de carrera y le gustaba su trabajo. Quienes lo conocieron lo describen como un hombre recto, con gran sentido del deber, trabajador incansable, que no permitía errores y a quien no le gustaba rendir pleitesía a quienes no lo merecían. Su lealtad estaba con el ejército y su país, y si bien tenía cierta influencia en su entorno militar, no comulgaba con los ritos y costumbres de los oficiales.

En Prusia Oriental estaban bastante alejados de los centros de poder en Berlín, Frankfurt o Munich y no tenían nociones de los planes del gobierno del nuevo Canciller, Adolfo Hitler. De hecho, la política se veía como algo muy lejano en los tranquilos campos de Masuria. En su posición, Hermann sólo sabía que todos los regimientos se estaban reforzando, pues ello formaba parte de sus responsabilidades, y así se lo hacía ver a Ilse, con quien compartía todo.

Ambos intentaban disipar sus temores. No podían hacer nada para cambiar las cosas. Sólo lo que les habían enseñado desde pequeños: esforzarse al máximo, dar lo mejor de sí y comportarse como personas de bien, piadosas y amantes de su familia. Mientras esos pensamientos anidaban en su mente, Ilse veía crecer a sus hijos y se encargaba de la vida doméstica.

La propiedad contaba con cinco hectáreas de terreno y un granero que Hermann arrendó a su vecino, el señor Schenizki. La casa era grande, tenía dos pisos y estaba diseñada para que la

habitaran dos familias. Ilse estuvo de acuerdo cuando Hermann le propuso arrendar parte del inmueble a la familia Weissmann, que tenía 10 hijos en edades similares a los niños Schwarz. El señor Weissmann era el responsable del mantenimiento de la calefacción en el Katherinenkrankenhaus (el principal hospital de Lötzen) y estaba pasando dificultades económicas.

En el primer piso se encontraba la habitación que Ilse compartía con Hermann, el salón, la cocina y una pequeña sala de estar, donde dormían los niños cuando eran muy pequeños o estaban enfermos. En las habitaciones de arriba, cada uno de los niños tenía su cama con un grueso plumón y se distribuían según las edades. Heinz, el tercero -a quien ella llamaba Heini- era el más inquieto de todos. Como en la noche sufría de pesadillas, en ocasiones Ilse se vio en la necesidad de amarrarlo, para que no cayera por las escaleras o asustara a sus hermanos. “Es un niño con el alma inquieta”, se decía.

Mientras cumplían con las tareas del hogar, ayudadas por sus hijas mayores, Ilse y la señora Weissmann tenían dificultades para controlar a los niños, que, instigados por el inquieto Heini, siempre estaban en busca de aventuras.

En las mañanas Ilse veía salir a sus hijos y vigilaba desde la ventana cómo caminaban a la escuela de Sulimen, un edificio pequeño ubicado en las cercanías del hogar que constaba de una única gran sala de clases que albergaba a los alumnos de primero a sexto básico.

Los niños Schwarz y Weissmann constituían un grupo juvenil que la pasaba muy bien, practicando todo tipo de juegos y, por supuesto, protagonizando innumerables travesuras. Ilse siempre se sorprendía con las ocurrencias de los niños. Muchas veces sonreía para sus adentros, aunque igual debía llamarles la atención. Ella tenía la responsabilidad de la educación de los niños. Así lo había dejado claro su marido. Él siempre les decía: “Lo que diga su madre se hace, nadie puede desobedecerla".

Pese a los intentos de Ilse por imponer disciplina, los niños seguían con sus travesuras. Robaban las manzanas de los árboles del vecino señor Spoddig o escondían en el granero los gansos del señor Abramowski -otro de sus vecinos- para luego intentar recibir una recompensa por encontrarlos. Ningún árbol era demasiado alto para Heini, quien siempre estaba ideando nuevas travesuras. En especial le llamaba la atención una laguna oscura ubicada en las cercanías.

La casa estaba emplazada en una zona de turba, un carbón ligero que se forma en lugares pantanosas debido a la descomposición de restos vegetales y que utilizaban como combustible doméstico. A los niños les encantaba jugar en las inmediaciones de esas aguas ennegrecidas. En una oportunidad se internaron en la pequeña laguna y regresaron a la casa sucios cantando Die 10 kleinen Negelein (canción típica, que traducida significa los 10 negritos), ante sus atónitas madres.

Pese a ser tan travieso, a Heini nunca le pasó una desgracia mayor, excepto una primavera en que cayó al agua al quebrarse la capa de hielo que lo cubría. Afortunadamente lograron sacarlo con una varilla larga. Parecía que siempre tenía un ángel de la guarda que lo protegía de un accidente de mayor gravedad, pero este incidente realmente asustó a Ilse. Podría haber ocurrido algo irreparable y ella no estaba preparada para perder a otro hijo. Tendría que hablar con Hermann, para que la apoyara con Heini. Aunque, por otra parte, era un niño encantador, que siempre tenía una sonrisa a flor de labios y la hacía reír con sus ocurrencias.

Pero no todo era diversión. Para Ilse era importante que los niños aprendieran desde pequeños a colaborar en las distintas tareas de la casa. En primavera ayudaban a plantar verduras, sembrar papas y recoger la fruta silvestre del bosque, como arándanos, frambuesas, grosellas, zarzaparrilla y frutillas. Para ello tenían que adentrarse en el Lötzner Wald, el bosque ubicado en

las inmediaciones, donde incluso de vez en cuando era posible avistar osos y lobos. Sus árboles tupidos y oscuros despertaban todo tipo de fantasías en los niños, a quienes les encantaba jugar ahí. Hermann, que había desarrollado una puntería fuera de serie, acostumbraba cazar en ese bosque, muchas veces en compañía de su hijo Georg. Ilse sonreía al ver cuánto disfrutaba el mayor de sus hijos de esta actividad junto a su padre. Además, se parecía cada vez más a Hermann, especialmente en el brillo inteligente de sus ojos azules.

En Prusia aprovechaban los escasos meses de verano para confeccionar conservas que luego consumían en invierno, que se extendía entre los meses de noviembre y abril, cubriendo todo el paisaje de hielo y nieve. Dado que en esa época era imposible conseguir alimento, todos tenían que trabajar duro cuando el clima lo permitía y almacenar suficiente comida para personas y animales. La fruta silvestre era abundante en esa zona e Ilse y la señora Weissmann aprovechaban todos los insumos disponibles para confeccionar dulces y coloridas conservas y mermeladas que constituían las delicias de sus insaciables hijos en los difíciles meses venideros. Era algo que Ilse había aprendido a muy temprana edad junto a su madre, en Wilkischken. Ella disfrutaba del olor de la fruta silvestre al cocerse. Sabía exactamente cuándo daba el punto y en qué momento envasar las mermeladas.

Los niños recibían instrucciones precisas de parte de Ilse sobre qué tipo de fruta debían recoger diariamente y en qué lugar, pero al inquieto Heini no siempre le apetecía seguir las indicaciones de sus mayores. En una oportunidad, cuando Ilse lo envió junto con los otros niños a recoger arándanos al bosque, él prefirió cosechar zarzaparrilla cerca de la casa. Así tendría más tiempo disponible para jugar o idear alguna travesura que incomodara a las niñas Weissmann. No obstante, en esta oportunidad la desobediencia no pasó desapercibida. Cuando llegó con el cometido, su padre lo estaba esperando en la puerta y lo encaró duramente: “Heini nie wieder, was die Mutter sagt wird gefolgt", que quiere decir: “Heini nunca más, lo que dice tu madre se hace”. Sus explicaciones y la amplia sonrisa con que siempre intentaba granjearse las simpatías de los adultos, en esta oportunidad no surtieron efecto y recibió un par de correazos. Ilse esperaba que esa lección le quedara grabada para siempre. La verdad es que ella le había pedido a Hermann que la ayudara con Heini, pero él rara vez empleaba la fuerza y a ella le había dolido tanto o más que a su hijo ese castigo físico.

Como en aquella época no había electricidad en esa zona de Masuria, las noches se hacían largas, especialmente en invierno, y debían recurrir a velas y lámparas de parafina para iluminar las viviendas. En invierno debían soportar temperaturas de hasta 40 grados bajo cero, con un frío seco. No obstante, contaban con ropa adecuada para resistirlo. Muchas veces incluso los forraban con papel de diario para generar mayor aislación térmica.

Con 28 grados bajo cero salían a jugar y les encantaba patinar sobre hielo. Si bien no tenían zapatos especiales para ese deporte -sólo sus gruesos zapatones de invierno a los que se les atornillaban unas cuchillas-, se entretenían mucho y podían seguir disfrutando de la naturaleza durante las estaciones más crudas. Vivían cerca de un enorme lago, el Löwentinsee, que en invierno se congelaba y el hielo alcanzaba un grosor que superaba el metro. Era el escenario ideal cuando no había tormenta.

A veces nevaba tanto que el primer piso de la casa quedaba enterrado por completo y para salir tenían que saltar desde la ventana del segundo piso. Como la bomba manual de agua se congelaba, la envolvían en heno que luego quemaban, y de esta forma podían tener nuevamente agua. El baño estaba afuera, a 30 metros de la casa.

La llegada del invierno siempre preocupaba a Ilse, por las enfermedades que pudieran contraer sus hijos. En general eran todos muy sanos, pero la temprana partida del más pequeño

aún le dolía y era un recordatorio constante de lo frágil que podía ser la vida de un niño.

El invierno también traía fechas especiales que alegraban a la familia, en especial la celebración del Nikolaustag y la Navidad. En esos días Ilse se esforzaba por proveer alimentos especiales que hacían las delicias de los niños. Durante semanas preparaba galletas, mermeladas y mazapanes que todos devoraban con rapidez.

En casa de la familia Schwarz, las navidades siempre fueron blancas, con nieve que se acumulaba en los árboles y caminos, y que dificultaba el tránsito de personas y animales. Pero lo que de verdad caracterizaba esas fechas era la música. Hermann tocaba la balalaika, el acordeón y la armónica, mientras los niños entonaban los tradicionales villancicos. En el colegio aprendían todas las semanas una nueva canción que luego practicaban en familia.

Durante esos años, en dos oportunidades fueron sorprendidos por la visita del Viejito Pascuero. Era Gerda, una de las hermanas de Ilse, que viajaba especialmente de la distante Trankwitz y se disfrazaba para la ocasión. Ansiosos por recibir sus regalos, cada niño debía recitar una poesía o cantar una canción. Todos se esforzaban al máximo para impresionar al viejito vestido de rojo que los escuchaba con atención. Los regalos eran libros, soldaditos de plomo, juegos de mesa, cubos para construir, naipes o una armónica.

Eran una familia alegre, que disfrutaba de las fiestas y las celebraciones familiares. Ilse se sentía feliz en esos momentos. Hermann era un buen marido y un padre cercano cuando estaba en casa, pero lamentablemente sus obligaciones en el ejército le estaban robando cada vez más tiempo a ella y a sus hijos.

◆◆◆

Ya corría 1940, hacía poco había estallado una nueva guerra. Ella entendía que el ejército alemán quisiera recuperar el “corredor" polaco. Hermann le había dicho que el gobierno de Hitler había pedido permiso a las autoridades de Polonia para construir una línea de ferrocarril que permitiera unir a Prusia con el resto de Alemania y que se lo habían negado. A ella le parecía lógico que existiera una vía de comunicación terrestre, no sólo por mar, como hasta ahora. ¡Pero una guerra! Le parecía excesivo. Si recién se estaban recuperando del enfrentamiento anterior. Y su marido estaba en el ejército.

Hermann intentaba tranquilizarla. Alemania estaba bien preparada y la guerra no llegaría hasta Prusia. Ella y los niños estarían a salvo en Sulimen. Además, la cercana Lötzen era una de las ciudades mejor preparadas para la defensa de Prusia. Contaba con una gran dotación de soldados y un arsenal de alta potencia. Y el fuerte Boyen, ubicado en las cercanías, ofrecería el resguardo y la seguridad necesarios.

Ilse intentaba creer a su marido, pero ahora tenía la responsabilidad de sus seis hijos, que para ella eran su vida.

◆◆◆

En los cortos meses de verano, el Löwentinsee ofrecía un panorama inmejorable. Ilse y sus hijos solían acortar camino a través del campo, para llegar prontamente y refrescarse en sus aguas. Pero eso era antes de la guerra. Ahora todo era más complicado. Desde Trankwitz le habían llegado noticias. Sus dos hermanos, Kurt y Benno, habían sido llamados a las filas. Sus padres estaban muy preocupados por los acontecimientos.

Si bien en Prusia no sentían el peso de la guerra y la propaganda que llegaba a través de la radio les aseguraba que no había nada que temer, Ilse no lograba sentirse tranquila. Habían perdido demasiado la última vez.

Al cumplir los 10 años, todos los niños alemanes debían ingresar obligatoriamente a las juventudes hitlerianas, era parte de la formación escolar. Les daban uniforme y practicaban distintos juegos. Ilse no sabía muy bien de qué se trataba, pero sus hijos disfrutaban especialmente de las canciones folclóricas y marchas que entonaban con gran entusiasmo, pues todos tenían voces privilegiadas. Hasta el día de hoy el repertorio de canciones típicas alemanas de los hermanos Schwarz es prácticamente inagotable.

Entre las anécdotas de esa época, Heini le contó cómo había aprendido a nadar en una de esas jornadas. El profesor lo amarró con un lazo y lo lanzó desde el muelle al agua profunda. Primero se hundió, pero luego el instinto lo obligó a tomar aire y comenzó a flotar, con dificultad al inicio, pero pronto ya con mayor soltura hasta que dio las primeras brazadas. Esa experiencia formó parte de su adiestramiento en la Hitlerjugend. Ilse encontró que la fórmula era un poco extrema, pero tal vez no era mala idea que alguien impusiera un poco de disciplina a su Heini.

Por su parte a Eva, su única hija, le correspondió participar en la rama femenina, llamada Bund Deutschermädchen o BDM. Asistía una vez por semana, y llegaba contando que salían de excursión, aprendían a tocar distintos instrumentos y cantaban mucho. También efectuaban algunos trabajos sociales, como recolectar leña para los más necesitados o cuidar niños pequeños cuando las madres salían a trabajar.

Ilse no recuerda que alguno de ellos haya recibido algún adoctrinamiento especial, al menos no en su pequeño pueblo.

Si bien sus hijos sabían de la existencia de un conflicto bélico que involucraba a Alemania, no era una situación que los afectara directamente y por lo tanto no le daban importancia. Eso tranquilizaba a Ilse, quien prefería guardar su angustia únicamente para ella. Los niños sí sintieron algo de inquietud cuando escucharon los relatos de un grupo de menores que llegaron desde Berlín a un centro de vacaciones que los acogió en las cercanías del Löwentinsee. Eva quedó impactada cuando le contaron de los bombardeos sobre la capital y que debían pasar muchas noches en los bunkers. A Ilse le costó tranquilizarla. También conocieron a varias familias que habían perdido sus hogares y a quienes ahora sólo les quedaba un alto de escombros sin saber por dónde empezar a reconstruir sus vidas.

Más adelante llegaron madres y niños pequeños provenientes de la zona industrial del Ruhr que había sido dañada por los bombardeos. Las autoridades sanitarias los habían enviado a los campos de Sulimen para recuperarse de sus traumáticas experiencias. Cuando oía sus historias, Ilse daba gracias porque ellos estuvieran lejos de esas vivencias, resguardados en Prusia. Aún no sabía cuán duro los golpearía la guerra en los años venideros.

Avanzada la guerra las salas de clases se transformaron en Hilfslazaretten, una especie de refugios de emergencia, para acoger a personas que llegaban de las ciudades bombardeadas buscando un techo. La escuela de Sulimen se trasladó entonces a un galpón, para que los niños pudieran continuar con sus clases.

Entre las obligaciones de sus hijos en los años de guerra estaba la recolección de hierbas medicinales, que eran posteriormente secadas y utilizadas para confeccionar té y medicamentos. Producto de ello, los niños aprendieron bastante sobre las propiedades de las distintas plantas silvestres, árboles y arbustos.

También debieron ayudar con la plantación de Seidenraupe (gusano de la seda), que se usaba para la confección de paracaídas. Eran actividades que los menores disfrutaban casi como un juego, porque los mantenía en contacto con la naturaleza y lejos de las tediosas lecciones de sus profesores en las salas de clases.

CAPÍTULO 4

La guerra toca a la puerta

La relativamente apacible vida de Ilse y los niños en el campo cambió bruscamente en septiembre de 1941, cuando Hermann fue transferido a la compañía de traducción para ruso cuyo comando superior estaba en Königsberg. El 22 de junio de ese año el ejército alemán había lanzado la llamada operación Barbarroja e invadido Rusia. La guerra avanzaba hacia el este.

Ilse sabía que esa destinación lo acercaba más al frente y eso la asustaba. Pero también sabía que a su marido le entusiasmaba la oportunidad de volver a practicar el ruso. Pese a los difíciles años de trabajo forzado de su juventud, Hermann siempre se había mantenido emocionalmente ligado a su tierra natal. Sonreía para sus adentros al recordar muchos momentos felices de la vida familiar, como cuando Hermann tomaba la balalaika o el acordeón y tocaba canciones rusas, para deleite de sus hijos. A ella también le gustaban esas bellas melodías. Aunque no entendía la letra, imaginaba que se trataba de historias de amor no correspondido o de una madre cantando a la tierra donde habían nacido sus hijos. Además, en la biblioteca del hogar descansaban numerosos ejemplares en ese idioma que su marido hojeaba cuando le quedaba algún tiempo disponible.

La preocupación de Ilse aumentó cuando tres meses más tarde lo enviaron al frente en Volkhov (Wolchowgebiet), distante 120 kilómetros de Leningrado. Hacía poco sus padres le habían informado una pérdida muy dolorosa: su hermano Kurt, el mayor de los hijos varones de la familia Albrecht, había caído en el frente en las cercanías de esa ciudad, con el grado de Oberleutnant (teniente primero), dejando a una viuda y un hijo pequeño. Hermann partía al frente, también a Rusia, a las inmediaciones de la antigua San Petersburgo, ahora bautizada como Leningrado en honor al líder de los bolcheviques.

Antes de partir, Hermann le había contado que, dado su dominio del idioma, su tarea consistiría en ser el primer contacto con los prisioneros enemigos, especialmente con los oficiales de mayor rango. Al menos la tranquilizaba que no estaría en el frente de batalla y además sabía que su marido tenía mucho en común con ellos: había recibido una buena educación en Rusia y conocía perfectamente la historia y las costumbres de ese país, lo que sin duda le ayudaría en su cometido.

Por otra parte, también se acordaba cuando él estuvo al otro lado, es decir, como prisionero en Siberia por negarse a servir en el ejército. Le habría gustado que alguien se preocupara de su bienestar y el de su madre. Por lo tanto, mientras estuvo en sus manos, Hermann siempre procuró que el trato hacia los oficiales rusos fuera el correcto. Las numerosas cartas de agradecimiento que recibió posteriormente demostraron que había tenido éxito, o al menos lo había intentado. Cuando su marido le traducía parte de las misivas, ella se sentía orgullosa de su calidad humana.

Con la partida de Hermann, a Ilse se le dificultaba mucho mantener la casa, trabajar en la huerta, cuidar de los animales y preocuparse de sus hijos. Si bien ellos también ayudaban, requerían de mucha atención. Especialmente Hans y Horst, de apenas 6 y 7 años.

Ese primer invierno fue particularmente duro. A la preocupación por su marido, su otro hermano, primos y amigos de infancia que se encontraban en el frente, se sumaba ahora la responsabilidad de sacar adelante sola a sus hijos, sin que ninguno se enfermara. Ella se consideraba una auténtica mujer prusiana: fuerte, trabajadora y amante de su familia. Pero a veces simplemente se sentía superada.

Georg partió pronto a Stuhm, como alumno de una exclusiva academia para cadetes. Eva era una ayuda invaluable, realmente una hija ejemplar, pero Heini seguía siendo su mayor dolor de cabeza. Agotada con el trabajo que demandaban los más pequeños, se sentía incapaz de estar pendiente además de sus permanentes travesuras.

Por esa razón decidió enviarlo a casa de sus padres a Trankwitz, para que sus hermanas intentaran domar al más rebelde de sus hijos. Confiaba especialmente en Dora, su hermana menor, quien debido a las secuelas de la poliomelitis que sufrió de niña se movilizaba en una bicicleta de 3 ruedas. Ilse la quería mucho, era muy especial y sabía que tenía un sentido pedagógico que sería positivo para Heini. Además, en la casa también vivía su otra hermana, Gerda, que hacía poco había asumido como alcaldesa del pueblo. Ilse se alegró mucho cuando se enteró de la noticia. El antiguo alcalde, para quien Gerda trabajaba como asistente, enfermó gravemente y él mismo la recomendó para sucederlo. Dado que ella conocía perfectamente el manejo del ayuntamiento y contaba con la confianza de la comunidad, todo el mundo la apoyó. Si bien era bastante joven para ocupar un cargo de tanta responsabilidad -poco más de 30 años-, la pequeña localidad que encabezaba le tenía cariño y apreciaba su eficiencia administrativa.

Sabía que sus padres estarían encantados de recibir a su hijo e inculcarle los mismos valores que ella recibió de niña. También sería una distracción para su madre, que aún lloraba la pérdida de Kurt y temía que Benno corriera la misma suerte. El otro hermano de Ilse estaba activo en el Kurlandgebiet, en el norte, no demasiado lejos de su antiguo hogar en Wilkischken. Benno era músico y ella sabía que sufría mucho por la guerra, pues lamentaba no poder dedicarse a lo que en realidad le apasionaba.

Mientras Ilse seguía adelante con su vida, la vecina Lötzen se transformaba en un centro militar estratégico al interior de Prusia Oriental. Ahora esa localidad lacustre estaba ocupaba permanentemente por el ejército. Si bien ello brindaba cierta tranquilidad a sus habitantes, también implicaba un costo, pues los agricultores tenían que entregar parte de sus cosechas y caballos para uso militar. Moritz, el coche de Hermann, ya llevaba largo tiempo en el garaje sin ruedas y sin batería, que habían sido requisados por los soldados. Ilse no se lamentaba, pues tampoco había nadie que pudiera manejarlo. Pero recordaba cuán orgulloso se sentía su marido de ese primer automóvil que habían adquirido cuando recién se instalaron en Sulimen. En esa época tan sólo había tres coches en el pueblo, y uno era el suyo.

A medida que avanzaba la guerra, Ilse veía que ya no quedaban en la zona hombres en edad de alistarse en el ejército, por lo que las mujeres y los niños tenían que realizar todo el trabajo duro. Aunque le habían dicho que en los campos también había prisioneros franceses y polacos, que servían como apoyo.

Con Eva comentaban que los prisioneros vivían en las granjas, con las familias, y no en los centros de detención. Se podían mover libremente por Lötzen, aunque cada cierto tiempo debían presentarse en el Municipio. A ella le alegraba saber que no había problemas entre el pueblo alemán y los soldados/prisioneros extranjeros. Incluso les habían contado que en la granja más grande de la zona los franceses habían instalado un criadero de conejos que les permitía efectuar negocios de intercambio por calcetines y chalecos.

◆◆◆

Ilse pasaba largo tiempo sin noticias de su marido y todos los días esperaba correo desde el frente. Trataba de no transmitir la angustia que sentía a sus hijos, aunque Eva ya era lo suficientemente mayor para darse cuenta. Sabía que Hermann estaba en el frente oriental, acuartelado con sus tropas o en acciones de contrainteligencia. Todos los días rezaba a Dios para que lo protegiera de las balas de sus enemigos.

La falta de información fiable constituía un grave problema para las familias que permanecieron en casa. Ilse se desesperaba porque era muy difícil obtener noticias fidedignas que no estuvieran teñidas por la propaganda. Todos los días escuchaba la radio, pero a estas alturas ya sabía que la información venía censurada y adornada según los intereses del gobierno. Y aunque escuchar emisoras extranjeras estaba penado por la ley, ella -como todo el mundo- lo hacía igual. Aunque la mayoría de las veces no se escuchaba bien y las voces de los locutores, en francés o en inglés, se oían distorsionadas, ella seguía moviendo las perillas para intentar captar algo. Ilse y Eva pasaron muchas noches tratando de obtener noticias de Hermann.

Cada vez que recibía una carta, elevaba una plegaria a Dios. Su marido le contaba detalles del frente e intentaba tranquilizarla, pero en 1943 Alemania empezaba a perder posiciones en Rusia y Hermann no podía ocultarle sus temores a Ilse. En enero de ese año la batalla de Stalingrado se transformó en la primera gran derrota de Alemania en la guerra. Pocos meses después vino la llamada operación Ciudadela, o Batalla de Kursk, que marcó el repliegue alemán de suelo ruso.

Uno de los momentos felices de esos años fue cuando Hermann tuvo un breve permiso y los visitó durante unos días un Sulimen. Los niños estaban dichosos, por fin veían nuevamente a su querido Papa. ¡Cuánta falta les había hecho todo este tiempo! Compartir juntos en familia era un milagro que ella quería atesorar y alargar al máximo.

Durante esos días hablaron mucho. Compartieron temores y también hicieron planes para el futuro. Él le hizo prometer que si le pedía dejar su hogar para ponerse a salvo con los niños, ella no lo cuestionaría. Tendría que confiar en su profundo conocimiento del enemigo.

Ilse notó que su marido estaba preocupado por su seguridad y en especial por su hija Eva. Le confidenció que estaba en la lista negra de los rusos y que, si Alemania perdía la guerra, el ejército de Stalin no tendría piedad con su familia. Antes del inicio del conflicto, en el año 1938, había sido enviado a Rusia en misión de contrainteligencia para observar el terreno y conocer el movimiento militar soviético. Además, por su posición era el primero en hablar con los oficiales rusos cuando eran capturados. Por lo tanto, estaba perfectamente informado de sus intenciones.

Tras ese breve permiso, Hermann fue trasladado a Stablack Süd, donde se ubicaba uno de los centros de entrenamiento de la Wehrmacht en Prusia. Su conocimiento del idioma era fundamental para recabar información sobre los planes del enemigo que estaba cada vez más cerca.

Georg ya llevaba dos años en la academia militar de Stuhm, ubicada en la zona occidental de Prusia, en las cercanías del antiguo castillo de los Caballeros de la Orden Teutónica, Marienburg (Malbork en la actualidad). Por eso, cuando su marido le señaló que había conseguido una plaza para Heini en el establecimiento, Ilse estuvo de acuerdo con enviarlo. Se trataba de una prestigiosa escuela con internado donde, además de las materias escolares, los jóvenes recibían una esmerada formación en deporte, cultura e idiomas. Además, algo de disciplina ayudaría a forjar su carácter. Así, durante los primeros meses de 1944, Heini, de 11 años y medio, fue enviado a esa escuela, aunque al poco tiempo contrajo una infección al oído medio que lo obligó a regresar junto a Ilse y sus hermanos más pequeños.

Ilse tenía sentimientos encontrados. Un poco de rigor le haría bien a Heini, pero en el fondo

sabía que esa escuela no era adecuada para un joven como él, demasiado inquieto y testarudo para seguir las instrucciones que le daban. Afortunadamente, cuando se recuperó de su dolencia, ya no fue necesario enviarlo de regreso a Stuhm. Le habían informado que a todos los menores de 12 años los estaban devolviendo a sus hogares. El frente estaba cada vez más cerca y los profesores no querían asumir la responsabilidad de niños tan pequeños si la escuela llegaba a sufrir un ataque.

Ahora que su marido estaba destinado en las cercanías de Königsberg, Ilse tenía mayor contacto con él. Al menos sabía que estaba a salvo y se comunicaban periódicamente. El correo pasaba más seguido por su casa. En sus últimas cartas Hermann le insistió que se trasladara a Trankwitz, a casa de sus padres, ya que estaba en conocimiento del inminente plan de ataque de los soviéticos. Y también de la brutalidad con que planeaban dejarse caer. Desde allí, en caso de emergencia, sería mucho más fácil escapar hacia el oeste.

Ilse reunió a sus hijos. Ellos ya tenían edad para entender lo que sucedía y necesitaba de la ayuda de todos para organizar el traslado a Trankwitz. Lo primero fue ponerse de acuerdo en qué llevar, qué dejar y qué guardar en un escondite secreto que excavarían en el sótano. La lógica le indicaba que habría sido mejor enterrar sus bienes más preciados en el bosque, donde nadie los buscaría. Pero ya se encontraban en octubre, estaba comenzando el invierno y hacía demasiado frío para trabajar a la intemperie.

Finalmente, entre todos excavaron un agujero profundo en el sótano, con suficiente espacio para tres cajas que contenían artículos de valor que no podrían llevar a Trankwitz: la porcelana, copas de cristal Römer, adornos, la artesanía de ámbar típica de la zona y algunas joyas. Más que valor económico, todos esos artículos tenían un valor sentimental para Ilse. Muchos eran recuerdos de su época de juventud en Wilkischken. La embargó la emoción mientras los niños iban cubriendo de tierra esas pertenencias. Sentía que estaba enterrando parte de su vida con la esperanza de volver a encontrarla en un futuro cercano.

Luego, le pidió a la señora Weissmann que cuidara del resto de sus cosas, los muebles y enseres que estaban dejando en la casa. También de sus animales, entre ellos cerdos, pollos y patos, y de la huerta. Se abrazaron con la seguridad de volver a verse muy pronto.

Para sus hijos también fue una despedida triste. Los niños Weissmann eran como hermanos para ellos. Sus inseparables compañeros de juegos, de colegio y de vida. Y ahora tenían que dejarlos atrás. En especial Ilse lo sintió por Eva, que se llevaba muy bien con la pequeña Christel Weissmann.

El 30 octubre de 1944 uno de sus vecinos, el señor Schnitzki, los acompañó a la estación de ferrocarril. Sólo llevaban lo necesario. Unas maletas con ropa, artículos de aseo personal, algunas sábanas, fotografías familiares y sus documentos. Los vecinos no podían entender a Ilse. Por esas fechas Sulimen estaba repleta de soldados acuartelados, cada habitación vacía se encontraba ocupada por la tropa y por lo tanto la población civil se sentía segura. No obstante, Ilse ya había visto a grupos de personas montadas en rústicas carretas que huían hacia el oeste, una señal inequívoca de que la situación podría cambiar en cualquier momento.

Los 138 kilómetros que separan Lötzen de Königsberg los hicieron en tren. Tres horas y media en que ninguno tenía muchas ganas de conversar o jugar. Ilse estaba triste, sentía que nuevamente la arrancaban de su hogar. Aunque esperaba regresar pronto, sentía un nudo en el estómago mientras el hermoso paisaje de Masuria iba quedando atrás. En la estación los estaba esperando su querido padre. Niños y equipaje fueron cargados sobre una carreta tirada por caballos.

◆◆◆

Mientras recorrían los 7 kilómetros que separaban la estación de Königsberg de la propiedad del abuelo, el viejo Albrecht ponía a su hija al corriente de la situación. La verdad es que en esos momentos nadie sabía con exactitud cómo se estaba desarrollando la guerra. A fines del 1944 y comienzos de 1945, el Gauleiter Erich Koch, el impopular jefe político del Partido Nazi de Königsberg, utilizando todos los medios de propaganda a su disposición, pregonaba que no había de qué preocuparse y que venía en camino una gran fuerza de la Wehrmacht que impediría el avance de los rusos.

El hogar de Albrecht estaba ubicado a un costado del Landgraben, el canal que surtía de agua dulce a la ciudad de Königsberg, y colindaba con Friedrichsberg, la gran propiedad del Gauleiter Erich Koch. Él tenía una relación de cercanía con el administrador de la finca, con quien de vez en cuando realizaba negocios relacionados con los caballos. Eso le permitía contar con algo más de información que el resto de sus compatriotas, pero tampoco era suficiente como para entender la disposición de las fuerzas y la real situación del ejército alemán.

Así las cosas, Ilse temía que tendría que pasar varios meses en casa de sus padres. Allí estarían hacinados. Sus padres y hermanas dormirían en el primer piso y ella y los niños en la buhardilla, compartiendo las camas. Tendrían que acostumbrarse a una vida muy diferente a la que solían llevar en los campos de Sulimen. Afortunadamente no les faltaría comida. Su madre tenía una despensa bien provista y el viejo Albrecht contaba con una gran provisión de animales domésticos que podrían saciar el apetito de sus nietos.

Al cabo de un mes, Ilse decidió regresar a Sulimen, para echar una mirada a su casa. Quería asegurarse que todo estuviera en orden. Sin embargo, la situación con que se encontró al llegar la dejó estupefacta. La vivienda estaba repleta de soldados que estaban durmiendo en sus camas, utilizando sus muebles y enseres. Habían incautado la propiedad para uso militar. La señora Weissmann le explicó que no había podido impedirlo, dado que la casa se encontraba desocupada y era necesaria para alojar a los integrantes del ejército que seguían llegando al pueblo para la defensa de Masuria.

El trayecto de regreso fue doloroso. Sentía que había perdido sus raíces nuevamente, igual como le ocurrió cuando sus padres fueron expulsados de Wilkischken. Le costó mucho explicar a sus hijos que la vida en Sulimen había quedado atrás, que era cosa del pasado y que ahora tendrían que acostumbrarse a la existencia que estaban llevando en casa del abuelo. No bajó al sótano, así es que tampoco pudo comprobar si su escondite seguía intacto.

◆◆◆

La guerra y el avance de los rusos era tema de conversación diario. Desde Trankwitz se escuchaban los bombardeos sobre Königsberg. Era imposible sustraerse a la guerra. Al menos estaba más cerca de su marido y en caso de emergencia podría auxiliarla.

En casa de sus padres contaban con luz eléctrica, lo que permitía que las jornadas se extendieran un poco más que en Sulimen. Los niños disfrutaban especialmente jugar a las cartas con sus abuelos y tías. Ello le daba algo de normalidad a sus vidas.

Cada vez que podía, Heini hacía reír a sus hermanos con una anécdota que involucraba al Gauleiter Koch, y que había tenido lugar un año antes, cuando a él lo habían enviado a vivir con los abuelos. Era invierno y el líder nazi tenía organizada una cacería de conejos con algunos camaradas. Como Koch y sus acompañantes pasaron sobre el terreno de su abuelo sin pedir permiso, decidieron quedarse con uno de sus conejos. El abuelo simplemente pinchó con un bastón la piel del animal muerto que había caído a sus pies y lo escondió de la vista de los

jerarcas. Ambos permanecieron muy serios, hasta que se retiraron. Luego estallaron en carcajadas, divertidos por haberle birlado un conejo a Koch. Sus hermanos, especialmente los más pequeños, gozaban con la historia, pues todos detestaban al jerarca, especialmente el abuelo que aborrecía el aparataje nazi. De Koch decía que antes de escalar posiciones en el partido era un pobre diablo y que su mujer -que ahora se daba grandes ínfulas- había sido una vendedora de pescado en el mercado de Königsberg.

Para alegría de Ilse, en la Navidad de 1944 Hermann pudo visitar por algunos días a la familia desde Stablack, donde se encontraba destinado. En esa oportunidad instó a Ilse a salir cuanto antes por tren desde Königsberg hacia el oeste. Quería que se alejaran del frente oriental. Temía a la brutalidad de los rusos. A esas alturas él ya sabía que nada los detendría. Volvió a recordarle que él estaba en la lista negra de los rusos y que no habría perdón para su familia si los descubrían. Esa noche le describió con detalle las atrocidades que estaban cometiendo los rusos. Ya le habían llegado noticias de violaciones, mutilaciones y asesinatos de niños pequeños. Ilse lloró junto a su marido, no quería que sus niños sufrieran tales agonías. Esa Navidad la pasaron todos juntos.

Georg, que aún asistía a la academia de Stuhm, también los visitó en diciembre durante sus vacaciones de invierno. A su término, en enero de 1945, Ilse acompañó a su hijo hasta la cercana localidad de Juditten para que pudiera tomar el tren de regreso a su colegio. Como él le contaría después, los trenes estaban repletos y le costó encontrar un espacio. Podría haber regresado a casa con su familia, pero el sentido de la responsabilidad pudo más y, con la ayuda de un militar, consiguió finalmente subir a un vagón. Fue uno de los contados alumnos que regresó a la escuela después de esas vacaciones. La guerra ya estaba demasiado cerca.

Mientras regresaba caminando desde Juditten a Trankwitz, Ilse pudo comprobar lo que en realidad estaba pasando. Miles de familias escapando hacia el oeste. En la tranquila Trankwitz, distante sólo algunos kilómetros, sus padres y sus hermanas aún no se daban cuenta que ya había muchísima gente huyendo de la guerra. Después de ver el tumulto en la estación y grupos de caravanas en el camino, Ilse se hizo serias recriminaciones por haber dejado que su hijo de 14 años viajara solo a Stuhm. Mientras avanzaba, seguía viendo la imagen de su hijo mayor, un adolescente que estaba dejando de ser niño, gallardo y atractivo en su uniforme militar. Tan parecido a su marido Hermann. Si algo llegara a pasarle, no se lo perdonaría nunca.

En Trankwitz todo cambió muy rápido. Albrecht seguía en contacto con el administrador de Friedrichsberg para obtener información más fidedigna sobre el desarrollo de los acontecimientos en Prusia Oriental y después del Año Nuevo de 1945 regresó con una noticia que alarmó a Ilse: la propiedad estaba prácticamente desierta y ocupada por los militares, que la estaban utilizando para resguardar obras de arte y otros objetos de valor. No había rastros de Erich Koch. Aparentemente el jerarca había decidido buscar refugio en un lugar más seguro, tal vez en su bunker en la Frische Nehrung. Eso solo podía significar una cosa: que los rusos se estaban acercando a pasos agigantados.

Pese a ello, a través de la radio diariamente escuchaban sus discursos llamando a la calma. Si en ese momento la población civil de Prusia Oriental se hubiera enterado de cuán crítica era la situación, muchos habrían alcanzado a ponerse a salvo. Y lo más importante, habrían podido hacerlo por vía terrestre. Lamentablemente, las autoridades nazis nunca prepararon un plan de evacuación por considerarlo una medida derrotista. Hasta su suicidio el 30 de abril de 1945, Adolf Hitler insistió en que la guerra debía continuar, descartando cualquier operación de rescate de la población civil de Prusia Oriental.

◆◆◆

El 4 de enero de 1945 Ilse recibió un último correo militar con noticias de su esposo, informándole que tenía una nueva destinación como responsable de un batallón en la zona de Königsberg. Le volvió a insistir que partieran cuanto antes, pues en ese momento aún salían trenes rumbo al oeste. Esa fue la última señal de vida de Hermann. Después de la guerra, Ilse lo buscó durante años, aunque en su interior tenía la certeza de que ya no lo vería con vida. En sus largas conversaciones cuando lograban estar juntos, Hermann siempre le decía que, si después de la guerra no tenía noticias suyas, era porque se había disparado un tiro con su pistola de servicio. La última bala la guardaría para él; por ningún motivo volvería a estar nuevamente en una prisión rusa. La experiencia de los trabajos forzados en su adolescencia y primera juventud lo habían marcado a fuego.

Pero Ilse nunca dejó de esperar a Hermann. Durante años siguió buscando su rastro. Primero recurrió a la Cruz Roja y, después de la guerra, al ejército y a los distintos organismos gubernamentales encargados de reunir a las familias que se habían perdido en el Este. Su hija Eva continuó la labor más adelante. Cuando cayó el muro, la Unión Soviética desclasificó sus archivos de guerra, pero tampoco fue posible encontrar rastro de Hermann Schwarz. En los años venideros siguió recordándolo siempre. Con la mirada perdida, rememorando esos días felices en Masuria junto a todos sus niños. Él, tocando el acordeón o la balalaika y cantando, a veces en alemán y otras en ruso.

◆◆◆

Era pleno invierno y todos los niños estaban resfriados, algunos con fiebre. Por eso, Ilse estaba retrasando la salida, lo que no dejaba de angustiarle. Grupos de refugiados que huían en caravanas desde las zonas fronterizas hacían un alto en el camino en Trankwitz para recuperar fuerzas y permitir que los caballos descansaran un poco. No obstante, en cuanto era posible seguían su camino, pues el frente estaba cada vez más cerca y ya se escuchaban disparos.

También desde Trankwitz empezaron a salir caravanas, en grupos pequeños, pese al frío y la nieve, y sin importar que aún tuvieran un largo camino helado por delante. Para los agricultores era una decisión difícil dejar a sus animales abandonados en los establos. Si bien los vecinos que se quedaban se comprometían a ordeñar las vacas lecheras, la idea de no volver a verlas les dolía en lo más profundo.

Se había organizado una nueva caravana que saldría desde Trankwitz. Por ser familia de militar, Ilse y sus niños tenían asegurada una plaza. Pero el abuelo desaconsejó a su hija partir en el carro que le habían asignado debido a que se encontraba sobrecargado y era poco probable que los animales que lo tiraban pudieran aguantar el difícil trayecto que les esperaba. Ilse tampoco estaba convencida de subir a una de esas precarias carretas, donde estarían a merced del viento y de la nieve, especialmente con sus hijos aún enfermos. La mayoría trataba de llevar algunas pertenencias, pero al final sólo quedaba espacio para los alimentos que necesitarían los seres humanos y animales. Era imposible saber cuánto duraría el trayecto. Dependería de las condiciones de los caminos, del hielo, de la nieve y del aguante de los caballos.

Desde Trankwitz, los carros salían primero en dirección a la localidad de Metgethen, después a Fischhausen y luego a Pillau. Los hombres y animales se movían con dificultad sobre las vías congeladas, repletas de nieve, hielo y barro. Y como los trineos y carretas iban sobrecargados, el avance era lento.

Pillau era el puerto obligado para huir hacia el oeste. Para llegar hasta allí, los carros debían transitar sobre el cordón del Vístula o Frische Nehrung, una gran barra arenosa que separa la

laguna del Vístula (o Frisches Haff) de la bahía de Danzig y el Báltico. En 1497 se construyó un canal artificial que permitía el paso a través de la enorme lengua arenosa que constituía la Frische Nehrung y que ahora todos querían alcanzar en forma desesperada.

El único camino sobre la Frische Nehrung era muy angosto y también era utilizado por el ejército, lo que dificultaba el desplazamiento. Los carros con refugiados tenían que esperar a la intemperie, donde estaban a merced de los aviones bombarderos que volaban a baja altura. Para los animales era muy duro avanzar sobre el hielo y además tirar de los pesados carros de carga. Cuando se caían era imposible levantarlos y en los interminables momentos de espera se les congelaban las patas. Mucha gente se ahogó, porque el hielo simplemente no aguantaba su peso.

A Ilse le aterraba la posibilidad de morir congelados en alguna de esas caravanas. En casa de sus padres tenían colchones, una estufa y alimentos en el sótano, pero la artillería ya estaba cerca de Trankwitz y pronto estarían a merced de las bombas rusas. Estaba decidida a partir con sus hijos rumbo a Königsberg, pero su hermana Gerda la convenció de que no lo hiciera hasta que los niños estuvieran repuestos de sus resfríos. En las condiciones que estaban, tal vez no todos lograrían sobrevivir.

El problema era que ahora, a fines de enero, quizás fuera demasiado tarde para salir de Königsberg. Las noticias que se emitían por radio no eran confiables y cada uno tenía que tomar su propia decisión. Nadie sabía con certeza dónde se encontraba en realidad el frente. Los rusos estaban cerrando un anillo cada vez más estrecho en torno a Königsberg.

Ilse se debatía entre los consejos de su esposo, que la instaba a salir cuanto antes, y la cálida protección de sus padres y hermanas. “Los rusos no pueden ser tan terribles”, le repetía Gerda sin cesar.

Estaba en una encrucijada compleja y ella tenía un solo objetivo: “Tengo que salvar a mis niños”. ¿Pero qué sería lo mejor? ¿Permanecer en el hogar paterno o arriesgarse a salir, quedando a merced del invierno prusiano, uno de los más duros de los que tenía memoria? Y además estaba el peligro de las bombas y los disparos que ya se sentían a poca distancia.

Ilse recordó una reunión que tuvo lugar en su casa en Sulimen a mediados del año anterior. Hermann estaba con permiso en casa y con algunos conocidos (entre ellos rusos cosacos que luchaban por Alemania) analizaron cómo iban a actuar los rusos cuando ingresaran a Alemania, pues a esas alturas ellos ya sabían que tal y como estaba desarrollándose la guerra, era imposible que el Tercer Reich pudiera hacer algo para ganarla. Era una reunión franca, donde se examinaron abiertamente los distintos escenarios y las conclusiones resultaron sombrías: Alemania perdería y los rusos se dejarían caer con gran brutalidad.

Mientras Ilse se debatía entre permanecer en Trankwitz con sus padres y hermanas o intentar llegar a Königsberg y conseguir huir hacia el oeste, para evitar caer en manos de los rusos, se desarrollaban acontecimientos que tendrían consecuencias insospechadas para sus planes.

◆◆◆

Ilse no tenía cómo saberlo, pero al retrasar su salida, ya no podría salir en tren desde Königsberg. Según consta en documentos históricos, el último convoy cargado con civiles, especialmente mujeres, ancianos, niños y heridos salió de la capital de Prusia Oriental el 22 de enero de 1945. Dos días después las fuerzas soviéticas alcanzaron la laguna del Vístula, aislando a Prusia Oriental del resto de Alemania. A partir de esa fecha, el único escape posible era a través de las heladas aguas del Báltico.

En ese contexto se desarrolló la mayor evacuación de la Segunda Guerra Mundial y hasta el día de hoy una historia prácticamente desconocida, pese a que involucró a cinco veces más

personas que la evacuación de Dunquerque (1940, Francia). Sólo breves cortometrajes y algunas referencias en libros e Internet permiten encontrar material para describir este hito.

Pese a los esfuerzos de Hitler por contener a su alto mando, el almirante Karl Dönitz ya había comprendido que Alemania pronto sería derrotada y empezó a visualizar una masacre. En un intento desesperado por salvar a sus hombres y submarinos, decidió actuar a espaldas del Führer, iniciando una operación que a todas luces habría sido considerada un acto de alta traición que en ese entonces se pagaba con la muerte.

El 23 de enero de 1945 envió un mensaje codificado al comando naval de Gotenhafen (hoy Gdynia), donde estaba ubicada la base de submarinos alemanes. Los sorprendidos marinos recibieron la orden de comenzar cuanto antes la evacuación desde los puertos que aún estaban fuera del área controlada por los soviéticos. La gesta recibiría el nombre clave de Operación Aníbal y debía ser mantenida en estricta confidencialidad.

Si bien la idea original del almirante Dönitz era salvar a sus hombres, a poco andar comprendió que tendrían que emprender una acción de mayor envergadura. No podían dejar a la población civil a merced de los rusos. La Operación Aníbal se transformó entonces en la Rettungsaktion Ostsee u Operación de Salvataje Mar Báltico.

Estaba claro que el Ejército Rojo forzosamente tendría que pasar por Prusia Oriental antes de conquistar Berlín, que era el objetivo final. Además, Stalin ansiaba apropiarse del histórico bastión prusiano de Königsberg y mancillar el honor alemán en lo más profundo. También se dice que quería vengar los desmanes del ejército alemán en tierra rusa y que había dado la instrucción a sus tropas de atacar sin misericordia a la población civil, incluidas mujeres y niños.

Según consta en distintos documentos históricos, como parte de esa operación secreta, en un periodo de cuatro meses más de mil embarcaciones militares y civiles de distinto tamaño transportaron a más de dos millones de personas a través de las gélidas aguas del Mar Báltico hacia el norte de Alemania y Dinamarca, convirtiéndose en la evacuación de refugiados más grande de la historia. Esta hazaña fue la mayor operación emprendida por la marina alemana durante la guerra y posiblemente una de sus gestas más heroicas.

Los rescates se desarrollaron bajo el acoso constante de los aviones británicos, así como de los barcos y submarinos rusos que operaban en el Báltico.

En el marco de la Operación Aníbal, que se desarrolló durante 15 semanas -entre el 23 de enero y el 8 de mayo de 1945- ocurrieron grandes tragedias. El Wilhelm Gustloff, que con anterioridad había sido un crucero de lujo, debía salir desde Gotenhafen con tres mil personas a bordo, entre ellos oficiales de la marina, personal militar y heridos. Sin embargo, fue imposible contener a los refugiados, quienes en forma desesperada se aferraban a la esperanza que les ofrecía. Finalmente, el navío zarpó el 30 de enero de 1945 rumbo a Kiel con más de 10 mil personas a bordo. Pasadas las 21 horas, tres torpedos disparados por el submarino ruso S-13 bajo el mando del comandante Alexander Marinesko dieron en el blanco, alcanzando a la embarcación que tardó menos de una hora y media en hundirse. Se cree que unas nueve mil personas murieron ahogadas, transformándose en lo que es hasta hoy la tragedia marítima con mayor número de víctimas en la historia, más que el hundimiento del Titanic y el Lusitania juntos.

Una suerte similar corrió sólo diez días después el navío General von Steuben, también repleto de heridos y refugiados, que se hundió en menos de 30 minutos con cerca de cuatro mil personas a bordo en la madrugada del 10 de febrero. También fue alcanzado por un torpedo del submarino S-19. Poco después de la guerra, Marinesko, el responsable de ambos hundimientos, fue dado de baja de la marina soviética aparentemente por sus problemas con el alcohol. Sin

embargo, en 1990 obtuvo un reconocimiento póstumo de parte de Mijail Gorbachov, quien lo nombró héroe de la Unión Soviética. Y en Kaliningrado (la antigua Königsberg) una de las avenidas que rodea la costanera del río Pregel lleva su nombre.

Particularmente trágico fue el hundimiento del Goya, la noche del 16 al 17 de abril de 1945, cuando faltaban escasas semanas para el término de la guerra, con unos siete mil pasajeros en su gran mayoría heridos.

Considerando sólo a los navíos Wilhelm Gustloff, General von Steuben y Goya, las víctimas ascendieron a más de veinte mil muertos. Y se estima que además de estos tres barcos, fueron hundidas más de 150 embarcaciones de distinto tamaño.

CAPÍTULO 5

Atrapados en la capital sitiada de Prusia Oriental

Mientras Prusia se transformaba en un gran campo de batalla, el 28 de enero de 1945 Ilse comprendió que se le acababa el tiempo y que tenía que tomar una decisión. En ese momento se encontraba reunida toda la familia: su padre, Richard Albrecht, de 71 años; su madre, Anna-Maria, de 65; sus hermanas Gerda, de 31, alcaldesa de Trankwitz, y Dora, de 28; y cinco de sus seis hijos: Hans, de 7 y medio, Horst de 9, Fritz de 11, Heinz de 12 y medio, y Eva, de casi 14 años. Sólo faltaba Georg, de 14 años y medio, que seguía en la academia militar de Stuhm.

También se había mudado con ellos una amiga de la familia, Ilse Ehlert, y sus tres niños, todos menores de 8 años. Su marido se encontraba en una prisión inglesa y ella no quería quedarse sola con sus hijos en el hogar. La aterraba que los rusos la encontraran sola y desprotegida.

Esa mañana todos habían oído una fuerte explosión y movimientos de tropas en las cercanías de Trankwitz. Su padre le había comentado que en el aeropuerto aún permanecían soldados alemanes y que probablemente habían hecho estallar los tanques con combustible para que no cayeran en manos de los rusos.

Por la tarde, cuando salió a atender a los animales, Albrecht se encontró con un tanque ruso muy cerca del establo. La suya era la última casa antes de la propiedad de Erich Koch y probablemente habían enviado una avanzada. Asustado, levantó los brazos en señal de rendición. El oficial ruso se dirigió a él en un alemán rudimentario y le advirtió que el Ejército Rojo estaba avanzando con tanques y a pie y que pronto estarían en sus tierras, pues estaban tomando posesión de todo. Si querían salir, debían hacerlo pronto. Y luego agregó: “Los que vienen atrás no son seres humanos en la forma en que ustedes los conocen”. Apenas pudo, trasladó esta información a Ilse. Después de varias noches en vela, ella sintió que era la señal que le faltaba. Estaba decidido, se iría al día siguiente, apenas amaneciera.

Conversó largamente con sus padres y hermanas. Seguiría el consejo de su marido. Algo en su interior le decía que era lo correcto, que sólo de esa forma lograría salvar a sus niños. La aterraba más la violencia extrema de los rusos que le había descrito su marido que trasladarse a través de las campos y caminos congelados. Las imágenes de violaciones, asesinatos y torturas permanecían grabadas en su memoria.

Su primer objetivo sería tratar de llegar a la casa de un amigo de la familia, Onkel Max Szreiks, en Köngisberg. Algunas semanas atrás les había comunicado que pasaría una temporada en Berlín, junto a su hijo y su familia. El desenlace de la guerra era cada vez más incierto y le asustaba estar solo cuando llegaran los rusos. Ilse estaba segura que a él le habría gustado que ella se refugiara en su casa hasta encontrar algún modo de salir de Köngisberg. Esperaba que el edificio aún continuara en pie. Al menos había resistido el embate de los bombardeos ingleses en las noches del 27/28 y 29/30 de agosto de 1944. A Ilse aún le costaba creer que en esas dos

noches la capital de Prusia sufriera una devastación tan brutal, especialmente su hermoso centro histórico, incluidos el castillo, la catedral y dos de sus emblemáticos puentes. Sólo esperaba que, en algún momento, cuando terminara toda esta locura, esas magníficas obras arquitectónicas se pudieran reconstruir.

Saldrían en la mañana, con 26 grados bajo cero. Una mujer sola con cinco niños. Se sentía abrumada por la responsabilidad, pero una vez que se convenció de que era lo correcto, nada la haría cambiar de opinión. Pese al dolor que les producía, la familia respetó su decisión. Conocían a Ilse y sabían que no encontrarían argumentos que la hicieran desistir. La mirada triste de su madre y la preocupación de sus hermanas la hicieron sentir vulnerable. Ilse se ponía en su lugar y comprendía lo que pensaban en ese momento: ¡Es una locura, una mujer indefensa y niños tan pequeños, no lo logrará! También recordaba los últimos argumentos de su padre: "Ilschen, estamos en pleno invierno, no podrán avanzar, se hundirán en la nieve, los niños se están recién recuperando, volverán a enfermar, no sabes dónde está el frente, van directo a la muerte". Pero la voz en su interior era más fuerte.

Entonces Ilse reunió a los niños y les comunicó sus planes. Ellos escucharon atentos las razones de su madre. No dio muchos detalles, sólo que los rusos eran peligrosos y que para evitarlos tendrían que salir al frío. Todos asintieron muy serios, ninguno lloró, ni siquiera los más pequeños. Era tan tremendo a lo que se enfrentaban, que por momentos temió quebrarse. Pero se sobrepuso. Por sus hijos. Entonces empezaron a planificar.

El abuelo aconsejó no llevar equipaje. Para cada uno de sus nietos, y también para su hija, enrolló con gran meticulosidad una frazada de lana gruesa, colocando en el centro una muda de ropa interior. Luego les colgó la frazada en diagonal sobre los hombros, con las puntas anudadas. En su mochila de caza empacó tocino ahumado, una bolsa de azúcar y su cantimplora con coñac, alimentos que tendrían que guardar como ración de emergencia. En caso de que alguna vez no tuvieran nada que comer, podrían pasar el día con ello.

Ilse agradeció en silencio que su padre se hiciera cargo de todos los aspectos logísticos. También trajo un viejo trineo que tenía guardado en el sótano. Serviría para llevar a alguno de los niños más pequeños si se cansaban. Mientras, ella preparó una cartera con todos los papeles personales, algunos documentos y fotografías. También un paquetito con cartas de agradecimiento de los oficiales rusos dirigidas a su marido. Hermann le había pedido que, en caso de una huida, llevara consigo algunos de estos escritos, pues tal vez le podrían salvar la vida.

Ilse trató una última vez de convencer a todos para que los acompañaran. También a una vecina, la señora Hildegard Remmel, que pasó un momento en la noche para informarse de sus planes. Sus padres le dijeron que estaban muy mayores; además, no querían volver a abandonar su hogar. Su hermana Gerda sostenía que los rusos también eran seres humanos y que no les harían daño. Dora, la menor, probablemente no habría sobrevivido a la huida debido a su invalidez. Para la señora Ehlert y los tres niños pequeños era impensable caminar hasta Königsberg debido al frío y la nieve.

En los alrededores de Trankwitz seguían cayendo las bombas rusas y la familia pasó esa última noche en el sótano, todos juntos. Ninguno pudo dormir, era demasiado terrible lo que se avecinaba.

En la madrugada del 29 de enero de 1945 Ilse sintió cuando su padre y su hermana Gerda salieron a ordeñar las vacas y a atender al resto de los animales. Aún estaba oscuro. Cuando regresaran, desayunarían, y ella y los niños se irían.

Pero a los pocos minutos el viejo Albrecht entró agitado a la casa. "Los rusos ya están acá",

gritó con desesperación. En cuanto salió escuchó disparos y el sonido de las orugas de los tanques. Sólo una pradera separaba el camino por el que avanzaban los rusos de su propiedad. Si Ilse quería huir, tenía que alistar a los niños muy rápido. Se vistieron con ropas de abrigo, se colgaron las frazadas que el abuelo les había preparado la noche anterior y se despidieron a toda velocidad. La abuela lloró mucho, pues estaba convencida que su hija y sus nietos se dirigían hacia una muerte segura. Su padre la abrazó una última vez, muy fuerte, intentando transmitirle todo su amor. Dora y Gerda besaron rápidamente a los cinco sobrinos que adoraban como si fueran sus propios hijos. Fue una despedida triste para todos, pero en ese momento Ilse no pensó que sería una despedida para siempre.

◆◆◆

Para llegar al camino que los llevaría a Königsberg era imprescindible cruzar primero el terreno de su padre. El problema es que no había árboles para esconderse. Eran 400 metros los que tendrían que recorrer caminando a través de la nieve profunda que les llegaba a las rodillas. Cuando dejaron atrás la protección de la casa y los establos, las primeras luces del alba comenzaban a despuntar. Mientras avanzaban, a lo lejos Ilse divisó unas sombras sobre los campos justo antes de alcanzar el camino y sintió cómo las balas empezaron a silbar a su alrededor. Les estaban disparando. Eran soldados rusos que los habían descubierto.

Con terror vio que una bala alcanzó a su hijo Fritz, pero afortunadamente sólo pasó a través de la manga de su abrigo. El susto hizo que caminaran más rápido aún; ya estaban llegando a la orilla del bosque. Al más pequeño, Hans de 7 años y medio, lo sentaron sobre el trineo junto con la mochila. Cuando alcanzaron la sombra protectora de los árboles, Ilse respiró aliviada.

Los niños tenían mucho frío, pero ella sabía que no podían aflojar el paso, que era una situación de vida o muerte. Ya había aclarado por completo y nuevamente comenzaron los disparos. Los rusos, en dirección a Königsberg, y la artillería alemana, respondiendo desde Friedrichsberg.

Seguían avanzando por la avenida que en verano era un paseo maravilloso, pero que ahora, en invierno, con el viento, la nieve y los disparos, era una verdadera pesadilla. Ilse veía que sus niños estaban asustados hasta lo inimaginable, pero seguían sin quejarse. Eva caminaba adelante, encabezando la fila; los dos más pequeños, Hans y Horst, se intercambiaban para ir en el trineo, mientras Fritz y Heinz lo tiraban. Ella iba al final, cerrando el grupo como la madre protectora que era.

La idea era seguir bordeando el Landgraben, canal que lleva agua dulce a Königsberg, a través del bosque. Era una ruta de siete kilómetros hasta el límite de la ciudad y luego otros tres hasta llegar a la casa de Onkel Max.

Ilse calculaba que ya habían avanzado unos cuatro kilómetros cuando de pronto un soldado salió de detrás de un árbol. En un primer momento se asustó, pero después de distinguir el color de los uniformes comprendió que se trataba de un puesto militar alemán. Escuchó una voz que los obligó a detenerse: “¿Quién anda por ahí?”. Cuando vieron al grupo conformado por una mujer sola y cinco niños pequeños los hombres se sorprendieron mucho y le dijeron: “Müttchen, ¿cómo pudieron llegar hasta acá?” Sin darse cuenta, habían atravesado el frente. El sentimiento de alivio la hizo lanzar un grito de alegría. Lo habían logrado.

Los soldados no salían de su asombro. No podían creer lo que Ilse les contaba. Se ofrecieron a acompañarla durante parte del trayecto a Königsberg. Ella sonrió agradecida, pues temía encontrarse de frente con una patrulla rusa. Después de unas dos horas de caminata divisaron un nuevo destacamento militar alemán, esta vez más numeroso, y los soldados que les habían

servido de escolta decidieron unirse a esa tropa. Tenían que retomar el combate. Pero antes de despedirse le informaron que la ruta hacia Königsberg se encontraba despejada. Si tenían suerte, podrían llegar hoy a última hora de la tarde.

Con ese aliciente, Ilse decidió proseguir de inmediato. Ya tendrían tiempo de descansar más adelante. Estaba convencida de que habían pasado lo peor y que lograrían llegar a Königsberg antes del anochecer.

◆◆◆

En las cercanías de Juditten, en el camino hacia Pillau, se encontraron con una larga fila de refugiados que ya habían recorrido un trecho a través de la nieve que dificultaba su avance. Algunos iban en carretas tiradas por caballos que habían conocido mejores tiempos y otros a pie. Al hablar con algunos de los integrantes de la caravana, Ilse y los niños quedaron choqueados por los relatos de las terribles crueldades cometidas por los rusos en contra de la población civil. Les hablaron de niñas asesinadas con bayonetas, ancianos castrados y animales decapitados en Gumbinen, violaciones masivas de mujeres en Nemmersdorf, y crueles torturas y asesinatos en Metgethen y en Neutief. Ilse ya no quería seguir escuchando, se negaba a creer tanta atrocidad. De inmediato recordó a su familia en Trankwitz, a la que habían dejado hacía pocas horas. ¿Qué sería de ellos?

Mientras trataba de tranquilizar a sus niños, que habían quedado impresionados con las descripciones de lo que había ocurrido en algunos de los pueblos ubicados más al Este de Prusia, los instó a seguir avanzando. Ya se encargaría después de borrar de sus mentes las horrendas imágenes que les habían narrado. Aún no sabía cómo, pero lo intentaría. Más adelante. Cuando estuvieran a salvo.

Pese a la ropa de abrigo, todos sentían mucho frío, estaban hambrientos y desfallecidos por el cansancio. No obstante, a pie y sin equipaje era la forma más rápida de avanzar. Durante todo el día siguieron escuchando disparos y a medida que se iban acercando a Königsberg Ilse intuía que aumentaba el peligro de ser alcanzados por una bomba.

Cuando por fin lograron llegar a la dirección que buscaban, Körte Alee Nr. 43, Ilse tuvo dificultad para encontrar la casa de Onkel Max, pues estaba rodeada de escombros y ruinas carbonizadas. El lugar era muy distinto al que recordaba de años atrás, cuando ese sector residencial de la ciudad estaba rodeado de elegantes edificios y cuidados jardines. Habían tardado cerca de diez horas, pero lo habían logrado.

El subsuelo estaba ocupado por el ejército, que había instalado allí una oficina de telecomunicaciones. Lo primero que hizo Ilse fue averiguar con los soldados si los rusos habían ingresado a Trankwitz, lo que le fue confirmado. Sobre la suerte corrida por sus habitantes lamentablemente no había noticia alguna. Les rogó que siguieran buscando información y le avisaran apenas lograran recabar alguna noticia. Tenía el corazón encogido y sentía pánico al pensar en sus padres y hermanas. Las historias que habían escuchado en el trayecto aún permanecían vivas en su memoria. Para tranquilizarla un poco, los soldados ofrecieron un trozo de Roggenbrot, típico pan de centeno alemán, y algo de sopa caliente a los niños. Ella se los agradeció. No habían ingerido alimento en todo el día y estaban al borde de sus fuerzas.

Cuando subió al segundo piso, donde se encontraban los dormitorios, Ilse pudo comprobar con alivio que estaban completamente amoblados y los baños en condiciones para ser usados. Incluso encontró algunas latas con alimentos en la despensa. Dio gracias a Dios. Era un gran lujo que, pese a la destrucción, algunos sectores de Königsberg aún contaran con agua y electricidad. Al menos mientras estuvieran allí no tendría que preocuparse por la falta de servicios básicos.

Los soldados le contaron que pocos días antes de su llegada las autoridades habían recomendado a la población civil abandonar la capital. Pero reconocieron que la advertencia había llegado demasiado tarde, pues aún había mucha gente en Königsberg. Y otros, al igual que ella y sus hijos, seguían llegando en grandes oleadas como refugiados, dado que no podían continuar avanzando por los caminos atestados y congelados. Miles de personas no se imaginaron que en Königsberg tendrían una trágica cita con el destino.

Ilse sabía que una de sus primas, Traute Bremsteller, también se encontraba en Königsberg trabajando como personal de telecomunicaciones para la Wehrmacht. Como vivía en el otro extremo de la ciudad y era demasiado peligroso movilizarse, se comunicaba con ella a través de la oficina de radio que funcionaba en el primer piso, para transmitirle algunas noticias. En especial, a Ilse la interesaba saber de su marido, quien según la última información recibida también debería estar en las inmediaciones de Königsberg. Ilse estaba preocupada. Hacía casi un mes que no tenía noticias suyas. Ella había tardado en salir de Trankwitz y él no sabría donde se encontraban. Necesitaba decirle que le había hecho caso y que había logrado lo imposible, llegar con los niños sanos y salvos hasta Königsberg. Lamentablemente, su prima no pudo ubicarlo.

Al menos Ilse y los niños estaban bien resguardados en la casa del Onkel Max. Se sentía protegida por los soldados y pudo constatar que, de momento, el reparto de alimentos estaba bien organizado. Los vecinos le habían contado que desde que el Ejército ejercía el control sobre la ciudad, y no el Partido Nazi, los problemas se resolvían de manera más eficiente. Se habían instalado lugares donde diariamente se podían retirar raciones que alcanzaban para aquietar el hambre. En algunos lugares también se repartían zapatos y ropa gruesa. Al menos Ilse logró conseguir un buen par de zapatos de invierno para cada uno de sus hijos.

Como la ciudad ya estaba sitiada por los rusos, todo el mundo, hombres, mujeres y niños, estaban obligados a ayudar a construir zanjas para entorpecer el avance del enemigo. Un actor importante en la defensa de Königsberg lo constituía el Volkssturm, las fuerzas civiles organizadas para la protección de la ciudad, y en el que estaban obligados a participar todas las personas de entre 12 y 65 años. Erich Koch y las SS eran implacables: si alguien se negaba, simplemente recibía un disparo o lo colgaban de un árbol.

Ilse, Eva y Heini formaron parte de ese Volkssturm y ayudaban en lo que podían. Con 30 grados bajo cero, tenían que construir zanjas de defensa anti tanques en medio de la nieve y sus niños no eran la excepción. A Ilse le dolía que sus hijos tuvieran que trabajar tan duro. Afortunadamente los tres menores quedaban excluidos debido a su corta edad, pero debían permanecer solos en casa, sin que nadie los cuidara, y eso la angustiaba.

A los pocos días, los peores temores de Ilse estuvieron a punto de hacerse realidad, cuando sufrió una experiencia que pudo haberle costado la vida. Junto a otras mujeres estaba cavando una zanja, cuando de pronto sintió una explosión que levantó una gran cantidad de tierra y la dejó prácticamente sorda. A escasos metros de donde se encontraba había estallado una bomba. Se levantó con cuidado y comprobó que no estaba herida, pero sí aterrada. Sólo pensaba en sus hijos. Si algo le ocurría, sus pequeños no tendrían a nadie que los cuidara, pues seguía sin tener noticias de su marido ni de su familia en Trankwitz.

En ese momento tomó una decisión. No volvería a trabajar lejos de la casa. Estaba dispuesta a afrontar las consecuencias, pero afortunadamente los encargados atendieron a sus súplicas y fue liberada de realizar las tareas comunitarias.

Ilse también sintió alivio porque su hijo Georg no estaba con ellos ahora. Después de Navidad había sentido un gran cargo de conciencia al dejarlo marchar a Stuhm, pero ahora, al constatar que los jóvenes de su edad eran destinados a la defensa de la ciudad con escasas

probabilidades de éxito, rezaba para que hubiera tenido un mejor destino en su escuela.

En ese momento su preocupación era Heini. Los soldados le habían recomendado que no lo descuidara, pues en cualquier momento podrían obligarlo a integrarse al ejército. Las bajas eran cada vez mayores y prácticamente no quedaban hombres disponibles. De momento su hijo estaba adscrito a la defensa aérea, pero nunca le había correspondido disparar ni repeler ningún ataque. Con sus 12 años y medio se veía tan delgado e indefenso. No podía imaginarse que tuviera que ser parte de una batalla.

A Ilse y a sus hijos les resultaba difícil comprender la brutalidad de las SS hacia quienes no obedecían sus órdenes. Habían escuchado historias sobre soldados de la zona que sólo querían ayudar a sus familiares y ponerlos a salvo, pero a juicio de los jerarcas eso no era excusa para abandonar el puesto o la tarea asignada. Si los atrapaban, eran colgados. Y si descubrían a alguien robando, lo ejecutaban de inmediato, sin importar su edad ni los motivos. Para sus hijos, especialmente para los dos mayores, que ya tenían capacidad de entendimiento, fue un shock comprender lo que sucedía. Ellos no habían sido criados de esa forma. Todo lo contrario, la compasión hacia el prójimo era parte de los valores que ella y Hermann les habían inculcado desde pequeños. Pero lo peor fue constatar que con el paso de las semanas, después de ver tanta crueldad, ya nada los sorprendía; simplemente se mostraban insensibles frente a los sucesos diarios porque estaban más allá de lo que podían comprender. En esa época, para Ilse y los niños la única consigna era sobrevivir.

Casi a diario, cuando la visibilidad lo permitía, debían soportar los bombardeos aéreos. Las naves que más temor le infundían eran las norteamericanas e inglesas por la destrucción que causaban sus bombas, debido a su mayor potencia. Los aviones rusos, en tanto, eran pan de cada día y menos letales. Simplemente ya no los asustaban.

A medida que transcurrían las semanas, los ataques aéreos se iban intensificando en el sector donde vivían. Incluso Ilse llegó al extremo de inquietarse cuando no escuchaba disparos, pues entonces temía que la ciudad finalmente hubiese caído y que pronto vería a los rusos derribando la puerta de la casa. Si bien el peligro era grande, al cabo de la primera semana dejaron de buscar protección en el sótano. A principio, cuando escuchaban los bombardeos bajaban al subterráneo, pero al final decidieron que no tenía sentido. La muerte los podía encontrar en cualquier momento. Ilse decidió que dormirían todos en la misma habitación, muy juntos. Así, si la casa era alcanzada por una bomba, al menos ninguno tendría que sobrevivir solo, uno de sus mayores temores.

Una mañana la despertó el fuerte ruido de una explosión, seguida por una onda expansiva que estremeció toda la casa y destruyó parte de los ventanales. Una bomba había caído en las inmediaciones y generó un profundo cráter justo delante de la casa. Producto del movimiento, Horst y Fritz cayeron de sus camas y, cuando ambos salían a gatas, Fritz exclamó enojado: “Ni siquiera dormir nos dejan estos perros”. Mientras intentaba tranquilizar a los niños, especialmente a los más pequeños, Ilse no podía ocultar su preocupación. Estaba asustada. La bomba había caído demasiado cerca.

Volvió a pensar en su familia. Pocos días atrás los soldados del subsuelo le informaron que habían logrado recabar información sobre el ingreso de los rusos a Trankwitz. La casa y los establos de su padre habían sido destruidos por el fuego y no había rastro de sus habitantes.

También le habían dicho que la ciudad portuaria de Pillau aún se encontraba controlada por la marina alemana. Le explicaron que permanentemente había que luchar por mantener limpias y libres las rutas de aprovisionamiento entre Königsberg y Pillau, pues era la única vía de escape para soldados heridos y población civil desde la ciudad. Ilse comprendió entonces que su única

salida era llegar a Pillau. Pero no sabía cómo hacerlo.

A fines de febrero de 1945, Ilse y sus niños cumplieron cuatro semanas en la capital sitiada de Prusia Oriental. Durante el día era habitual que cayeran bombas rusas. Si no estaban ocupados en las tareas comunitarias o consiguiendo alimentos, trataban de estar siempre todos reunidos en la casa. Ilse se ponía muy nerviosa cuando alguno de sus hijos salía.

Los días transcurrían lentamente y la espera se le hacía interminable. Para Ilse fue terrible constatar que en el último tiempo no quedaban alimentos, abrigo ni medicinas suficientes. Era una situación insostenible. Veía los rostros angustiados de las madres que no conseguían alimentos para sus niños, el sufrimiento de los ancianos que ya no tenían ropa de abrigo y el clamor de los heridos para quienes escaseaban las medicinas. Eran imágenes que se repetían a todas horas. Mientras, los disparos aislados rompían la tregua y se sumaban a los bombardeos constantes sobre la otrora hermosa capital prusiana.

Dado que ya no era posible recibir ayuda desde fuera, Ilse tenía pocas esperanzas de dejar Königsberg. Tenía muy claro que el ejército ruso estaba en mayoría numérica, contaba con mejor armamento y que, desde que sus efectivos entraron a Prusia Oriental, tampoco les faltaba alimento; los establos estaban repletos de animales, granos y papas. Era cosa de pocas semanas para que se produjera la caída final de la ciudad. Estaba claro que ya no llegarían refuerzos. Eso la desesperaba, al igual que la falta de noticias de su marido y sus padres.

◆◆◆

Pero el destino les ofrecería una nueva oportunidad. Los días 27 y 28 de febrero de 1945 los alemanes hicieron retroceder a los rusos una última vez, abriendo por poco tiempo una conexión a través del mar y sobre el camino de arena hasta Pillau. Era el momento que Ilse había estado esperando. Finalmente, sus plegarias habían sido escuchadas.

El grupo militar que operaba en el entresuelo le había advertido que tenía que apurarse, pues seguramente el camino no se mantendría abierto por demasiado tiempo y mucha gente aprovecharía la opción que se presentaba para escapar de los rusos. Ilse reunió rápidamente a sus cinco hijos y, echando una última mirada a la casa, fueron a toda prisa al puerto. Allí tendrían que encontrar alguna embarcación que los llevara a Pillau.

La casa de Onkel Max se encontraba a pocas calles del movimiento que ofrecía el puerto de la capital de Prusia Oriental, algo que en ese momento crucial agradecieron más que nunca. Cuando alcanzaron su destino, Ilse vio con consternación la multitud humana que clamaba por un espacio. Miles de hombres, mujeres, niños, ancianos y soldados heridos. Todo el mundo quería encontrar un lugar en alguna de las embarcaciones disponibles que eran repletadas hasta el tope con personas que huían.

Afortunadamente, sus vecinos, los soldados, se preocuparon de ayudarles a encontrar un lugar en un carguero. Habían tomado gran cariño a Ilse y a su inquieta pandilla durante el tiempo que compartieron con ellos y querían ayudarlos a huir del infierno en que se estaba convirtiendo Königsberg. Ilse les agradeció una última vez. Les debía mucho. Habían sido sus ángeles guardianes durante esas cuatro semanas.

Le dijeron que como la prioridad era salvar al máximo de personas, no estaba permitido llevar equipaje. Ilse vio cómo muchos tuvieron que dejar atrás maletas y bolsos con sus ropas y objetos de valor. Distinguió en sus rostros el dolor de abandonar sus recuerdos y bienes más preciados. Ella conocía esa expresión. Ya había vivido esa disyuntiva en dos oportunidades, cuando dejó atrás su casa en Sulimen y, luego, cuando se marcharon a toda prisa de Trankwitz. Ella y sus niños no tenían equipaje. Sólo las frazadas que habían traído de la casa de su padre

anudadas sobre sus espaldas, junto con la cartera que contenía los documentos y las cartas dirigidas a Hermann y la pequeña mochila con la ración de emergencia con tocino ahumado, azúcar y coñac que no habían tocado. No tuvieron problemas para mantener esas escasas pertenencias con ellos. Prácticamente no ocupaban espacio.

Con dificultad, Ilse subió con los niños a una Schleppbahn, antigua barcaza de carbón tirada por un vapor que los llevaría a través del Canal de Königsberg con destino a Pillau. Estaban hacinados, sentados a la intemperie, rogando para que todo saliera bien. La embarcación era antigua, pero se veía sólida y en buen estado. Y el capitán le inspiró confianza. Por las instrucciones que daba, parecía saber bien lo que hacía.

Las horas de espera sentada en la barcaza se le hicieron interminables. Cada cierto tiempo ella o alguno de sus hijos dirigían la vista al cielo a la espera de un ataque aéreo que afortunadamente nunca llegó. En cuanto comenzó a oscurecer escuchó que el viejo carguero encendió los motores e inició su marcha. Ilse no podía ocultar su nerviosismo. Sus hijos tampoco. Tantas cosas podían salir mal.

Primero navegaron sobre el río Pregel, luego avanzaron muy despacio a través del Canal de Königsberg hacia el Frischen Haff. Los cargueros y botes pesqueros navegaban lentamente soportando el fuego permanente de los rusos sobre el río. Ilse se estremecía con cada disparo que resonaba en la oscuridad. No sabía si el próximo los alcanzaría.

Sus hijos guardaban silencio, temerosos de las bombas que con cierta regularidad caían en el mar. Ilse se sintió agradecida del capitán. Un hombre que conocía muy bien el trayecto y los llevó de manera segura a través del canal y el puerto, esquivando los cañones de los rusos. Después supo que los navíos que salieron con luz de día no tuvieron tanta suerte. Varios fueron impactados, acabando con la vida de numerosos pasajeros. Ilse no quería ni imaginar que algo así pudiera sucederle a ella y a sus niños.

Ya empezaba a clarear cuando llegaron a Pillau. Ilse estaba exhausta, pero lo habían logrado. Dejaron atrás Königsberg.

La ciudad cayó a comienzos de abril de 1945. Luego de intensos enfrentamientos y para evitar un derramamiento de sangre mayor, el general Otto Lasch, contraviniendo las instrucciones del alto mando de Berlín, capituló el 9 de abril de 1945. La situación era desesperada. Los soldados alemanes prácticamente no contaban con municiones y era imposible introducir ayuda hacia la ciudad. Los lugares de aprovisionamiento estaban vacíos, casi no había alimento, los enfermos y soldados heridos no podían ser atendidos. Königsberg, la antaño señorial capital del imperio prusiano, se había convertido literalmente en un cerro de escombros. Para entonces, los historiadores estiman que en torno a 120 mil civiles aún permanecían atrapados allí. A ellos hay que sumar los entre 30 mil y 50 mil soldados encargados de su defensa.

El acuerdo que había negociado el general Lasch antes de rendirse –que incluía un trato justo a la población civil y a los soldados– no fue respetado por los rusos. Más bien sucedió lo contrario, pues de inmediato comenzaron las atrocidades. En especial tuvieron que sufrir las niñas y las mujeres que fueron vejadas de manera brutal. Tampoco hubo compasión para los niños, ancianos, enfermos y heridos.

Dado el simbolismo de la ciudad, bastión de la cultura prusiana y considerada inexpugnable por la sólida defensa que constituían sus 15 fuertes, su caída fue un golpe letal. El comandante de Königsberg fue acusado de alta traición por Hitler, quien ordenó su inmediata ejecución. Pero como ello era imposible, dado que Lasch se encontraba en poder de los rusos, mandó a encarcelar a sus familiares.

Para Eva, la hija mayor de Ilse, fue impactante conocer lo sucedido en Königsberg. Años después escribió: “Ninguna otra ciudad alemana tuvo un fin tan terrible como la capital de Prusia Oriental. Hasta el día de hoy sigue siendo un tabú hablar de este tema, tanto en Alemania como en el extranjero. El número de muertos en el bombardeo de Dresden fue muy alto, pero la población civil que se encontraba en Königsberg fue asesinada prácticamente en su totalidad. Nadie denunció ni se preocupó por las tremendas crueldades que sufrió la población oriental de Alemania en 1945 y en los años siguientes”.

CAPÍTULO 6

“Mi tarjeta de embarque son mis hijos”

Cuando Ilse descendió de la barcaza en Pillau, no podía creer la transformación que había experimentado la otrora tranquila ciudad portuaria situada en la parte norte del cordón del Vístula o Frische Nehrung. Trató de tranquilizar a los niños, que miraban en todas direcciones tratando de abarcar el inmenso mar de gente que se extendía ante ellos. Pillau, que en la actualidad lleva el nombre ruso de Baltisk, solía tener apenas 12.000 habitantes, pero ahora, con la afluencia de refugiados, la población se había multiplicado por seis. Era entendible. Al igual que ella, todos tenían la esperanza de huir del infierno en que se había transformado Prusia Oriental a través del Báltico. Efectuar esa travesía por tierra durante los meses de invierno era imposible. Tal como ella misma había comprobado, la nieve, el hielo y el frío se habían transformado en escollos insalvables.

En cuanto pusieron el primer pie en tierra firme, Ilse se enfrentó a un nuevo desafío. Tendría que encontrar un lugar para pasar la noche y refugiarse del frío. Allí no conocía a nadie. No contaba con parientes o amigos que pudieran brindarle un techo mientras conseguía plazas en un barco que los sacara de Prusia Oriental. Claramente no podían permanecer a la intemperie. Ilse miró a sus niños; vestían ropas de abrigo, pero sus caritas entumecidas después de permanecer toda la noche a bordo de la barcaza le indicaron que tendría que apurarse en encontrar un refugio.

Sin saber hacia dónde dirigirse, miró a su alrededor y vio que todo el mundo se encontraba en las mismas condiciones. Tomó a los más pequeños de la mano y optó por seguir a un grupo que avanzaba más rápido que el resto. Caminaban con cierta seguridad, como si supieran a dónde ir. Al cabo de unos minutos, divisó la antigua biblioteca de Pillau. La habían acondicionado como albergue y decidió que sería un buen lugar para pasar la noche. Al menos tendrían un techo y quizás recibirían una comida caliente, algo que los niños necesitaban con urgencia.

Cuando estaban a punto de ingresar, Ilse reprimió un grito de espanto, horrorizada ante lo que estaba viendo. En ese preciso momento voluntarios de la Cruz Roja sacaban cadáveres desde el interior de la biblioteca. Consultó a uno de los voluntarios, un joven amable que lucía agotado. El muchacho le dijo que las enfermedades, el frío, el hambre y el dolor estaban haciendo estragos entre la gente que lamentablemente se encontraba en un recinto poco preparado para recibir a la muchedumbre que se agolpaba en su interior. Le surgieron dudas. No era el lugar adecuado para sus hijos. Incluso podrían estar frente a una epidemia. Sin embargo, luego de pensarlo unos minutos y hablarlo también con los niños, decidió que ingresarían. No veía otra opción.

Pero Ilse no estaba preparada para lo que encontró en el interior del edificio. El lugar estaba increíblemente sucio y atestado de gente. Los ancianos, las mujeres jóvenes con lactantes entumecidos en sus brazos, los niños cansados de llorar y la mugre adherida como una costra en sus rostros le produjeron una sensación de ahogo. Se respiraba un olor ácido que los golpeó apenas entraron. El instinto le decía que tenía que salir huyendo de ahí, pero la alternativa de

permanecer a la intemperie con temperaturas de entre 15 y 20 grados bajo cero era impensable. Morirían congelados.

En ese momento se alegró por la decisión que tomó en Königsberg. Antes de salir, todos se bañaron a conciencia con agua caliente, también su ropa, porque a partir de ahora estaba claro que ya no tendrían oportunidad de hacerlo. Si querían sentirse limpios sólo les quedaba la opción de restregarse con algo de nieve. Algo que harían sólo si sentían una necesidad extrema.

El frío era indescriptible. Para entrar en calor, les dijo a sus hijos que se sentaran todos muy juntos, abrazados y envueltos en las frazadas de lana. En esa posición pasaron su primera noche como refugiados en Pillau.

Mientras los niños dormían inquietos, Ilse comprendió que era imperativo salir de allí cuanto antes. También en Pillau se oía el tronar de los cañones y de seguro la ciudad estaría en la mira de los bombarderos. Unos voluntarios le dijeron que tendría que estar alerta, pues cada barco que atracaba se llenaba de inmediato al tope de refugiados y luego seguía su curso a Rostock, Kiel o Dinamarca. Le advirtieron que siempre existía el peligro de ser alcanzados por submarinos, minas submarinas o bombas durante el trayecto, pero decidió no hacer caso de ese temor y esperar su turno a ser embarcados en el siguiente medio de transporte.

Luego de resistir dos días y una noche en esa espantosa biblioteca que olía a muerte, le informaron que había espacio disponible en un viejo carguero llamado Andros junto con otras dos mil personas. La noticia debió alegrarla, pero la perspectiva de navegar en esas condiciones la aterraba. Y cuando se aproximó al carguero, sus temores se vieron confirmados.

Al subir al barco se dio cuenta que para llegar al interior tenían que descender por una escalera de fierro de 10 metros de altura. Cuando le tocó el turno, sintió verdadero pánico. Además de la altura, los peldaños estaban resbaladizos debido a la humedad y la escarcha. Antes de emprender la difícil tarea, los marineros la aseguraron con sogas para impedir que perdiera el equilibrio y cayera al vacío. Una vez abajo, fue el turno de los cinco niños. Uno a uno fueron bajando, lentamente. Cuando los tuvo a todos, respiró aliviada y se dio el tiempo para una plegaria de agradecimiento.

No todos corrieron la misma suerte. Ilse escuchó cómo algunos, pese a las medidas adoptadas, igualmente cayeron al vacío, perdiendo la vida en forma instantánea. Se trataba mayormente de ancianos o enfermos que no eran capaces de resistir el esfuerzo físico.

Ya en el interior del Andros, Ilse se aseguró de encontrar un espacio para que ella y los niños pudieran descansar. Era un hecho que no estarían cómodos. El suelo metálico cubierto con algo de paja era frío y duro en extremo.

Cuando finalizaron las tareas de embarque, ya con las dos mil personas a bordo, les informaron que no podrían salir del puerto mientras no mejoraran las condiciones climáticas. En las horas que tardaron todos en subir, sumado al desafío de la temible escalera, Ilse había notado que la lluvia y el viento se habían intensificado, pero nunca pensó que ello impidiera el zarpe de un barco grande como el Andros, acostumbrado a navegar por las aguas del Báltico. Sin embargo, el capitán había decidido ser cauteloso, no quería arriesgarse y menos con una carga tan inestable como la que llevaba. Más de dos mil personas que no podían ser amarradas como animales de carga. Eran seres vivos, que se movían de un lugar a otro, intentando mantener el calor y la cordura.

Para Ilse, además del frío, lo peor fue la suciedad y el mal olor. Sentía que el hedor humano era aún peor que en la biblioteca que acababan de abandonar. Pero al menos ellos estaban todos juntos, envueltos en sus frazadas, y ninguno se había enfermado aún. Con angustia veía que la situación era especialmente terrible para los niños pequeños y los ancianos. Las bajas

temperaturas eran difíciles de tolerar y muchos estaban enfermos.

Durante la noche la tormenta se desató finalmente sobre el puerto de Pillau. El ulular del viento y las fuertes olas le indicaron que no se trataba de una situación pasajera, sino de un frente que incluso podría tardar varios días. Ilse hizo las averiguaciones y uno de los marineros le confirmó lo que ella ya sospechaba: para zarpar tendrían que esperar a que amainara el viento. En caso contrario, el peligro de hundirse en medio de las heladas aguas del Báltico era grande. Un riesgo que el capitán no estaba dispuesto a correr.

Les informaron que mientras durara la espera todos debían permanecer bajo cubierta, en el interior del barco, sentados sobre el suelo húmedo. El lugar era estrecho y de vez en cuando incluso divisaban algunas ratas. Hasta las acciones más básicas, como ir al baño, se tornaba una verdadera odisea. Como no todos lograban subir por la empinada escalera, se ideó un sistema de baldes que se subían repletos con excrementos asegurados con sogas para ser vaciados en el exterior. Ilse creía que debido al frío las fecas y los orines se congelaban muy rápido y probablemente por eso no se produjeron infecciones. Sobre la cubierta se improvisaron baños para hombres y mujeres, y la suciedad era arrojada al mar mediante mangueras.

Pese a que Ilse trataba de mantener a sus hijos siempre junto a ella, llegó el momento en que no logró retenerlos más. Los cinco niños necesitaban explorar el lugar. Y subir por las escaleras se tornó en una de sus entretenciones preferidas, en especial para el inquieto Heini. Ilse miraba con pavor cada vez que alguno de sus hijos acometía el escarpado desafío. Cerraba los ojos para no ver un desenlace inminente. Finalmente, después del segundo día de confinamiento, comprendió que, para sus pequeños, acostumbrados a escalar árboles en Prusia, llegar a cubierta no representaba problema alguno y se relajó un poco. Cuánta falta le hacía ahora su marido Hermann para que la ayudara a apaciguar a los niños.

Y luego estaba el hambre. Como en los planes no figuraba tener que esperar tantos días en el puerto, no había nada a bordo para calmar los estómagos; sólo de vez en cuando un insípido té tibio de hierbas que no alcanzaba para todos. Tendría que echar mano a las raciones que su padre les había preparado en Trankwitz, antes de huir, y que todavía guardaba en la mochila. Lo consultó con sus hijos y todos estuvieron de acuerdo. Le dijeron que el abuelo también habría considerado que estaban viviendo una verdadera emergencia y que era el momento de recurrir a ese alimento que ahora se les antojaba como un tesoro: el trozo de tocino, la petaca con coñac y un poco de azúcar.

Con cuidado, Ilse tomó una cuchara, vertió un poco de coñac y en el líquido ambarino disolvió algo de azúcar. Luego se lo dio a beber a los niños. Era un sabor extraño para ellos, pero de inmediato sintieron un agradable calor en el estómago. A continuación, dio a cada uno un pedazo pequeño de tocino que logró cortar con el pequeño cortaplumas que su padre, previsor como siempre, le introdujo en el bolsillo. Al mirar a su alrededor Ilse vio que era imposible no compartir ese alimento con las personas que estaban a su lado y que no habían ingerido alimento en días, al igual que ellos. Esa noche, todos durmieron algo mejor, al menos el gruñido de sus estómagos los dejó tranquilos durante algunas horas.

◆◆◆

Ya habían pasado cuatro días y aún no había noticias positivas sobre el clima. Y lo peor era que el asedio del enemigo se había intensificado. Nadie comprendía cómo el enorme transporte seguía librándose del fuego directo. Ilse estaba segura que el viento y la lluvia afectaban al enemigo tanto como a ellos y que, por lo tanto, los aviones volaban a mayor altura y tenían menos visibilidad. Y daba gracias por ello. Sin embargo, ese mismo día una bomba estalló a

pocos metros, causando enormes olas que revolvieron todo en el interior. Si bien no hubo daños que lamentar, el pánico se desencadenó entre los integrantes de la delicada carga. A Ilse la entristecían especialmente los lactantes y niños pequeños, pues veía que ya estaban al borde de sus fuerzas. Si no zarpaban pronto, algunos empezarían a morir.

Comentaba con sus niños cómo algunos de sus compañeros de infortunio empezaban a perder la esperanza. Ella no. Sabía que tenía que ser fuerte, por sus hijos. Y era algo que les repetía siempre: “Vamos a salir adelante, de alguna manera lo lograremos”. Ella veía que sus hijos trataban de ayudar a los más débiles, pero tampoco sabían cómo. Palabras de consuelo y una sonrisa de vez en cuando era lo único que podían ofrecer. Sentía especial compasión por una joven madre, que estrujaba sus pechos para tratar de alimentar a su pequeño de meses. Como ella misma no había ingerido alimento, su leche apenas lograba saciar el apetito del bebé, que se movía cada vez menos debido al frío. Ilse se desprendió del pañuelo que llevaba anudado a la cabeza y se lo entregó a la joven madre para cubrir al pequeño. No era mucho, pero al menos ayudaría un poco.

La tormenta no cedía y a la quinta noche tuvieron un nuevo sobresalto, cuando debido a las fuertes olas se soltó el ancla que los tenía asegurados al molo del puerto. Un movimiento mayor al habitual alertó a Ilse, que empezó a escuchar lamentos de sus vecinos, pero también gritos que venían de cubierta. Comprendió que algo grave pasaba, pero al menos estaba segura de que no era una explosión producto de un ataque aéreo. Habría visto fuego. Pronto les informaron lo sucedido. Afortunadamente los esfuerzos del capitán y los marineros, que tuvieron que maniobrar a toda prisa para no perder la estabilidad que les ofrecía el puerto, tuvieron éxito y el Andros fue amarrado sin pérdidas que lamentar.

Finalmente, el 5 de marzo, cuando ya habían cumplido casi una semana embarcados en Pillau, el clima se tranquilizó y pudieron zarpar. Ilse se alegró cuando sintió que las máquinas del carguero se pusieron en movimiento. Estaba cada vez más preocupada por la humedad y el frío que los calaba hasta los huesos. Alguno de sus hijos podía enfermarse seriamente si seguían en esas condiciones, tal como había visto con otros niños en el barco

Ilse no sabía exactamente cuánto duraría el viaje. Estaba programado que con el viejo transporte llegaran hasta Swinemünde, lo que, según sus cálculos, tardaría varios días, pero el viaje por la bahía de Danzig fue bastante más corto de lo esperado. Sólo algunas horas. Se preocupó. De seguro había surgido un problema.

No tardó en comprender la situación al día siguiente, cuando los desembarcaron a todos en el puerto de Danzig-Neufahrwasser. Según les dijeron, las personas a bordo llevaban demasiados días sin alimento ni agua y el capitán no quería correr un riesgo sanitario. Ilse pensó que probablemente tenía razón; no todos sobrevivirían a una travesía tan larga, pero ahora estaban nuevamente a la intemperie, en un puerto desconocido, sin saber hacia dónde dirigirse.

Eran apenas las 10 de la mañana cuando abandonaron el barco. El viento había vuelto a arreciar y se encontraban en medio de una masa de cientos de personas que, al igual que ella y sus hijos, avanzaban sin tener muy claro hacia dónde seguir. Esbozó una sonrisa cuando su hijo Fritz le mostró un trozo largo de cuerda que había conseguido. Ella no sabía cómo, probablemente se lo había regalado alguno de los marineros del Andros. El pequeño era muy ocurrente y siempre se relacionaba bien con todo el mundo. Dio gracias por ello y los amarró a todos bien fuerte.

Con la seguridad de que ninguno se perdería en ese verdadero mar humano, continuaron caminando todos juntos, siguiendo al resto, hasta que por fin divisaron una estación de ferrocarriles.

Ilse intuía que el tren podría ser una buena alternativa para seguir avanzando en su huida. Al menos de momento, le parecía una opción más segura que una nueva travesía en barco. De pronto, Fritz divisó una locomotora que se encontraba en funcionamiento y que estaba anexando algunos vagones. Ella preguntó, pero nadie supo decirle con exactitud hacia dónde se dirigía. Como pronto los carros empezaron a repletarse, decidió que también subirían a bordo. Durante la tarde, el tren siguió anexando vagones, todos atestados. A nadie parecía importarle que hiciera muchísimo frío y que los carros no tuvieran techo. Instruyó a sus hijos que volvieran a envolverse con sus frazadas y esperaron a que la locomotora se pusiera en marcha.

Ello ocurrió apenas comenzó a oscurecer. El chirrido los sobresaltó, pero también hizo que esbozaran una sonrisa y comenzaran a tararear antiguas canciones prusianas que les recordaban tiempos mejores. El tren avanzaba muy lento y en total oscuridad. Ilse imaginó que de esa manera el maquinista se aseguraba de no ser detectado por los aviones enemigos. Se trataba de la misma táctica que había utilizado el capitán del viejo carguero que los sacó a salvo desde Königsberg. Luego de algunas interrupciones para revisar el estado de las vías, el tren arribó a la estación de Gotenhafen sin haber sido alcanzado por las bombas.

Ya era de noche cuando arribaron a esa localidad portuaria que actualmente es parte de Polonia y lleva por nombre Gdynia. Estaba oscuro. Al menos esperaba ver algunas luces que iluminaran la estación, pero le informaron que, debido al peligro de los bombardeos, las autoridades habían dado la instrucción de apagar todas las luminarias.

Cuando Ilse y los niños finalmente descendieron del vagón era imposible ver más allá de un metro. Se tomaron de las manos, volvieron a amarrarse con la cuerda de Fritz y caminaron despacio, para no caerse. Como el terreno era irregular, tendrían que avanzar con sumo cuidado. El cielo seguía cubierto de nubes, así es que tampoco tendrían estrellas que iluminaran el camino. No obstante, al cabo de algunos minutos, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y vieron cómo un grupo se dirigía hacia unas enormes bodegas que se encontraban en las cercanías. Ilse sólo esperaba encontrar un sitio para pasar la noche.

Estaba agotada y seguía sin comprender cómo no había perdido a ninguno de sus hijos en el trayecto. Estaba orgullosa de ellos. Los niños se sentían mal y estaban muy cansados, pero cuando era necesario estaban totalmente despiertos y atentos. Era como si supieran de antemano lo que se esperaba de ellos, sin necesidad de que ella les dijera una palabra.

Cuando logró ingresar a una de las bodegas, el espectáculo era desolador. Nunca pensó que podría existir un sitio peor que la vieja biblioteca de Pillau. Abrazada con los niños, hizo un primer reconocimiento visual. Prácticamente no había ningún espacio libre. Había gente sentada o acostada por doquier sobre el cemento helado, sin hacer distinciones entre sanos, enfermos o moribundos.

Después de largos minutos de buscar infructuosamente un lugar para los seis, en una esquina divisaron un sitio que les pareció adecuado y además estaba cubierto de paja, por lo que no tendrían que sentarse directamente en el suelo. Se acercaron despacio, esquivando a las personas que estaban tendidas. No querían pisar a nadie, especialmente a algún niño enfermo. Cuando llegaron al lugar, se alegró de que nadie se le hubiese adelantado y pidió a los niños que movieran y esparcieran la paja para acomodarse. Cuando Heini lanzó un grito ahogado y vio su rostro pálido, Ilse comprendió por qué nadie se acercaba a esa esquina. Permaneció unos segundos inmóvil, clavada al suelo por la impresión. Pese a todo lo que ya habían vivido, no estaba preparada para lo que vio en ese instante: debajo de la paja yacían cadáveres, apilados unos encima de otros. Entre ellos, una mujer joven y su hijo recién nacido. Al parecer nadie había tenido tiempo para sacarlos de allí.

En cuanto se recuperó, miró con compasión a sus cinco hijos. Habían quedado mudos, sin palabra, atónitos ante la visión de los cadáveres. Les pidió que se tranquilizaran, que ya buscarían otro sitio, pero que esa noche tendrían que permanecer en esa bodega. No podían salir a la intemperie. Afuera hacía demasiado frío. Ellos asintieron y lentamente se alejaron de esa esquina que olía a muerte.

Siguieron buscando, hasta que al final se acomodaron en el suelo, entre otras familias que estaban en su misma situación. Por más que Ilse tratara de buscar algo de orden en ese lugar, el caos era terrible. De vez en cuando se divisaba a una enfermera de la Cruz Roja que intentaba asistir a los enfermos y heridos, pero, sin medicamentos, no era mucha la ayuda que podía ofrecer. Ilse veía la desesperación en el rostro de la mujer. Sabía que nada de lo que hiciera podría aliviar el dolor de esa pobre gente.

Si no querían enfermar ellos también, debían salir cuanto antes de allí. Pero no era fácil encontrar otro alojamiento en la ciudad. Había refugiados en todos sitios. Finalmente, alguien le dijo que en un edificio cerca del puerto podría haber espacio para ellos. Ilse les dijo a los niños que se ausentaría por unas horas para ir a ver el lugar. Efectivamente, se trataba de una habitación en un cuarto piso. El lugar era pequeño, pero serviría para ellos. Además, le informaron que en la habitación contigua había una estufa que podrían utilizar de vez en cuando. Eso sí, correrían mayor riesgo que en el galpón, pues, al estar en altura, el lugar estaba más expuesto a los bombardeos. Pero a Ilse no le importó. Luego de dos días de horror en ese terrible galpón donde la muerte se dejaba caer a todas horas llevándose a los más débiles, el departamento aparecía como una mejor opción.

Cuando llegaron tuvieron una sorpresa agradable. Sus vecinos la vieron ingresar con sus cinco hijos y la invitaron a compartir la estancia con ellos, así como unas papas que acababan de hervir en la cocina. Luego de dos días sin comer, los insípidos tubérculos le supieron a gloria. Por la cara de sus hijos, vio que ellos pensaban lo mismo. Atrás quedaban los recuerdos de las delicadas verduras de su huerta y los deliciosos guisos que preparaba con la señora Weissmann o con su madre. Se permitió un momento de tristeza, pero debía recuperar la compostura. La situación no se presentaba tan mal. Sus vecinos le ofrecieron amablemente la cocina; ahí podrían derretir nieve para lavarse con un poco de agua tibia. Algo que su cuerpo pedía a gritos luego de las jornadas que pasaron en el carguero y en el galpón, entre cadáveres y enfermos. Aunque no fuera un baño propiamente tal, también serviría para limpiar la piel de sus hijos de los gérmenes que de seguro se habían adherido a sus poros durante la última semana.

Ilse estaba agradecida, pues durante el día sus niños tenían permiso para permanecer en la cocina temperada. Así podrían resguardarse del frío y mantenerse en un lugar seguro mientras ella y los dos mayores trataban de conseguir alimentos, algo que era cada vez más difícil. Además, tenía que encontrar alguna forma de abandonar Gotenhafen. Ya había comprendido que también era imposible salir desde allí por tierra. A la ciudad llegaban cada vez más refugiados, todos con la esperanza de escapar de los rusos a través del Báltico, al igual que ellos. Sabía que mientras más tiempo transcurriera, mayor sería la masa humana desesperada por encontrar un espacio desocupado en esa pequeña localidad portuaria.

Durante la primera noche, cuando sus vecinos le comentaron sobre el hundimiento del navío Wilhelm Gustloff, a Ilse se le heló la sangre. Mientras todos hablaban sobre el terror que les producía perecer en las gélidas aguas del Báltico, recordó que originalmente estaba considerado que ella y sus hijos obtuvieran una plaza en ese barco. Ese era el plan original de Hermann. Ilse se repetía que, si hubieran salido a tiempo de Trankwitz, ahora estarían en el fondo del mar. Sin embargo, no podía abandonarse a los negros presagios. Era un lujo que no podía darse ahora,

cuando ya había avanzado un trecho importante. Había logrado dejar atrás Königsberg y Pillau, algo que en un principio le pareció imposible. Tenía que encontrar otro navío, no existían más opciones. Se repetía una y otra vez que en esos terribles meses de invierno sólo quedaba abierta la vía marítima. Sí, se había hundido un barco y mucha gente había muerto, pero muchos otros habían escapado ilesos de los bombardeos y llegado a destino sin bajas.

Ilse se enteró que las autoridades empezarían a repartir tarjetas de embarque a mujeres y niños, en un intento por poner algo de orden a la caótica situación. Al igual que en Pillau, todo espacio disponible en los barcos se repletaría con refugiados. También los barcos de guerra, siguiendo la instrucción del Almirante Dönitz. En cuanto Ilse recibió la noticia, acudió de inmediato al puerto, para saber cuándo habría un navío disponible para ellos. Sólo le dijeron que se aprestara a esperar su turno.

Ella estaba cada vez más preocupada, pues a la llegada de un mayor número de refugiados se sumaban los bombardeos cada vez más frecuentes sobre la población civil. Si bien de momento ningún artefacto explosivo había caído en las inmediaciones de su edificio, el día anterior se había producido una situación especialmente dramática cuando una bomba cayó de lleno en el centro de reparto del pan, matando o hiriendo a personas que se encontraban allí a la espera de recibir su ración. Y como los refugiados seguían llegando por cientos a la ciudad, ella percibía que las reservas de alimento se acabarían rápidamente.

A esas alturas Ilse no sabía de donde sacaba energías y valor para enfrentar la titánica tarea que tenía sobre sus hombros. A veces le hubiera gustado abandonarse algunos momentos para pensar en Hermann y sus padres que habían quedado atrás. Pero sabía que tenía que olvidarse de sí misma y sus necesidades. Primero estaban sus hijos. Tenía que multiplicarse para alimentarlos y calmar la angustia de los niños, especialmente de los dos más pequeños. Veía que todos comían muy poco, racionando los escasos alimentos que lograban reunir, y eso le dolía. Pero ellos le decían que no se preocupara, que estaban siguiendo el consejo que les había dado el abuelo antes de abandonar su casa en Trankwitz. Heini le dijo que aún sentía las palabras de su querido Opa resonar en su cabeza: “Traten de hacer durar al máximo los alimentos”.

Le era especialmente difícil encontrar respuestas cuando sus hijos le preguntaban por situaciones de extrema brutalidad. Un hecho que los impresionó en Gotenhafen fue ver a personas con vestimenta militar colgados de los árboles, con un cartel al cuello que decía Kriegsverweiger. Ella sabía que las SS colgaban a las personas que eludían su obligación militar a la vista de todos, como escarmiento para quienes se sintieran tentados de seguir su ejemplo. Pero por más que buscaba los argumentos para explicar el sentido que tenían esas muertes, en ocasiones de personas muy jóvenes, simplemente no era capaz de articular respuestas coherentes. Ella sabía que Horst y Eva eran más sensibles y se afectaban mucho cuando presenciaban ese tipo de barbarie. Simplemente era la guerra y no era mucho lo que ella podía hacer.

Con el paso de los días, Ilse detectó leves cambios en el estado de ánimo en sus hijos. En un comienzo no sabía a qué atribuirlo, pero pronto comprendió que había una única razón: ya no se asustaban con la misma facilidad que antes. De alguna manera se habían acostumbrado a la crueldad, intuían que la muerte los rondaba, que formaba parte de su vida diaria y que en cualquier momento les podía tocar su turno.

Aún así, los primeros días en Gotenhafen Ilse se sintió más optimista. Había encontrado un lugar razonable para resguardarse. Incluso tenían la estufa para calentar agua y los niños podían permanecer un momento solos sin que ella temiera constantemente por su seguridad. Eva era una niña responsable y podía cuidar a los más pequeños mientras ella intentaba conseguir alimento y las tarjetas de embarque que le habían prometido. Además, había empezado a hacer planes para

el largo viaje que aún tenían por delante. En un comienzo, cuando salieron de Trankwitz, su único objetivo era llegar a Königsberg. Siempre pensó que de alguna forma encontraría a Hermann y que él los ayudaría. Luego, cuando embarcaron rumbo a Pillau y durante los terribles días y noches a bordo del Andros su única preocupación era sobrevivir. Cualquier otro pensamiento tendría que esperar.

Ahora ya había asumido que estaba sola. En los últimos días que pasó con su marido en su hogar en Sulimen, conversando ante la mesa de la cocina, Hermann le dijo que tenían que fijar un punto de encuentro en caso de que Alemania perdiera la guerra y ellos se separaban por alguna razón. Estaba descartado permanecer en Prusia Oriental, en eso Hermann se había mostrado inflexible. Luego de barajar distintas posibilidades, acordaron que ese punto de encuentro sería la casa de una amiga y pariente en el norte de Baviera, cerca de la ciudad de Kronach. Era muy difícil que los rusos pudieran llegar hasta allá. Cuando hablaban de esa posibilidad, ella nunca pensó que finalmente tendría que realizar ese trayecto, y menos sola con cinco niños pequeños. Pero ahora que ya había iniciado el camino, tendría que arreglárselas para continuar la ruta. Para ello sería necesario conseguir un navío que la llevara a través del Báltico hasta Rostock, Kiel o incluso la lejana Dinamarca, y luego atravesar toda Alemania de norte a sur, presumiblemente en tren. Aunque a esas alturas no había ninguna información sobre el estado de las vías y los caminos. Ya en tiempos de paz hubiera sido una larga travesía, pero ahora, en medio de la guerra, probablemente tardaría más de un mes.

Mientras reflexionaba sobre sus planes, comprendió que ya había transcurrido una semana y la situación seguía siendo desesperada. Apenas tenían qué comer. El día anterior, en las inmediaciones de una bodega, los niños encontraron unas papas congeladas que ella cocinó en un poco de agua y todos celebraron como un verdadero manjar.

Ilse se dio cuenta que no tenía sentido prolongar las largas esperas diarias en el frío. Todos los días acudía temprano a las oficinas del puerto para preguntar por sus tarjetas de embarque, tal como le habían dicho los responsables. Su decepción fue enorme al comprender que los salvoconductos, en vez de ser repartidos a niños y mujeres como se le había prometido, se estaban entregando a amigos, conocidos o a miembros del partido. Personas que simplemente se saltaban las filas o no estaban en las listas ocuparían sus lugares en los próximos navíos. Ellos quedarían relegados para el final. Al comprender su precaria situación, Ilse lloró amargamente.

Lo más triste era ver a sus niños agotados y desesperanzados. A diario se producía fuego directo de artillería en las inmediaciones de la ciudad y el panorama era poco alentador. Ilse no sabía cómo saldrían de esa localidad que en un principio le había parecido sólo un puerto intermedio, un lugar en el que permanecerían pocas horas hasta encontrar un nuevo medio de transporte para seguir camino al oeste. Ahora Gotenhafen se le antojaba una nueva trampa, incluso peor que Königsberg, donde al menos tenían un techo y la seguridad que les brindaban los soldados que ocupaban el primer piso de la casa de Onkel Max. Cómo echaba de menos tener a alguien con quien compartir sus preocupaciones.

El mediodía del 22 de marzo de 1945, cuando ya habían cumplido más de dos semanas en Gotenhafen, Ilse se encontraba sentada en el suelo de la vivienda junto a sus hijos. Los veía deprimidos y hambrientos, sin ánimos para hablar y menos para jugar. A lo lejos se oía el rugir de los cañones. Ella había agotado todas las opciones para salir de ese infierno y estaba muy cerca de darse por vencida. Pero de pronto, al igual como había sucedido casi dos meses atrás en casa de sus padres, Ilse tomó una decisión. No bajaría los brazos tan fácilmente, eso no era propio de una mujer como ella. Una auténtica mujer prusiana, fuerte, esforzada y amante de su familia.

Se levantó y muy seria se dirigió a sus hijos: “Vengan, iremos ahora al puerto y lo intentaremos nuevamente, tal vez tengamos suerte”. Los niños no rebatieron la instrucción y, obedientes, tomaron sus escasas pertenencias y se pusieron en marcha. A lo lejos, Ilse vio que se había congregado mucha gente en las cercanías del puerto, donde se encontraban amarrados unos pequeños navíos de guerra transformados en barreminas. Probablemente, si hubiera conseguido las tarjetas de embarque que le habían prometido, ellos también estarían allí, a la espera de embarcar. Ese pensamiento aún la amargaba.

Pero el instinto la guió. No tenía mucho sentido, pero decidió permanecer en un lugar algo retirado del bullicio, a la espera de que algo ocurriera. ¿Un milagro, tal vez?

Y no se equivocó. De pronto, a lo lejos divisó a dos marineros que se acercaban caminando. Ilse no lo sabía, pero eran integrantes de la tripulación de los barreminas que habían atracado esa mañana. Se detuvieron a su lado, contemplando el triste grupo que conformaba la madre y los cinco niños.

—“Müttchen, todos estos son tus hijos?”, le preguntaron. —“Si, por favor ayúdennos a salir de acá”, respondió.

Vio que ambos marineros se alejaron un poco y deliberaron entre sí. Ilse los miraba suplicante y rogaba para que se compadecieran de ellos. Tras unos minutos interminables, sin decir palabra, les hicieron un gesto elocuente para que los siguieran. Luego miraron a los niños directamente a los ojos y les dijeron con seriedad que debían actuar rápido y ser valientes. Ilse caminó detrás de los marineros cerrando el grupo. Cuando se detuvieron al borde de un navío, comprendió que se trataba de uno de los tres barreminas con orden de zarpar cuanto antes.

Con angustia vio que la amarra del barco se encontraba a un metro de distancia. Era imposible que ella o los niños pudieran saltar a bordo. De pronto Ilse comprendió el plan de sus protectores. Era una idea arriesgada, pero podía resultar. Con rapidez, uno de los marineros se situó sobre un pilote que se encontraba en el agua. El otro les hizo un gesto a los niños para que se acercaran. Luego los fue lanzando de a uno en brazos de su compañero, quien a su vez los arrojaba hacia otro marinero que los recibía para subirlos al navío. Cada vez que uno de los niños volaba por los aires a Ilse se le hacía un nudo en la boca del estómago. Rogaba para que ninguno cayera al agua durante la operación.

Todo transcurrió muy rápido. En apenas unos minutos sus cinco hijos ya estaban a bordo. Ilse miró agradecida a los dos jóvenes y comprendió que ella era demasiado grande y pesada para ser arrojada en brazos de los marineros. Ellos le hicieron un gesto para que se apresurara, pues tendría que buscar una forma de subir al barco y reunirse con sus niños. Entonces se escabulló con presteza hacia el barreminas que estaba a punto de zarpar.

Mientras Ilse ideaba un plan para subir a bordo, desde cubierta los niños veían cómo su madre se perdía en el gentío. Desde la distancia, Ilse escuchó como los dos más pequeños –Horst y Hans– empezaron a llorar muy fuerte porque su madre no estaba con ellos. Era la primera vez en todo el tiempo que había transcurrido que alguno de los niños lloraba.

El oficial que se encontraba en el puente escuchó el llanto los menores y la algarabía que se había formado en torno a ellos. También el llamado desesperado de Ilse, que avanzaba entre la gente suplicando por reunirse con sus hijos que ya estaban en el barco. Entonces ella escuchó la siguiente orden: “Sólo esta mujer puede subir todavía a bordo”.

Ilse no supo cuánto tiempo estuvo separada de sus hijos. Si fueron minutos o segundos, a ella le pareció una eternidad. Era como si el tiempo se hubiera detenido. La angustia de sentir que los podía perder le dieron una fuerza renovada para avanzar, empujar y golpear a quien fuera necesario.

Cuando estaba a punto de alcanzar su objetivo, escuchó que el oficial le preguntaba por las tarjetas de embarque. Entonces Ilse, con toda la fuerza y desesperación que bullía en su interior, apuntó hacia sus hijos: “Mi tarjeta de embarque son mis cinco niños”.

Ya a bordo, Ilse averiguó que el barreminas contaba con una tripulación de 50 marinos y que había llegado a Gotenhafen con la instrucción de recoger a 80 refugiados. Ilse miró alrededor y comprendió que ese número había sido superado con creces. En efecto, cuando por fin zarparon, sumaban más de 200 las personas que se encontraban a bordo del pequeño navío. Le dijeron que la misión de los barreminas, más que trasladar pasajeros, era servir de escolta y apoyo a un grupo mayor de barcos, entre ellos un buque hospital que se dirigía a Kiel.

Pronto Ilse y los niños divisaron a los dos marineros que los habían ayudado. Ilse nuevamente les dio las gracias. Sin su ayuda habría sido imposible para ellos salir desde Gotenhafen. Sus salvadores le dijeron que sus niños eran unos jovencitos bien educados, que se habían comportado como unos valientes y que merecían una pequeña recompensa. Entonces los condujeron hasta la sala de radar donde estaban de servicio y les dieron té y galletas, que los pequeños devoraron con apetito. Ilse se permitió un momento de relajo, cuando vio que al poco tiempo los niños se sintieron reconfortados y excitados por la aventura. Sonreían nuevamente. Lo había logrado, realmente habían salido de Gotenhafen.

◆◆◆

Ya en alta mar, una nueva preocupación embargó a Ilse. Las olas eran enormes y el constante movimiento del pequeño navío podría marear a los niños. Además, si no tenían cuidado, incluso podrían caer al mar, pues era imposible mantenerlos quietos, ahora que habían encontrado un nuevo lugar para jugar. Pero los marineros le dijeron que olvidara sus temores, que ya no se habían mareado y que les diera permiso para explorar un poco. El cuarto de radar despertó la curiosidad de Heini. Según confidenció a su madre, allí se oían los sonidos que se producían debajo del agua. Le encantaba estar ahí cuando los artefactos de búsqueda de minas se desplegaban. Ilse disfrutaba cuando muy serio le contaba que de verdad era posible sentir lo que ocurría en las profundidades.

Pronto descubrió que otro lugar que le encantaba a sus hijos era la sala de máquinas. Si bien el sitio era ruidoso, la temperatura era algo mayor que en el resto del navío y los niños se entretenían ayudando a los marinos en la limpieza. Ilse se decía que al menos eso los mantendría ocupados durante el tiempo que estuvieran a bordo. Pero pronto tuvo un nuevo motivo de preocupación, cuando Fritz contrajo una infección debido a su permanente contacto con el aceite sucio. Afortunadamente el médico de abordo lo atendió de inmediato y la dolencia no tuvo consecuencias.

Pese a que sus niños tenían permiso para recorrer el barreminas y los marineros les habían tomado simpatía, Ilse era consciente del escaso espacio que había a bordo. Veía cómo en todas partes, en los pasillos, en cada esquina, estaba sentado o tendido alguien. Pero al igual que ella, todos estaban contentos y agradecidos. Sólo esperaban alcanzar cuanto antes el siguiente puerto seguro, pues mientras permanecieran en el Báltico seguían expuestos al peligro. Al igual que Ilse, estaban informados del destino que habían sufrido los navíos Wilhelm Gustloff y Von Steuben. Aunque ella intentaba borrar esos pensamientos sombríos, cada vez que oía una sirena o un ruido fuerte temía lo peor.

Si bien el miedo a un intempestivo ataque de submarino nunca la abandonó, estaba más tranquila ahora que el barreminas había dejado Rügen. Ya habían cumplido cinco días sobre el navío y sólo faltaban algunas horas para llegar a Rostock, en la costa norte de Alemania. Fue una

decepción cuando uno de los marineros le contó que el capitán había recibido la orden de cambiar el rumbo hacia Swinemünde, ciudad situada en el extremo oriental de la península de Usedom, que hoy comparten Polonia y Alemania. Ella hubiera deseado avanzar un poco más en su ruta. Ese puerto aún estaba demasiado cerca del frente oriental como para sentirse segura.

Le señalaron que el capitán intentó conseguir la orden de desembarcar a los refugiados en Rostock, pero que ésta no le fue concedida. Por el contrario, recibió la instrucción de recargar combustible y alimentos y regresar de inmediato para apoyar y conducir a lugar seguro a otros barcos repletos de personas que huían. Según le dijeron a Ilse, el frente ruso estaba demasiado cerca. Sólo barcos rápidos se atrevían a emprender la ruta de regreso hacia los puertos orientales, ya parcialmente sitiados, para rescatar a los últimos alemanes. La labor de los barreminas era crucial para el éxito de esta tarea.

Si bien no fue posible atracar en un puerto más seguro, como esperaba Ilse, al menos se dijo que ya no sería necesario subir a otro barco. Habían sobrevivido a la travesía por el Báltico. Desde Swinemünde podrían seguir por tierra, aunque tendrían un trecho largo por delante hasta alcanzar su objetivo.

Antes de abandonar el barreminas Ilse quiso agradecer una vez más a los dos marineros que los habían rescatado. Aunque los buscó, lamentablemente por la prisa no fue posible ubicarlos. Ella estaba segura que sin la excelente disposición e ingenio de esos jóvenes, aún estarían en Gotenhafen esperando un milagro.

En Swinemünde, que actualmente recibe el nombre de Swinoujscie y es un reconocido balneario y uno de los mayores puertos marítimos de Polonia en el mar Báltico, Ilse decidió arrojar al mar las cartas de agradecimiento de los oficiales rusos dirigidas a su marido. Ya no las necesitaría. Habían escapado a lo peor. Estaba consciente que si no hubiera experimentado en carne propia el drama que le tocó vivir durante su huida, no habría podido imaginarse cuánto sufrimiento, miedo y dolor tuvieron que padecer niños, mujeres, ancianos enfermos y heridos sobre el Báltico en esas semanas de invierno de 1945.

Cientos de barcos, cargueros, pesqueros, de guerra y cruceros, entre otros, rescataron a más de dos millones de personas desde el Báltico, Memelland, Prusia Oriental, Prusia Occidental y Pommern. Fue una acción de rescate titánica, única en la historia naval, especialmente si se toman en consideración las enormes dificultades y el peligro, además del frío polar.

Cuando Ilse y sus hijos desembarcaron en Swinemünde, les dijeron que sólo unos días antes la ciudad había sufrido un destructivo ataque aéreo. Ilse lo pudo apreciar con sus propios ojos. Había huellas del fuego por doquier y las instalaciones del puerto estaban gravemente dañadas. Las bombas habían causado enormes estragos y navíos repletos de personas habían sido alcanzados en el puerto. Uno de ellos fue el Andros, el carguero que se vieron obligados a abandonar antes de tiempo en DanzigNeuwasser.

Las fechas coincidían. Ella se había sentido defraudada cuando los bajaron del Andros y tuvieron que seguir su viaje en tren, pero finalmente eso fue su salvación. Ilse comprendió que las víctimas fatales del hundimiento del Andros eran las personas que lo abordaron inmediatamente después de que ellos y sus compañeros bajaran para evitar un eventual drama sanitario. En torno a dos mil personas perecieron en el Andros, que luego de ser alcanzado por las bombas, se hundió irremediablemente en el puerto con su cargamento humano aún a bordo. Sintió profunda pena por todos esos inocentes. Acababan de llegar y no habían alcanzado siquiera a iniciar el desembarco. Sintió que nuevamente se habían salvado por muy poco.

◆◆◆

Pese a la devastación que ya habían visto en otros lugares, Ilse se sintió sobrecogida al comprobar el estado en que había quedado ese otrora hermoso balneario. Con los niños de la mano caminó sin rumbo por la ciudad, entre edificios destruidos, calles agrietadas y cientos de personas que aún se encontraban perplejas ante la inmensidad de los daños, mientras buscaban la estación de ferrocarriles.

La movía una única obsesión. Necesitaba conseguir otro transporte que los acercara a su destino. Nuevamente su principal preocupación era no perderse en el caos de tanta gente. Durante la huida habían escuchado numerosas historias de niños y ancianos que se habían extraviado y le aterraba correr la misma suerte.

Mientras avanzaban le impresionó ver sacos de arpillera con cadáveres en su interior, todos perfectamente apilados en las veredas. Si bien no había sido posible enterrar a los muertos, se consoló pensando que al menos no estarían a merced de la inclemencia del tiempo y los animales. Le pareció increíble que en ese momento hubiera gente que se ocupara de esa tarea mientras la ciudad estallaba en llamas y el mundo se derrumbaba a su alrededor.

Finalmente, luego de un largo deambular encontraron la estación. Ilse vio que el edificio también había sido alcanzado por el bombardeo, pero al parecer las vías se encontraban en buen estado.

Hacía mucho frío. Si bien ya estaban en marzo y el tiempo había mejorado algo durante el día, en la noche las temperaturas se mantenían bajo cero. Y, por lo que veía, tendrían que pasar la noche a la intemperie. Según pudo averiguar en ese lugar atestado de gente, esa tarde ya no saldría ningún tren. Una persona le indicó que un funcionario habría dicho que tal vez en la madrugada podría haber transporte a Berlín. No había ninguna certeza, pero todo el mundo se aferraba a esa posibilidad y ellos también decidieron pasar la noche allí.

Ilse y los niños se sentaron muy juntos en el suelo para darse calor, envueltos en las frazadas que aún conservaban. Para evitar que alguno se congelara, les dijo que cada cierto tiempo se levantaran y movieran piernas y brazos. Ella no durmió esa noche. Sus hijos estaban hambrientos, aterrados, prácticamente congelados y al borde del colapso.

Cuando empezó a amanecer, Ilse constató que efectivamente llegó un tren de carga. Pero el alivio inicial empezó a disiparse cuando vio que sólo contaba con vagones descubiertos. Al notar la desesperación en su rostro, el funcionario les permitió subir, aunque les dijo que debido al viento iba a hacer muchísimo frío. Pese a la advertencia, Ilse vio cómo el tren se repletó. Al igual que ellos, todos preferían el frío a la posibilidad de permanecer en Swinemünde a merced de los bombardeos.

Con el resto de coraje que aún le quedaba, se dijo que ella y sus niños ya estaban acostumbrados al frío y mientras intentaban darse calor agradeció en silencio a su padre porque cada uno tuviera consigo su gruesa frazada de lana. Ya llevaban cinco semanas de viaje y en Königsberg fue la última vez que durmieron en una cama e ingirieron una comida caliente y de verdad.

En Prusia Oriental habían conocido inviernos duros, estaban acostumbrados a moverse a la intemperie e incluso en los años de guerra tuvieron una buena alimentación. Quizás por la suma de esos factores sus niños lograron sobrevivir a una situación tan extrema, pero Ilse sentía que ahora ya estaban al final de sus fuerzas. Y aún les faltaban varias jornadas de viaje antes de alcanzar su destino en el sur de Baviera.

El viaje en el tren carguero terminó un poco antes de llegar a Berlín. Al parecer las vías no se encontraban en buenas condiciones. Allí los obligaron a descender para buscar un nuevo transporte que los llevara al sur.

Ilse perdió la cuenta de cuántas noches pasaron a la intemperie en estaciones heladas e incluso destruidas, cuyos nombres no retuvo a la espera de conseguir un medio para seguir avanzando en el trayecto a Kronach. Durante el día se veían obligados a esperar largas horas hasta que los trenes se repletaran. En numerosas ocasiones debieron interrumpir la marcha para comprobar el estado de las vías que habían sido bombardeadas. Ilse entendía que los maquinistas quisieran estar resguardados ante posibles descarrilamientos. Le sorprendía el profesionalismo del personal de ferrocarriles. Con cuánta abnegación trabajaban para poner a salvo a otros, mientras seguramente también tenían familias en casa que estaban sufriendo por culpa de la guerra.

Lo peor era ver los rostros agotados de sus hijos. Ya no hablaban y sólo sonreían en muy contadas ocasiones. Incluso Heini se mantenía quieto. Sólo de forma muy esporádica lograba conseguir algo para comer y beber. Recorrer esos últimos casi 400 kilómetros les tomó siete días con sus respectivas noches.

Así, luego de una jornada de dos meses y medio desde que salieron de la casa de su padre, Ilse finalmente llegó a Kronach. Ella, una madre con cinco niños pequeños, lo había logrado. Sus hijos estaban cansados, hambrientos y sin fuerzas, pero ninguno resultó herido. Se trataba de una gesta increíble. Más adelante, cuando se atrevía a recordarlo, seguía sin entender de dónde había sacado la fuerza necesaria. Era un verdadero milagro. Habían sobrevivido a los últimos días del sitio de Königsberg, atravesaron las gélidas aguas del Báltico infestadas de submarinos, avanzaron en trenes sobrecargados, recorrieron ciudades destruidas y caminos cubiertos de hielo y nieve, y soportaron el constante bombardeo enemigo.

Por primera vez en mucho tiempo, ella y sus hijos recibieron una bebida caliente, pan y un saco con paja sobre el cual descansar sin miedo. Mientras veía cómo los niños dormían por fin, comprendió cuál había sido ese motor interior que le dio la energía para luchar y jamás bajar los brazos. Eran ellos, sus hijos. Lo mismo valía para tantas otras mujeres valerosas que había conocido en el trayecto. Mujeres valientes que atravesaron a pie y en carretas cientos de kilómetros a través del hielo y los caminos cortados, amenazadas por bombas y granadas, para poner a sus familias a salvo.

◆◆◆

La rendición incondicional de Alemania se produjo el 9 de mayo de 1945. Tras la derrota, Prusia Oriental fue separada de Alemania y repartida entre la Unión Soviética y Polonia.

La provincia fue dividida en tres partes: la septentrional y que comprendía casi toda la costa báltica -incluyendo Königsberg- se incorporó a Rusia; Masuria pasó a control polaco y, finalmente, la región de Klaipeda o Memelland fue entregada a Lituania (ya anexada entonces dentro de la órbita soviética). La capital de la antigua Prusia fue rebautizada y pasó a llamarse Kaliningrado.

Millones de alemanes fueron obligados a abandonar el hogar de sus antepasados, sea porque huyeron hacia el oeste aterrados ante el avance del Ejército Rojo o producto de las expulsiones posteriores de toda población étnicamente germana ordenadas por los gobiernos de Polonia y la Unión Soviética. Los habitantes alemanes fueron reemplazados de inmediato por civiles soviéticos y polacos, los nombres originales de ciudades, pueblos y calles fueron cambiados por traducciones de origen eslavo y se destruyeron los monumentos y cualquier atisbo que recordara la antigua presencia alemana en la zona. De esta forma Prusia Oriental fue literalmente borrada del mapa y desapareció por completo y para siempre.

CAPÍTULO 7

Ciudadanos de segunda clase

El arribo a su destino en los primeros días de abril de 1945 les produjo una alegría inimaginable. Estaban todo agotados, prácticamente al límite de sus fuerzas y en Kronach, por primera vez después de largo tiempo, pudieron asearse, ingerir un poco de comida y dormir. Era algo que sus cuerpos adoloridos necesitaban desesperadamente.

Ilse estaba ilusionada con un nuevo comienzo. Con algo de suerte, su hijo Georg y también Hermann podrían reunirse con ellos pronto. Así ella podría contarle cómo sobrevivieron a su larga odisea para cruzar las frías aguas del Báltico. De seguro su marido no podría creer los escenarios brutales que enfrentaron. Si ella no lo hubiese vivido en carne propia, también pensaría que estaba exagerando.

Lo primero que hizo fue entregar todas las señas de búsqueda a la Cruz Roja, para intentar contactarse con Hermann y la familia que había quedado atrás en Prusia. Pero esa primera reunión fue una completa decepción. Mientras ella le dirigía una mirada suplicante, la funcionaria encargada de la oficina le dijo con total claridad que debería prepararse para un largo tiempo de espera, pues eran cientos de miles las personas que se encontraban desaparecidas en la zona oriental de Alemania.

A ese primer revés se sumó la dificultad para encontrar un lugar donde hospedarse con los niños. Pese a que la ciudad prácticamente no había sido dañada por la guerra, las autoridades les dijeron que no había alojamiento disponible para ellos, pues en Kronach no estaban recibiendo refugiados. No tenían la infraestructura para ello. Como única opción le ofrecieron enviarlos a un campamento que se estaba formando a varios kilómetros de distancia.

Desesperada, Ilse les suplicó ayuda para permanecer en las cercanías al menos hasta que recibieran noticias del resto de su familia. Les explicó que ese era el punto de reunión que habían fijado para encontrarse en caso de una separación durante la guerra y no podía moverse de ahí. Pese a la escasa esperanza que le dio la responsable de la Cruz Roja, ella estaba convencida de que alguno de los parientes que habían quedado en Prusia se reunirían pronto con ellos en esa región de Alemania.

Momentáneamente la alojaron junto a sus hijos en casa de un agricultor de apellido Brandt. Ilse habló con él. Era un señor mayor con una hija viuda y sus dos nietas. Luego de comentarle su situación, les permitió quedarse hasta que terminara la guerra o encontrara otro sitio. Ella y los niños le pagarían realizando las labores domésticas y trabajando la huerta.

Pronto Ilse se dio cuenta que esa convivencia no daría resultado; estaban demasiado hacinados en una casa que no era propia y las costumbres disipadas de una de las nietas le complicaba, en especial por sus hijos adolescentes. Tendría que buscar otra opción.

Además, su hijo Heini casi había sido alcanzado por los disparos de un avión enemigo. Lo había enviado al pueblo en búsqueda de alimentos y cuando regresaba a la propiedad de los

Brandt fue avistado por un avión americano que volaba a baja altura. A partir de ese día, no permitió que sus hijos salieran solos.

Pocas semanas después, presenciaron el ingreso de los norteamericanos a Kronach. Había terminado la guerra y esa zona había quedado en el sector de protección estadounidense luego de la división de Alemania entre las cuatro potencias ganadoras. Con sorpresa vieron a la gente sacar pañuelos blancos para recibirlos y muchos salieron a celebrar a las calles. Ellos se mantuvieron distantes, desconfiados, pues no sabían cómo se iban a comportar los norteamericanos. Aún sentían mucho temor luego de la tragedia que habían visto y experimentado en la huida.

Como le fue imposible encontrar otro lugar en Kronach y ya podía moverse con cierta tranquilidad, sin temor de ser alcanzada por balas enemigas, Ilse decidió viajar a la cercana Hummendorf, donde vivía su amiga del colegio, Luise Böhm o Lusche como le decían todos con cariño. Estaba casada con un abogado y propietario de una fábrica de ladrillos. Durante su infancia habían sido muy cercanas e Ilse estaba segura de que ella los acogería. Dejó a los niños en Kronach al cuidado de su hija mayor, Eva, y partió en búsqueda de la casa de su amiga para pedirle ayuda. Por parientes en común estaba enterada que el marido de Lusche tenía una situación económica holgada, aunque tampoco sabía cómo les había ido durante la guerra.

Cuando se encontró frente a su puerta, estaba segura de que había sido una buena idea. La vivienda era de un tamaño considerable, tenía dos pisos y se veía en perfectas condiciones. De seguro habría un espacio para ellos. Además, Lusche estaba en deuda con su familia. Ilse recordaba que durante la Primera Guerra Mundial y en los difíciles años que la siguieron, su padre ayudó con alimentos a su familia, que en esa época atravesaba serias dificultades en Tilsit. Sería el momento para devolver la mano.

El desengaño fue mayúsculo. De la acomodada familia Böhm no recibió la ayuda que esperaba. Pese a tener una casa grande, Luise y su marido le explicaron que ellos ya habían alojado a sus propios parientes de Prusia Oriental y que no tenían espacio suficiente para recibir además a una mujer sola con cinco niños.

La respuesta le dolió en lo más profundo. Ilse se sentía traicionada por quien además era pariente de su marido y madrina de bautizo de Georg, su hijo mayor. Cuando le recordó las temporadas de vacaciones que había pasado en el campo de sus padres en Wilkischken, vio en la mirada de Lusche un gesto de tristeza. Más que su decisión, ella comprendió que la determinación de no acogerlos en la casa era de su marido, el abogado Böhm. Pero si la situación hubiera sido a la inversa, ella hubiera luchado hasta encontrar una solución para su amiga. No la entendía y no lograba comprender su pasividad.

Finalmente, luego de exponer con crudeza la situación que enfrentaba y que la estaban condenando a ella y a sus hijos a dormir a la intemperie, le ofrecieron que se mudara a la vieja fábrica de ladrillos de la familia Böhm, que entonces se encontraba clausurada.

Le advirtieron que el edificio se encontraba en mal estado y que de momento era utilizado como bodega para implementos técnicos de comunicación militar. Comprendiendo que no lograría nada más, aceptó la propuesta y se marchó en busca de sus hijos.

Al día siguiente se instaló con los niños en el galpón que alguna vez había sido la Zigelei Böhm. Luego de revisar el recinto que, tal como le habían señalado, se encontraba en completo estado de abandono, se instalaron en lo que fue el comedor de los trabajadores. Como únicos muebles encontraron bancos de madera sin pintar, una mesa hecha con tablas y unos desvencijados camastros con sacos viejos. Para calentarse, Ilse descubrió un anafre que también utilizaría para cocinar. No funcionaba bien, pero serviría.

Aunque ya se encontraban en el mes de mayo, seguía haciendo muchísimo frío. Ilse comprobó que las puertas y ventanas no cerraban bien. Tratándose de un espacio de trabajo no le causó sorpresa, pero ellos tendrían que vivir en ese lugar, y no habría forma de mantener una temperatura aceptable. El calor simplemente se escaparía por todas las rendijas. Su mayor temor era que los niños se enfermaran. Habían sufrido tanto durante los últimos dos meses que dudaba que aún tuvieran reservas de salud.

Recorrió el lugar y al final encontró lo que estaba buscando. En el exterior había una llave de agua potable y un baño bastante primitivo.

◆◆◆

A Ilse le dolía la falta de caridad de sus compatriotas. El pueblo era pequeño y ya se había corrido la voz de su llegada. Sabían quiénes eran y lo que habían sufrido, pero nadie se les acercó para brindarles ayuda.

Ella se habría alegrado hasta lo inimaginable por una olla o ropa de cama. Ni siquiera pudo conseguir paja fresca para rellenar los viejos sacos sobre los que dormían sus hijos. En un principio se las arreglaron con fuentes y latas viejas que encontraron en el lugar y que seguramente los trabajadores habían abandonado allí cuando la fábrica quedó en desuso. Hasta que un día Lusche logró sacar a escondidas algunos utensilios de cocina y platos que entregó a Ilse.

Llevaban tres días viviendo en la antigua fábrica, cuando los niños le mostraron un cartel que alguien había dejado en la puerta, con la siguiente inscripción: “Nuestra bandera es azul y blanca, nuestro enemigo es Prusia”. Ilse comprendió que se trataba de un texto que hacía alusión a las diferencias religiosas que antaño habían dividido a los católicos del sur y sus enemigos protestantes del norte, en especial de Prusia. Una clara referencia a las guerras religiosas de hacía más de 300 años. Algo inimaginable para ella.

Luego de releer varias veces el texto e intentar encontrar una razón, Ilse cayó en cuenta que probablemente la suya era la única familia luterana en Hummendorf. Con pesar comprendió que, a la pobreza generalizada de la región, tendría que sumar también la desconfianza religiosa, especialmente de parte de las personas de mayor edad. Además, había descubierto otro problema: la barrera idiomática. Allí se hablaba un dialecto bávaro desconocido para ellos. Sentía lástima por sus niños. Sería difícil para ellos adaptarse cuando tuvieran que ir al colegio.

Ella aún no lo veía con claridad, pero en esa zona, una de las más pobres y atrasadas de Alemania en ese entonces, Ilse y sus hijos enfrentarían la miseria como nunca se la imaginaron. Especialmente después de haber vivido siempre con la despensa llena en Wilkischken durante sus años de infancia, y en Masuria después, cuando tuvo su propio hogar.

No lograba entender cómo ni por qué habían pasado a transformarse en personas de segunda clase en su propio país. Unos advenedizos, como les decían despectivamente. Estaba amargada. Gente que todavía mantenía todas sus posesiones estaba exacerbando el sacrificio y dolor de su familia que lo había perdido todo.

En Hummendorf Ilse acudió a buscar las cartillas de racionamiento que entregaron las autoridades y se inscribió en Caritas, organización humanitaria de la Iglesia Católica encargada de la distribución de ayuda a las familias más necesitadas. De esa forma, al menos pudo conseguir una precaria ración de alimentos. Lo peor era ver sufrir a sus hijos. Los miraban con desconfianza y nadie quería jugar con ellos. La diferencia con su vida en Masuria era patente. Pasaron a ser niños pobres, sin apoyo ni amistades. Pronto también la falta de alimentos se hizo sentir y los niños empezaron a dar muestras de desnutrición.

◆◆◆

¡Cómo extrañaba su patria en Prusia y el hogar que habían abandonado! Comenzaba la primavera de 1945 y la recuperación de los niños era bastante lenta debido a la falta de alimentos. Ya habían transcurrido dos meses, aún no tenía noticias de Hermann y no sabía cómo darles al menos una comida diaria a sus hijos. Sólo sobrevivían con lo poco que recibían de Caritas y lo que encontraban en la naturaleza. En el comercio apenas había mercadería para comprar. Sólo en el mercado negro, cuyos precios no estaban al alcance de Ilse.

Ella y su marido tenían ahorros en Prusia, pero debido a lo intempestivo de su partida no se le ocurrió llevar dinero. Los documentos bancarios y una suma mayor permanecieron en una mochila que por la prisa no alcanzaron a cargar. Muchas veces se recriminó por esa falta de previsión. Pero después de un tiempo comprendió que probablemente tampoco habrían sido de utilidad en la Baviera de entonces. Prusia había desaparecido y seguramente las instituciones financieras de Alemania del Este también.

En su calidad de mujer sola con cinco hijos, le asignaron 113 Reichsmarkt, lo que alcanzaba apenas para unos pocos alimentos; ni hablar de zapatos y ropa, que los niños necesitaban con urgencia. Durante el día, entre todos buscaban coles para preparar sopa y recogían frutos y hongos silvestres. También papas que sus hijos tomaban a escondidas de los campos. Sólo tenían que evitar que los atraparan los agricultores. Heini y Fritz eran los más atrevidos. Era algo que a Ilse le desagradaba, pero la alternativa era morir de hambre. En las noches confeccionaba una especie de pan con algo de harina y afrecho, con el que luego formaba unas bolitas que todos tragaban con dificultad.

A comienzos del verano, decidió que trabajaría para ganar algo de dinero. Se ofreció para ayudar en la cosecha de un agricultor vecino, a cambio de un salario mínimo y algo de hortalizas para comer. Pero estaba tan débil que ya en el primer día simplemente se desplomó en el campo por la fatiga.

Como sus hijos siempre estaban hambrientos, ella había dejado de alimentarse y estaba al borde de la inanición. En su desesperación pensaba que, si para alimentar a sus hijos ella tenía que dejar de comer, lo haría. Pero en ese momento comprendió que era un sacrificio inútil. Si ella enfermaba, no habría nadie que cuidara de los pequeños.

Luego de conversarlo con sus hijos, especialmente con los mayores, decidió que todos tendrían que ofrecerse en los campos cercanos para efectuar tareas menores. Cualquier paga sería bienvenida. Eso sí, pese a la situación desesperada en que se encontraban, los niños se negaron a potencialmente pedir limosna. Ella estuvo de acuerdo.

Le dolía verlos salir temprano de casa para intentar conseguir algo de dinero efectuando pequeños trabajos, como recoger frutas en el bosque, limpiar los establos de algún campesino, cuidar animales o cualquier otra cosa que permitiera obtener algo para comer. La leche era el alimento más preciado y, si tenían suerte, algún agricultor los recompensaba con una botella.

En esa época Ilse se presentó junto a su hija Eva ante las autoridades militares norteamericanas en Kronach para ser empadronadas. Ambas se sorprendieron cuando, luego de pedirles sus datos personales, les extendieron un documento de identificación. A quienes venían de Prusia Oriental se los ingresaba provisoriamente como apátridas. Ver impresa esa palabra le produjo un dolor mayúsculo. Significaba que su Prusia natal ya no existía y que tampoco se les consideraba alemanes.

También les entregaron un papel que certificaba que tanto ella como su hija Eva estaban “desnazificadas”. Le resultó difícil comprender que una mujer que siempre había vivido y trabajado en el campo y una niña de 14 años debieran pasar por eso. Su marido era un militar de

carrera que nunca tuvo nada que ver con el partido. Por el contrario, siempre se negó a asumir cargos de oficial, porque no comulgaba con el comportamiento de sus superiores. Y todo el mundo sabía que su padre no simpatizaba con los nazis. Pero de pronto lo entendió. Ella y sus hijos, como probablemente también le pasaría a mucha gente sencilla de su país, tendrían que pagar la cuenta por las atrocidades del régimen de Hitler. Sintió que era una injusticia tremenda.

◆◆◆

A fines de julio de 1945, cuando regresaba a casa con sus hijos luego de bañarse en un río cercano, tuvo por fin una buena noticia. Mientras avanzaban hacia la puerta, divisó a Georg. Entre lágrimas y gritos de alegría corrió a abrazar a ese hijo de quien no sabía nada desde hacía meses.

Luego de darle algo de comida, pues él también se encontraba hambriento, Georg les contó su propia aventura. A mediados de enero, poco después de su regreso de las vacaciones de invierno, cuando Ilse lo vio por última vez, un profesor reunió a todos los alumnos y lograron salir desde Stuhm hacia una escuela hermana ubicada en Plön, en la región de Schleswig Holstein, en el norte de Alemania. Más adelante, cuando la guerra estaba llegando a su fin, en el colegio recibieron la instrucción de destruir las instalaciones y salir cuanto antes.

Su hijo le narró cómo partieron con apenas una carreta y algunos caballos. Dormían en el bosque y durante el día avanzaban con dificultad, evitando los tanques. La idea era repartir a los alumnos en casa de parientes y cuando éstos se encontraban al otro lado del frente –como era su caso– encontrarles alguna solución. Finalmente, el profesor a cargo de la evacuación lo dejó en una pequeña granja con un matrimonio que había perdido a tres hijos en la guerra. Trabajaría para ellos a cambio de alojamiento y comida.

Georg abrazó a Ilse y le dijo que, como no tenía noticias de ella y sus hermanos, y dada la información que circulaba sobre lo sucedido en el frente oriental, temía lo peor. Ilse se angustió al imaginar a su hijo sufriendo por ellos, creyendo que todos estaban muertos. Según le explicó, el campesino retiró los distintivos del colegio de su ropa para que no lo identificaran como ex alumno de una escuela militar alemana y lo instaló en una habitación en el tercer piso de la casa. Así trabajó casi dos meses para el agricultor. Hasta una noche en que despertó súbitamente a las cuatro de la madrugada. Un sueño le hizo recordar una lejana conversación de Ilse y Hermann. Le recordó que, como era el mayor, le permitían estar despierto una hora más que sus hermanos, tiempo que aprovechaba para leer. En algún momento escuchó esa conversación que se le presentó durante el sueño: “Si alguna vez nos perdemos, nos volveremos a encontrar donde Luise en Hummendorf”.

Según le confidenció a Ilse, en ese mismo instante supo lo que tenía que hacer. Al día siguiente, temprano en la mañana, consiguió un atlas para estudiar el recorrido, tomó sus escasas pertenencias y partió a buscar a su familia. Si estaban vivos, ahora ya sabía dónde encontrarlos.

Estaba consciente que el trayecto no sería sencillo. No sólo debía recorrer unos 800 kilómetros y cruzar Alemania de norte a sur, sino hacerlo a través de las distintas zonas militares que se habían repartido los aliados. Le explicó a su madre que en esos días el tránsito estaba restringido. Sin salvoconducto, nadie podía moverse libremente. Y él sólo llevaba algo de tabaco que podría emplear como moneda de cambio en caso de necesitar ayuda.

Mientras Georg le contaba su odisea, ella recordaba el enorme esfuerzo que tuvieron que realizar ellos. Imaginar a su hijo mayor pasando dificultades le causaba una profunda pena.

Georg le narró cómo durante tres semanas atravesó Alemania a pie e hizo dedo hasta llegar a su destino. Según le confidenció, una de sus principales dificultades fue pasar desde la zona de

ocupación inglesa hasta el sector americano. Especialmente peligroso había sido cruzar el río Elbe a la altura de Hamburgo sin que le dispararan. Para conseguirlo, utilizó su reserva de tabaco y pagó a unos balseros para que corrieran el riesgo con él.

Y si bien no había nadie en casa cuando llegó, Georg le dijo que apenas entró sintió algo familiar: “Era el olor a mi familia”.

Aunque seguía sin tener noticias de Hermann y del resto de los parientes, al menos Ilse sintió la alegría de haber recuperado a su hijo mayor. Y este no podía dejar de repetirle, orgulloso: “Mutti, realmente lo lograste, llegaste hasta acá con todos mis hermanos, ¡es increíble!”

◆◆◆

Pronto llegó septiembre y los colegios dieron inicio a un nuevo período escolar. Sus hijos habían perdido casi un año de clases producto de la guerra y había llegado el momento de recuperarlo. Georg le dijo que quería terminar su décimo año en un buen colegio y que para conseguirlo tendría que caminar más de cuatro kilómetros diarios hasta Kronach. A ella le habría gustado que Heinz y Eva también asistieran al mismo establecimiento, pero para ellos el camino era demasiado largo.

Envió a los otros cinco a la Volksschule o escuela básica de Hummendorf, pero a ninguno parecía gustarle. Si bien nunca se quejaban, ella intuía que seguían mirándolos con desprecio. Vestían modestamente y hablaban diferente. Además, les hacía falta ropa y zapatos adecuados.

Haciendo uso de su ingenio, Ilse les confeccionó algo de ropa con prendas viejas e incluso una de las frazadas de lana que trajeron de Prusia Oriental fue empleada para ese fin. Chalecos que les quedaban pequeños eran desarmados y la lana utilizada para hacer calcetines. Todos habían crecido y los mayores no tenían zapatos de su tamaño. Afortunadamente los más pequeños heredaban de sus hermanos. La ropa interior era lo más difícil de conseguir.

Ilse habría querido que todo fuera más fácil para sus hijos. En el verano anterior todavía jugaban felices en Prusia y se reían mucho. Ahora hacía tiempo que no los veía reír. Mientras la gente en el pueblo recuperaba lentamente la normalidad, ellos estaban al margen de todo. Era como si hubieran perdido la guerra solos y también la tuvieran que pagar.

Poco después comprobó que los recursos de la escuela de Hummendorf eran extremadamente limitados. Debido a la nueva política escolar, gran parte de los libros habían sido desechados y tampoco contaban con textos nuevos. Apenas tenían material para escribir, cualquier trozo de papel o resto de lápiz era bienvenido. Las clases eran rudimentarias, pues a la falta de materiales se sumaba la escasez de profesores. Muchos habían muerto y otros todavía no regresaban de los campos de prisioneros.

Al Ilse le habría gustado una mejor educación para sus hijos, como la que ella y sus hermanos habían tenido en la lejana Tilsit, pero eso era imposible de momento. Tendría que conformarse. Quizás más adelante, cuando se encontrara con su marido.

A Ilse le comentaron que un pastor de apellido Barth estaba reuniendo a los escasos niños protestantes de distintos poblados de la zona para iniciar las clases de confirmación. Ella se alegró. Estaba intentando hacer las paces con Dios y la confirmación siempre había sido un rito importante en su familia. Georg y Eva se incorporaron al grupo de confirmandos. Ilse sabía que les iría bien. Ambos ya habían asistido a clases de preparación. Georg en su escuela en Stuhm y Eva en Lötzen, con el pastor Assmann.

Tal como pensó, sus hijos aprobaron sin dificultad el examen en la iglesia de Weissanbrunn y el 14 de abril de 1946 finalmente tuvo lugar su confirmación. Si bien se trataba de un momento de recogimiento y alegría, ella se sentía apenada. No pudo prepararles nada especial para la

ocasión, pero al menos Georg y Eva recibieron invitaciones para celebrar con otras familias de la zona. Sólo esperaba que disfrutaran de un momento agradable.

Sin embargo, la experiencia fue decepcionante para su hija Eva. A sus cortos años, ella sólo ansiaba ser aceptada y recibir una muestra de afecto que paliara en algo el dolor de sus pérdidas, pero nada había salido como esperaba.

Eva le relató que apenas llegó, la invitaron a sentarse al fondo de una mesa que estaba ricamente dispuesta con kuchenes, tortas, fiambres, pan y mantequilla. Le describió los regalos de la niña recién confirmada, ubicados sobre una mesa lateral, y la alegría de todo el mundo, incluido el pastor. Le dijo que nunca podría olvidar esa mesa repleta de manjares, mientras su familia pasaba hambre. Además, ni siquiera habían tenido la delicadeza de ofrecerle un pedazo de kuchen para llevarle a sus hermanos pequeños. Le confesó a su madre que sólo quería salir de ahí cuanto antes. Ilse comprendía sus sentimientos. Estaba sola y pensaba en su padre, los abuelos y todos los amigos y parientes que no podían acompañarla en ese día de fiesta.

En cambio Georg, que en un principio se había sentido algo incómodo con la ropa prestada que tuvo de usar en su confirmación, volvió contento. Y ella se alegró cuando le mostró el kuchen de miga que le habían regalado para sus hermanos.

Después de la confirmación de sus hijos, Ilse tuvo que tomar una decisión difícil. Le ofrecieron un trabajo para Eva. Le costaba apartarla de su lado, era un gran apoyo para ella y estaban muy unidas. Se trataba de un trabajo de niñera. Tendría que ir a vivir a la casa del pastor de Weissanbrunn. Allí vivía aún la mujer del antiguo pastor que seguía prisionero de los rusos y le había pedido que le consiguiera a alguien que la ayudara. Su obligación consistiría en atender y cuidar a sus cinco hijos, todos menores de 13 años.

Eva contaba con apenas 14 años cuando Ilse la llevó a la casa del pastor para iniciar su primer día de trabajo. La embargó la tristeza cuando se despidió de ella. Estaba tan delgada y aún no se había desarrollado adecuadamente. Era todavía una niña. Las cosas deberían hacer sido tan diferentes para ella, se lamentó.

CAPÍTULO 8

No hay suficientes lágrimas para llorar a los muertos

Septiembre de 1946 sería un mes que marcaría la vida de Ilse para siempre. La Cruz Roja le informó que habían logrado obtener noticias de la familia que había dejado atrás en Trankwitz, Prusia. Lamentablemente no se trataba de las señales de vida que ella esperaba con desesperación.

No estaba preparada para la noticia que recibió cuando abrió la carta de Hildegard Remmel, una vecina de sus padres. La misiva fue un golpe que la afectó profundamente. Le confirmó lo que ella intuía: que el 29 de enero de 1945, sólo dos horas después de su huida, los rusos alcanzaron el patio de la casa de sus padres. Lo que no sospechaba fue la brutalidad con que se dejaron caer sobre sus habitantes, todos civiles desarmados.

La carta de la señora Remmel narraba con detalle el sufrimiento padecido, especialmente por las mujeres, que fueron golpeadas y violadas. Ilse leyó varias veces la amarga carta hasta dimensionar el drama que sufrieron sus seres queridos: para poner fin a tanto dolor, su hermana Gerda le cortó las venas a su propia madre, lo mismo a la señora Ehlert y a su hija menor Sabine. Luego, las tres tomaron veneno para las ratas que les dio su padre para que el fin llegara más rápido y pudieran escapar del horror infringido por los rusos. De esa forma, su madre, la señora Ehlert y la pequeña Sabine murieron al poco rato. A continuación, Gerda también cortó las venas a los otros dos niños Ehlert, Bärbel y Peter, pero ambos sobrevivieron. Ilse fue incapaz de dimensionar el dolor que debió sentir su padre en ese momento y la desesperación de su hermana para tomar una decisión tan drástica. La señora Remmel también le informaba que cuando Gerda, la querida alcaldesa de Trankwitz, estaba en proceso de autoinflingirse las mismas heridas, los rusos le impidieron continuar con su acción, golpeándola brutalmente y arrastrándola con ellos.

En cuanto a Dora, su hermana minusválida, fue golpeada brutalmente en el camino hacia Trenk, cerca de Trankwitz. Como por su impedimento físico no caminaba lo suficientemente rápido, sus captores se ensañaron con ella. Permaneció tirada sobre el camino helado y murió en el lugar producto de las heridas.

Finalmente, su padre fue golpeado y asesinado por los rusos en las cercanías de Sudau, aproximadamente a 20 kilómetros de distancia de Trankwitz, porque quería prestar ayuda a unas mujeres y niñas que estaban siendo violentadas por los soldados. ¡Su querido padre! Ilse no podía creerlo.

También se enteró que otras familias vecinas, los Zippel y los Remmel, corrieron igual suerte. El señor Zippel fue apresado y posteriormente asesinado. Su yerno, el señor Remmel, que era soldado y estaba recuperándose de sus heridas en casa, fue torturado y tampoco sobrevivió. Uno de los hijos pequeños de la familia Remmel también falleció y la señora Remmel fue golpeada y violada en reiteradas ocasiones. También la señora Zippel y su hija de 13 años

sufrieron mucho.

Según le dijeron, de los habitantes sobrevivientes de Trankwitz, algunos fueron trasladados a campos de trabajo forzado en Rusia, entre ellos su hermana Gerda Albrecht, la alcaldesa del pueblo. Ilse comprendió que ella había sido la única sobreviviente de la tragedia, pero era difícil que se recuperara y que alguna vez pudiera regresar con vida desde su prisión. ¡Cuánto estaría sufriendo su pobre hermana ahora, después de haber presenciado la masacre de su familia! Ella, que siempre decía que los rusos también eran seres humanos.

La carta de Frau Remmel, escrita sólo un mes antes, finalizaba con una frase que siguió dándole vueltas durante muchas semanas: “Créame, querida señora Schwarz, nuestros muertos están diez veces más felices que nosotros y mejor tratados. Nosotros acá en Prusia Oriental estamos contentos y damos gracias a Dios cuando la vida de alguno llega a su fin”.

Para Ilse la carta fue una bomba que destruyó la precaria estabilidad que había logrado en Baviera. Estaba desesperada y no tenía a nadie con quien compartir su dolor, excepto sus hijos, que también quedaron destrozados con la noticia. Ellos adoraban a sus abuelos y sus tías. Ilse estaba abrumada por el peso de tener que arreglárselas sola con la impactante noticia de la pérdida de su familia y además hacerse cargo de sus seis niños sin ayuda.

Ya había transcurrido un año y medio desde que ella escapara desde Königsberg. Si Hermann seguía con vida, ella hubiera recibido alguna señal de su parte. El trágico fin de sus padres y hermana le hizo comprender que a estas alturas era muy difícil que su marido regresara junto a ella. Recordó una vez más lo que siempre le decía: que no volvería a caer en manos de los rusos y que, donde estuviera, siempre guardaría la última bala para él. Ya sea en el campo de batalla o en una oscura esquina en los suburbios bombardeados de Königsberg, donde probablemente se encontraba antes del asalto final por parte del ejército rojo.

No tenía fuerzas, no quería comer ni hablar, y menos levantarse por las mañanas. Sentía que la vida estaba siendo demasiado cruel con ella y que Dios sencillamente la había olvidado. Si no hubiera tenido la responsabilidad de sobreponerse por sus hijos, la vida tampoco hubiera tenido sentido para ella.

Estaba amargada. Sentía que no tenía suficientes lágrimas para llorar a sus muertos. Se repetía que era demasiado injusto: las familias Schwarz y Albrecht habían sido expulsadas dos veces de sus tierras en un espacio de 30 años. Se les arrebató todo y algunos de sus integrantes fueron apresados y condenados a trabajos forzados en Siberia por largos períodos de tiempo. Y después de la guerra, ambas familias habían perdido a prácticamente todos sus miembros. Mientras decidía qué hacer, su hija Eva hizo un trágico recuento sobre el destino de su familia directa:

—Hermann Richard Schwarz, esposo y padre de 6 niños, desapareció en enero de 1945 como soldado profesional en los alrededores de Königsberg.

—Richard Robert Albrecht, esposo, padre y abuelo, fue golpeado y asesinado brutalmente en febrero de 1945 en Sudau, Prusia Oriental, porque quería prestar ayuda a mujeres y niñas.

—Anna-Maria Albrecht, nacida Schweiger, madre y abuela, eligió la muerte por su propia mano en enero de 1945, desesperada, porque no podía soportar la tortura a la que fue sometida por los rusos.

—Kurt Albrecht, padre, hermano y tío, cayó en 1941 como soldado en el frente oriental.

—Gerda Albrecht, hermana y tía, fue trasladada a Siberia a un campo de internación como prisionera de guerra.

—Dora Albrecht, hermana y tía, fue brutalmente golpeada en la calle por los rusos en febrero de 1945. Debido a su enfermedad, no podía caminar con suficiente rapidez.

—Benno Albrecht, hermano y tío, fue apresado y se encontraba en una prisión rusa.

Para Ilse fue terrible comprender que no tendría tumbas para llorar a su familia. Seguramente fueron sepultados con prisa e incluso es posible que ni siquiera haya sido así, se decía. Se los imaginó tendidos en el barro o la nieve, sin que nadie se hiciera cargo de sus restos.

Poco después supo que en Trankwitz sólo permanecieron de pie cuatro casas, todo el resto de edificios y viviendas fueron destruidas en 1945. De la propiedad de sus padres no quedó ni una piedra.

Su vida anterior ya no existía. Había sido completamente borrada por la guerra. Ya no le quedaban parientes. Todos estaban muertos. Y en Hummendorf aún los trataban como la carga que debería haberse quedado en su lugar de origen. Esa situación la exasperaba.

Como ahora sabía que ya no necesitaba esperar a su familia, pues nadie vendría, decidió alejarse cuanto antes de ese pueblo donde había sufrido tantas decepciones. Aunque su deseo no sería fácil de concretar. Le informaron que, debido a la ocupación, las personas no podían desplazarse a su antojo y a los refugiados tampoco les estaba permitido mudarse a donde quisieran. Y menos si no tenían un lugar donde llegar. La sentencia fue categórica: todo traslado debía ser aprobado por las autoridades administrativas a cargo de la zona.

Ilse siguió insistiendo ante las autoridades y la Cruz Roja para salir de allí. Todos le habían cerrado las puertas. Su amiga Luise no había sido capaz de conseguirle ayuda y el asesinato de su familia la había devastado. “Nos merecemos una nueva oportunidad”, era su único pensamiento en esos días.

En esa época le empezó a llegar información sobre otras atrocidades cometidas en la zona oriental. Entre ellas, que la vieja iglesia de Wargen, un pueblo vecino de Trankwitz, había sido dinamitada con parte de su población en el interior. Y que en otras localidades vecinas, especialmente en Metgethen, los habitantes habían sufrido horrendas torturas y sadismo de parte de los soldados rusos. Por supuesto, eso no ayudaba en absoluto a su estado de ánimo. Por el contrario, le dolía como si se tratara de su propia familia.

Finalmente, después de largas semanas de espera, su anhelo se hizo realidad gracias a un intercambio con otra familia que quería mudarse a Baviera desde Würtemberg, una región vecina. Ilse no estaba pendiente de las fechas ni de los días. Todos eran iguales para ella. Pero el día del traslado finalmente llegó. Cuando vieron llegar un viejo camión que funcionaba a carbón, ella y sus niños tomaron sus escasas pertenencias, se encaramaron en el vehículo y partieron sin mirar atrás. Ilse pensaba que, por fuerza, su nuevo destino tendría que ser mejor. Los costos del traslado fueron financiados por la familia que venía de Würtemberg. Para ella hubiera sido imposible pagar.

Ilse y sus cinco hijos varones fueron alojados en un pequeño pueblo llamado Unterwittstadt en el sector del Odenwald. Se trataba de una zona de pequeños agricultores que los recibieron encantados. Pese a que los niños estaban muy delgados y malnutridos, serían de ayuda en momentos en que la mano de obra era escasa. De momento, Eva permanecería trabajando en casa del pastor en Weissanbrunn y los visitaría cuando pudiera.

Cuando llegaron a Unterwittstadt Ilse se enfrentó a un nuevo problema. Si bien ahora las personas eran amables con ellos, comprendió que no podrían vivir todos juntos en una sola vivienda tal como esperaba. Le informaron que en esa zona nadie tenía recursos para recibirlos a todos y que tendrían que distribuirlos entre distintas familias de pequeños agricultores. El acuerdo que le propusieron fue que ella y los dos menores se quedarían con una familia de apellido Henningen. Ellos tenían una pequeña granja e Ilse ayudaría en el trabajo doméstico. También Horst y Hans tendrían que colaborar después del colegio. Georg, Heinz y Fritz serían

enviados a otras casas. Seguirían yendo a la escuela, pero en sus horas libres aportarían con su trabajo. Así pagarían por alojamiento y comida. Para Ilse la solución fue muy dura, pero no vio otra alternativa. Al despedirse les dijo a sus hijos que se comportaran como les había enseñado y que nunca tomaran algo que no fuera de ellos.

Fritz fue alojado en Osterburken, distante 17 kilómetros de Unterwittstadt, en casa de familiares de los Henningen. Cuando tenía oportunidad de verlo, le decía que la gente era afectuosa con él, pero ella temía que con sus 13 años lo hicieran trabajar demasiado duro. Siempre lo veía cansado. Después supo que todos los días tenía que ayudar en los establos y luego seguir trabajando en el campo hasta tarde y en la noche. Al finalizar la jornada, no era capaz de estudiar o hacer sus tareas.

Heinz fue enviado a trabajar con la familia Schulz, constituida por el matrimonio, su hija de nombre Berta y la abuela. Su hijo le contó que siempre se preocupaban de que llegara puntualmente a la escuela y que tuviera tiempo para sus estudios. Si bien también le tocó trabajar duro, la tranquilizaba que hubiera desarrollado una relación cercana con ellos.

También Georg vivió y trabajó en un campo en las cercanías de Unterwittstadt, en condiciones similares a sus hermanos. Ilse sólo lamentaba que la escuela del lugar no tuviera el nivel de sus colegios anteriores. Pero Georg le decía que no se preocupara, que a él le encantaba colaborar con los profesores y muchas veces ayudaba con los niños más pequeños.

Mientras trabajaba en casa de los Henningen, se hacía serias recriminaciones por la situación de sus hijos. Aún eran niños y estaban trabajando demasiado duro para su edad. No había nada que ella pudiera hacer y se sentía impotente.

En una oportunidad recibió como ayuda un Care Paket de Estados Unidos, pero cuando quiso abrirlo, vio con decepción que la caja ya venía abierta. El contenidoera una lata de aceite, un paquete con leche en polvo y un traje usado, que deshizo y transformó en un pantalón para cada uno de sus hijos pequeños Horst y Hans. Más tarde ellos le contaron que los niños del pueblo habían recibido dulces y golosinas. Ahora sabía qué cosas faltaban de su paquete. Lo lamentó, pues hacía mucho tiempo que sus hijos no disfrutaban de ese tipo de alegrías.

Tras algunos meses, su hija Eva se presentó en Unterwittstadt. Le dijo que se había marchado sin avisarle a nadie y que ya no podía más con la explotación a la que era sometida. Ilse no podía creer lo que le contaba su hija. Además de su trabajo como niñera, en la casa del pastor también debía realizar gran parte de las labores domésticas, desde las 6 de la mañana hasta que en la noche caía rendida en la cama. En las interminables jornadas, tenía que trapear pisos, escobillar la ropa de los niños en la tabla de lavar y mucho más. Ilse la abrazó y le dijo que lo sentía mucho, que ella no tenía idea de cuán duro le estaba tocando trabajar. ¿Por qué no se lo había dicho antes? Los 10 marcos que le pagaban, así como los pocos vestidos viejos que le habían regalado, no valían todo su sacrificio. Pero Eva no quería cargarla con un nuevo motivo de amargura. Siguió en su trabajo hasta que no resistió más, simplemente tomó sus cosas y partió a reunirse con ella y sus hermanos.

A Ilse le costó encajar ese nuevo golpe. Cuánto había sufrido su valiente hija durante casi un año. Pronto también empezó a trabajar en el campo en Unterwittstadt, alimentando animales y ayudando en la cosecha, pero al menos estaba más cerca suyo. Y podría vigilar que nadie volviera a maltratarla.

En junio de 1948 los empleadores de Ilse tuvieron una buena noticia. En esa fecha se produjo la reforma cambiaria en las zonas de Alemania que se encontraban bajo administración de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. La nueva moneda, llamada DMark, reemplazaría a la antigua Reichsmark. Cada uno recibió 40 D-Mark por cabeza y los ahorros fueron cambiados 10

a 1. Toda la población podría valorizar sus propiedades inmobiliarias, sus tierras y pertenencias de acuerdo a la nueva moneda, lo que dio cierta estabilidad. Pero esa noticia no tuvo ningún valor para Ilse. Por el contrario, fue un momento duro y sintió una vez más que para ella no había ayuda disponible. Su casa y su tierra estaban en el sector oriental, y sus ahorros habían desaparecido.

Su situación económica seguía siendo precaria. Solo podía comprar lo indispensable, pero, dado que todos sus hijos trabajaban en el campo, al menos tenían suficiente para comer. Veía cómo sus hijos crecían y lamentaba que en las cercanías prácticamente no hubiera alternativas de entretención para la gente joven. Los fines de semana, de vez en cuando, después de finalizar las tareas, iban al cine, pero para ello tenían que recorrer 5 kilómetros caminando. Un esfuerzo adicional que no siempre estaban dispuestos a realizar, especialmente después del trabajo duro.

Para ellos todos los días eran iguales. Los sábado y domingo eran jornadas normales de trabajo. Cada mañana y cada tarde tenían que ordeñar las vacas y atender a los animales en los establos. Mientras trabajaron en los campos de los agricultores en Unterwittstadt, Ilse no recuerda haber tenido descanso.

No había un solo día en que no pensara en el triste fin de su familia y en la desaparición de su marido. Sus horas estaban llenas de recuerdos de otro tiempo, cuando los verdes pastos de Prusia Oriental alimentaban su vida y sus sueños. Pero también se había dado cuenta que no estaba sola con su dolor. En prácticamente todas las familias de la zona se guardaba luto por algún pariente que había caído víctima de la guerra. A ello se sumaba la incertidumbre por los muchos desaparecidos y prisioneros. Sabía que era una época muy triste para todo el mundo.

Cuando sus hijos Georg y Heinz le dijeron que querían postular para ingresar como aprendices a la fábrica Lanz en Mannheim, se sorprendió. Se dio cuenta que ya eran dos hombrecitos que empezaban a buscar su propio camino. Se trataba de una industria de maquinaria agrícola que durante la guerra se transformó para fabricar tanques, armamentos y otros elementos militares y que ahora estaba retornando a la normalidad. Habían visto un aviso en el diario y querían su permiso para postular. Los dos hermanos querían iniciar su formación en la sección de fundición.

Después de un proceso de selección y un completo examen médico para descartar secuelas de guerra, las postulaciones fueron aceptadas. Heinz tenía 15 años y Georg, 17. Como ambos todavía eran menores de edad, ella tuvo que firmar una carta de autorización. No era la ocupación que había soñado para sus hijos, pero no existían demasiadas opciones disponibles para ellos en ese momento en Alemania. Cuando viajaron a Mannheim, sintió que una parte de su corazón se iba con ellos. Se consoló pensando que estarían juntos y que se cuidarían mutuamente.

Se alegraba cada vez que venían de visita. Eran buenos hijos. Siempre trataban de llegar con algunos detalles de regalo para sus hermanos menores. Como ganaban poco, apenas alcanzaba para unos Lakritze (dulces de regaliz), pero ellos lo celebraban como si se tratara de verdaderos manjares.

Al poco tiempo Eva también consiguió un puesto en Mannheim y se marchó de Unterwittstadt. La echaría de menos, pero al menos allá tendría mejores ingresos. Trabajaba en una tienda de comestibles (carnicería, abarrotes y delicatessen) y además realizaba el trabajo doméstico para el dueño. Según le aseguraba, la familia Christ la trataba bien y se sentía a gusto en su casa. Pero Ilse sabía que ella añoraba estudiar una verdadera profesión.

Mientras sus tres hijos mayores trabajaban en Mannheim, Ilse seguía en Unterwittstadt, en casa de los Henningen, junto a los menores. Definitivamente no le gustaba que su familia

estuviera separada. Sus fantasmas la seguían persiguiendo y ella necesitaba a todos sus hijos para seguir adelante. Ellos eran su motor, su fuerza y su razón de vivir. Decidió que también se marcharía a Mannheim con los tres restantes.

En conversaciones con el alcalde del pueblo, éste le había informado sobre alternativas de emigrar para familias como la suya, con contratos de trabajo a través de Caritas. Si bien Ilse no descartaba esa posibilidad a futuro, antes de considerar una decisión tan radical como abandonar su país quería conseguir una vivienda en Mannheim para volver a vivir todos juntos y recuperar la vida familiar.

Era el verano de 1949, poco antes de que Conrad Adenauer se convirtiera en el primer Canciller de la nueva Alemania Federal en Bonn.

CAPÍTULO 9

Una decisión difícil

Ilse no pensó que sería tan difícil encontrar viviendas disponibles en esos duros años de post guerra. Como Mannheim era una ciudad industrial, ubicada estratégicamente entre los ríos Rhin y Neckar, era esperable que los bombardeos durante la guerra la hubieran elegido como uno de sus blancos principales. Muchas zonas residenciales habían sido destruidas y otras seguían en proceso de restauración. Pese a la labor realizada por miles de voluntarios, que trabajaron incansables durante meses en su reconstrucción, la ciudad aún presentaba deficiencias. El Marktplatz -la principal plaza de la ciudad- y la céntrica calle Planken habían sido recuperados, y las zonas comerciales ofrecían nuevamente el bullicio de antes. Pero la falta de viviendas se presentaba como un escollo insalvable para muchos.

Durante semanas Ilse recorrió distintas oficinas y se enfrentó con una burocracia desconocida para ella, recibiendo únicamente negativas. Especialmente dolorosa fue una reunión que sostuvo en una oficina encargada de conseguir viviendas para familias sin residencia propia en Mannheim. Acudió en compañía de su hija Eva, quien ya trabajaba en la ciudad. Creía que ese hecho, sumado a que otros dos de sus hijos también vivían allí, podría ser una ventaja.

Ilse se sentó ante el escritorio de la funcionaria, una mujer de edad mediana que seguramente también padeció producto de la guerra. Le explicó con todo detalle su situación, el drama que habían vivido en Prusia, la pérdida de su familia, la desaparición de su marido y la precaria existencia que llevaban en Unterwittstadt. Sin embargo, no obtuvo la respuesta esperada. Las palabras de la mujer la sorprendieron por su dureza: “¿Qué se cree usted? ¡Cuántas personas están buscando una vivienda! ¿Por qué no se quedó con su familia allá?” Con ello se refería a Prusia Oriental.

Mirándola de frente le respondió con las únicas palabras que acudieron a su boca: “Entonces usted no tendría el problema de la vivienda para nuestra familia, porque mis seis hijos y yo no estaríamos vivos”. Le pidió a su hija que se levantara y se marcharon, Ilse con lágrimas en los ojos. Oyó a la funcionaria decir algo, pero ella ya no la escuchaba.

La decepción volvió a apoderarse de su alma. Si esa mujer hubiera vivido un solo día en la ciudad sitiada de Königsberg en febrero de 1945, probablemente no hubiera hablado con tanta liviandad, se dijo. En todo caso, esa conversación fue para Ilse la última instancia que faltaba para poner todo en la balanza y tomar la decisión de partir.

Sentía que en Alemania ella y sus hijos habían sido abandonados a su suerte y que nunca se les dio la oportunidad de vivir una existencia digna. No se la dieron en Kronach, en Unterwittstadt y tampoco en Mannheim. Le estaba pasando lo mismo que a sus padres, a su marido y a ella misma, cuando fueron forzados a dejar sus tierras.

Fue una decisión que primero masticó sola. No quería precipitarse ni actuar impulsada por la desesperación. Necesitaba reflexionarlo bien. Buscar una nueva patria que reemplazara a su

Prusia querida no sería fácil. Además, tendría que encontrar un lugar que les asegurara un buen porvenir a sus hijos. Ellos eran lo más importante ahora.

◆◆◆

A comienzos de 1950, mientras Ilse seguía dándole vueltas a la idea de emigrar, tuvo por fin una alegría al ver regresar a su hermano menor, Benno, quien fue liberado de una prisión rusa después de cinco años de cautiverio. Se asustó cuando lo vio. Estaba muy delgado y demacrado. Su salud se había deteriorado tanto producto de los largos años de reclusión, que fue enviado primero a un sanatorio para su recuperación médica. Ya no era el muchacho alegre y sensible que había dejado atrás.

Lo peor para Ilse fue contarle los terribles detalles que rodearon el fallecimiento de sus padres y hermana. Cuando Benno conoció las atrocidades que tuvieron que soportar, quedó en shock. Un sufrimiento que ella habría querido ahorrarle, pero él tenía derecho a conocer toda la verdad, aunque doliera tanto. Benno también comenzó a sentirse un extranjero en Alemania y la comprendió cuando Ilse le reveló sus intenciones de marcharse de ese país que les estaba dando la espalda.

Cuando finalmente lo conversó con sus hijos, se sacó un enorme peso de encima. Ya había ido deslizando la idea en algunas conversaciones esporádicas, especialmente con su hija Eva, pero sin una decisión concreta. Fue un alivio cuando les planteó en serio su idea de emigrar. Todos estuvieron de acuerdo con ella. Ninguno había creado raíces ni lazos en ese lugar. Al igual que ella, querían dejar atrás tanto sufrimiento, rehacer sus vidas lejos de Alemania y, sobre todo, volver a estar juntos como familia. Como en Prusia.

El desafío ahora era encontrar un país que recibiera a inmigrantes alemanes, ojalá a familias completas dispuestas a trabajar y ganarse un lugar en una comunidad acogedora.

Su primera idea fue emigrar a Estados Unidos, que en esos años otorgaba la ciudadanía con facilidad a personas que quisieran radicarse en sus tierras. Pese a que habían sido enemigos en la guerra, ese país contaba con una importante colonia germana y todos hablaban algo de inglés que habían aprendido en el colegio. Sin duda, ello facilitaría su inserción. No obstante, Ilse se encontró con un impedimento que la hizo desechar ese destino. Estados Unidos mantenía la obligatoriedad del servicio militar y, como entonces esa nación se encontraba en guerra con Corea, cabía la posibilidad de que sus dos hijos mayores fueran alistados. Eso era algo que quería evitar a toda costa. Estaba convencida de que las familias Schwarz y Albrecht ya habían entregado suficientes vidas a la guerra.

La segunda alternativa analizada fue Canadá. Pero las localidades disponibles para acoger a inmigrantes estaban ubicadas en regiones extremas. Allí les hubiera tocado vivir en una zona con largos y gélidos inviernos y todos tenían la convicción de haber pasado suficiente frío en sus vidas durante su huida a través del Báltico.

Seguían revisando los pro y contras de Canadá, cuando el destino les ofreció una tercera opción. Mientras leía un diario de Baden Würtemberg, Ilse se encontró con un aviso pequeño que llamó su atención. La Iglesia Luterana de la Seegemeinde de Llanquihue, Chile, ofrecía cupos para inmigrantes alemanes que quisieran trabajar en los campos. Si bien Sudamérica quedaba lejos, literalmente al otro lado del mundo, al menos sabía que no enfrentarían inviernos extremos y tampoco riesgos inminentes de guerra. Luego de consultarlo con sus hijos, decidió postular. Todos estuvieron de acuerdo en que podría ser el destino adecuado.

Escribió una carta a la dirección señalada en el aviso, explicando quiénes eran, a grandes rasgos de dónde venían –los detalles prefirió guardárselos para ella–, las edades de sus hijos y

sus deseos de forjarse una nueva vida en ese país distante.

No necesitó esperar demasiado tiempo. Pronto le llegó la respuesta firmada por un señor llamado Carlos Bollinger, presumiblemente su posible empleador. En ella le pedía que acudiera a una entrevista con su hermano, Joseph Bollinger, en la ciudad de Stuttgart; Joseph era propietario de la empresa de transporte Roter Adler. Ilse buscó la dirección y en cuanto pudo compró un pasaje en tren y partió esperanzada a la reunión.

Durante el trayecto, que duró cerca de dos horas, Ilse repasó una vez más todos los argumentos que había preparado. Estaba convencida que la edad de sus hijos, todos bien formados, criados en el campo en Prusia Oriental y dispuestos a trabajar con entusiasmo, deberían interesar al señor Bollinger. Efectivamente, Ilse sintió que su interlocutor se había mostrado receptivo e interesado en su familia. Le preguntó también por su vida anterior, la formación de sus hijos y sus valores familiares. No sólo le interesaban buenos trabajadores. También personas honestas e íntegras.

Cuando abandonó las oficinas que ocupaba la empresa Roter Adler, Ilse estaba tranquila. Confiaba en una respuesta positiva. Y así fue. Pasadas algunas semanas le comunicaron que su postulación había sido aceptada y que pronto le avisarían de su partida a Chile. El costo del viaje lo pagaría la Fundación Luterana Internacional.

Una vez tomada la decisión de partir, sus hijos dejaron sus trabajos y comenzaron a prepararse para el viaje. Ninguno sabía mucho de su nuevo país. Sólo el mayor, Georg, tenía algunas nociones, entre ellas que la capital se llamaba Santiago, que existía un puerto que llevaba por nombre Valparaíso y que de su suelo se extraía cobre. También que allí se hablaba un idioma desconocido para ellos.

Ese era un tema que preocupaba a Ilse. Tendría que aprender a hablar español, una lengua distinta. De sus años de colegio aún recordaba algo de francés. Esperaba que se pareciera en algo, pues ambos idiomas tenían raíz latina. Pero el señor Bollinger le había dicho que en los alrededores del lago Llanquihue mucha gente hablaba alemán y que los ayudarían gustosos con la adaptación. Su propio hermano era alemán y vivía feliz en Chile.

Mientras escuchaba a Georg hablarles a sus hermanos acerca de las bondades del nuevo país, Ilse aún mantenía algunas dudas. ¿Qué hacer si no se acostumbraban? No sería fácil volver a cruzar los Andes y el Océano Atlántico. Cada vez que aparecía un sentimiento de ese tipo, Ilse se decía que nada podría ser peor que la indiferencia que habían recibido en su tierra.

Así, con sentimientos encontrados, a comienzos de mayo de 1950 Ilse y sus hijos iniciaron el viaje a Chile. Todos estaban ansiosos por empezar de nuevo, pero también les dolía dejar la patria atrás. Si hubieran recibido una mínima fracción de ayuda, se habrían quedado. Aún tenía abiertas las heridas de sus pérdidas y esperaba que la distancia, otra gente y la promesa de mejores trabajos para sus hijos fueran un bálsamo que le ayudaran a cicatrizar.

En la estación de Stuttgart, cuando subieron al tren que los llevaría a París –la primera escala de su viaje– Ilse se prometió a sí misma que sus hijos serían felices en Chile.

◆◆◆

En cuanto arribaron a París, tras una larga noche en el tren, le informaron que no seguirían viaje de inmediato a Burdeos, tal como estaba planificado. El barco había sufrido un desperfecto y tendría que ser sometido a una reparación de emergencia. Ese primer traspié la preocupó. La estancia en París sería cara y ella no contaba con recursos para solventarla. Pero le dijeron que los gastos de su estadía serían cubiertos por los organizadores del viaje, y que podría aprovechar de recorrer la capital francesa.

Durante diez días Ilse estuvo encantada de explorar París junto a sus hijos, algo que todos disfrutaron al máximo. La Torre Eiffel, el Arco de Triunfo y la Catedral de Notre Dame dejaron de ser íconos que únicamente conocían de los libros. Como la capital francesa no había sufrido demasiados daños producto de la guerra, pudieron verla en todo su esplendor. Fue un cambio grande para ellos, acostumbrados a los escombros y edificios a medio reparar. Y hacía demasiado tiempo que no tenían vacaciones. Habían olvidado la sensación de tener tiempo libre para ellos. Para Ilse también fue agradable volver a practicar el francés. No lo tenía tan olvidado como creía.

Finalmente, en Burdeos, cuando abordó el carguero francés llamado Formosa junto a sus hijos conoció a las restantes cuatro familias con quienes compartirían el mismo destino: las familias Prenzlau, Plarre, Weidner y von Gersdorff. Algunos con hijos en edades similares a los suyos, por lo que esperaba una travesía agradable para ellos.

El capitán los reunió a todos y les explicó el itinerario, que les tomaría aproximadamente tres semanas. Primero atracarían en el puerto de Vigo, en España, con el objeto de embarcar a trabajadores agrícolas que se dirigían a Argentina para trabajar en la cosecha. El siguiente destino sería Dakar, en Senegal, África. Allí se aprovisionarían con alimentos y agua para el resto del viaje. Posteriormente atracarían en Santos, Brasil, para recoger un cargamento de plátanos, y finalmente llegarían a su destino, el puerto de Buenos Aires. Ilse sabía que allí los estaría esperando su empleador, para trasladarlos a través de las montañas hacia su destino final, en Chile.

Cuando el Formosa levó anclas y encendió sus motores para dirigirse hacia mar abierto, Ilse estaba tranquila. Esos días en París le sirvieron para poner sus sentimientos en orden y terminar de reconciliarse con la idea de abandonar su país, tal vez para siempre. Mientras el viento desordenaba su cabello, se sorprendió al sentir que algo parecido a una sonrisa acudía a sus labios. Se sabía valiente, capaz de hacerle frente a su destino. Aún la embargaba una sensación de profunda tristeza por la pérdida de sus seres queridos y de resentimiento contra quienes no la apoyaron en su país, pero tenía la seguridad interior de que en Chile se les presentaría una nueva oportunidad para ser felices. Lucharía con fuerza para que ello fuera una realidad. Se lo debía a Hermann, a sus padres, a sus hermanos Dora y Kurt, y también a Gerda y Benno que, si bien habían sobrevivido, en el fondo ahora eran muertos en vida. Así se sentía también ella a veces. Pero para sus hijos la vida tenía que ser diferente. Ellos serían los encargados de mantener viva a la familia, de hacerla germinar y crecer al otro lado del Atlántico. Con ese pensamiento se dirigió al interior del Formosa.

Segunda parte: Heinz

CAPÍTULO 1

Un nuevo comienzo en una tierra llamada Chile

Pronto cumpliría 18 años y estaba a punto de iniciar una nueva vida. Constatar este hecho no lo asustaba. Su corta existencia había estado llena de muchos nuevos comienzos. El primero de ellos, cuando dejó su hogar en Sulimen junto con todos los recuerdos de infancia y los compañeros de juego que habían sido parte de su entorno desde que tenía memoria. Luego, el escape desde la casa de sus abuelos en Trankwitz y la odisea que vivió junto a su madre y hermanos hasta llegar a Kronach y luego a Hummendorf, donde intentaron subsistir durante poco más de un año. Un lugar donde siempre sintió que los había discriminado y tratado como delincuentes.

A continuación hizo el esfuerzo de acomodarse a la existencia en casa de la familia Schulz en Unterwittstadt. Le hacía gracia recordar esa época. El señor Schulz había intuido que su carácter inquieto necesitaba un desahogo, por lo que siempre lo mantenía ocupado encargándole tareas de responsabilidad. Algunas de ellas eran muy duras, como picar las rocas para construir un sendero de piedra comunitario entre las distintas parcelas de la zona, pero también le enseñó el valor del trabajo organizado y metódico. Como no tenía hijos varones, Heini sospechaba que le hubiera gustado que algún día se casara con su hija Berta. De hecho, a veces bromeaba con esa idea que, por supuesto, a los dos adolescentes no les hacía ninguna gracia. La abuela de la familia también había sido importante durante esos meses. Se preocupaba de su alimentación y de las tareas escolares. También de que cada noche rezara el rosario junto a toda la familia. A veces le recordaba a su propia Omi, quien, si bien no lo forzaba con las oraciones, sí le hablaba de pasajes de la Biblia que habían calado hondo en su formación durante el año que vivió con ella. Su brutal asesinato lo había afectado profundamente. Al igual que el de Tante Dora. A veces todavía le parecía verla persiguiéndolo en su bicicleta con tres ruedas.

Su siguiente comienzo fue en Mannheim, con su hermano Georg, cuando ingresaron a trabajar en la fundición Lanz. Entre las cosas que había llevado consigo estaba el diploma que lo acreditaba como aprendiz de Lanz entre mayo de 1948 y marzo de 1950.

No sabía si le sería de utilidad en Chile, pero era lo único que tenía para demostrar su formación. Su real educación escolar se había detenido en sexto básico, cuando dejaron Sulimen. El resto no contaba.

Aún recordaba ese viaje en tren junto a Georg. Era dos años mayor que él y tenía una formación escolar superior a la suya. Había estudiado varios años en la academia de Stuhm y luego, en Kronach, había asistido a un Gymnasium. Incluso se notaba en la forma en que se expresaba, sin ese fuerte acento de Masuria. Allí se instalaron en un conjunto habitacional de Caritas, ubicado cerca de la fábrica, en Lindenhofstrasse 5.

Se trataba de un antiguo búnker aéreo ubicado bajo tierra. Su habitación era estrecha. De apenas 4 x 2,5 metros. La había medido con sus pasos. Cabía una litera, dos sillas y una mesa pequeña, y tenían un cajón para guardar sus escasas pertenencias. Recordar la comida aún le

producía un desagrado visceral. Durante el año de hambruna en Hummendorf seguramente le habría parecido un manjar. Pero luego de comer casi todos los días lo mismo, se le había hecho insufrible. Abundaba la sopa de apio y un desayuno en base a huevos que preparaban con un polvo que les enviaban desde Estados Unidos. La alimentación tenía lugar en una edificación de madera, una especie de barraca, donde él y su hermano junto a otros 30 hombres jóvenes, eran atendidos por monjas católicas.

Cuando iniciaron su aprendizaje, la fábrica Lanz estaba destruida en un 80% y las condiciones laborales eran precarias para los jóvenes aprendices. Georg fue asignado a la sección de modelación de madera para confeccionar los moldes que luego se fundían, y él fue enviado directamente a la fundición.

Era un trabajo extremadamente duro, donde se requería fuerza física y un nivel de resistencia difícil para un adolescente que había pasado los últimos años mal nutrido. Pese a las dificultades, encontraba ciertas recompensas, especialmente en el trato que le dispensaba su maestro, el señor Vogel. Lo llenaba de orgullo que lo escogiera para los trabajos delicados. Siempre le decía que su buen pulso era muy útil para las labores que requerían mayor precisión. Heini disfrutaba de las dos tardes semanales de enseñanza teórica, que se realizaba en la misma fábrica como parte de la formación de los aprendices y que, en su opinión, paliaba en cierta medida la carencia de no haber terminado el colegio.

Fuera de la actividad laboral en Lanz, Heini y Georg ayudaban en las acciones de voluntariado impulsadas por Caritas. Todos los sábados y domingos recogían y limpiaban ladrillos que luego eran utilizados para la reconstrucción de la ciudad. Si bien no era una tarea que Heini disfrutara, les pagaban algo de dinero extra por ello. Además, estaba convencido que todos tenían que poner algo de su parte para reconstruir esa ciudad que aún seguía en el suelo.

Como lo que ganaban en la fábrica y lo poco que recibían por la labor voluntaria de los fines de semana apenas les alcanzaba para cubrir sus gastos, uno de sus compañeros los recomendó para trabajar de noche en un club de bowling. Así lo empezaron a hacer, dos noches a la semana, levantando palitroques, desde las 20 hasta las 23 horas. Para Heini era una labor agotadora. A los pocos días ya sabía identificar a los mejores y sufría cada vez que uno de ellos derribaba todas las piezas. Y si no se apuraba en levantar los palitroques, recibía un llamado de atención. Pese a ello, el ambiente que se vivía en el club era agradable y sentía que la diversión había empezado a acercarse a su vida. Aunque fuera a través del trabajo.

Decidió invertir el escaso dinero que lograba ahorrar en darse algunos gustos que le recordaban su antigua vida, donde la música y la cultura siempre habían ocupado un lugar especial. El Teatro Nacional acababa de reabrir sus puertas en Mannheim y los dos hermanos –que compartían la misma afición– disfrutaban yendo a ver las distintas obras cada vez que les era posible. Heini recordaba con especial entusiasmo la obra “Teufels General”, con el reconocido actor Willy Birgel en el rol protagónico. Cuando comentó los detalles de la función con su madre y hermanos, en la siguiente visita a Unterwittstadt, sintió por primera vez que su vida había recuperado algo de normalidad.

Cada vez que podía, también iba al cine. Pero como el dinero escaseaba y el lujo de pagar por diversión se reducía a una vez al mes o cada quince días si lograban algún descuento especial, le gustaba recorrer las localidades vecinas, especialmente Heidelberg, que, pese a su destrucción inicial, ya estaba recuperando su aspecto de antaño. Igual que los parques, jardines y edificios históricos de Mannheim.

En esa época también descubrió otra de sus grandes pasiones, el baile. Uno de los clientes asiduos del club de bowling, un panadero que sentía una especial simpatía por los dos hermanos

que se esforzaban por salir adelante pese a la adversidad, les ofreció inscribirlos en un curso de baile al que asistían sus hijos. De esa forma, además de aprender los pasos del vals, marcha, zamba y el tango nórdico, podrían conocer a otros jóvenes de su edad y desarrollar una mínima vida social.

Para acudir a la academia debían caminar media hora y cruzar el puente sobre el Rhin que separaba Mannheim de la cercana Ludwigshafen. Cuando llegaba la tarde de las clases, ambos hermanos se acicalaban especialmente para la actividad. La noche anterior Heini envolvía uno de los dos pantalones que tenía y lo colocaba cuidadosamente bajo el colchón para que al menos estuviera estirado y pareciera planchado. También guardaba su mejor camisa para lucir presentable ante los jóvenes que sin duda tenían más recursos que ellos.

Mientras Georg, algo mayor, hacía suspirar a algunas de sus compañeras, él se lucía con su sentido del ritmo y excelente ejecución de los pasos de baile, sacando aplausos de los profesores. De esa forma convivieron en forma esporádica con personas de mayores recursos y educación y familias que pese a los estragos de la guerra empezaban a llevar una vida semi normal. También los ayudó a estrechar su vínculo como hermanos. Se apoyaron cuando era necesario y cuando las cosas iban cuesta arriba, en algunas ocasiones también lloraron juntos.

En esa época él ya había tomado la decisión de mirar hacia adelante. No tenía sentido guardar rencor por los hechos del pasado. Era algo que él no podía remediar. Entonces decidió que lo mejor era clausurar una parte de su cerebro y no volver a hablar de determinadas cosas. Si lo hacía, luego no podía conciliar el sueño. Nunca lo habló con sus hermanos, pero fue un acuerdo tácito que adoptaron todos.

***

Heini ya se había adecuado a su precario estilo de vida en Mannheim cuando un día su madre les pidió a él y a su hermano que fueran a verla a Unterwittstadt. Quería compartir un tema importante con ellos.

En cuanto estuvieron todos reunidos, Ilse les habló de la oportunidad de emigrar a Chile. Había leído un aviso en un diario de Stuttgart y quería postular. Se trataba de un ofrecimiento para refugiados de guerra que quisieran trabajar en los campos, algo que todos ellos ya habían hecho en el pasado. A Heini la noticia lo tomó por sorpresa. Si bien su madre ya había mencionado esa idea en el pasado, él no se había percatado que hablaba en serio hasta ese día.

La idea le gustó de inmediato. La vida en Mannheim era dura y no creía que fuera a mejorar demasiado en el futuro. Además, su querida Mutti se había sacrificado en forma indescriptible por ellos. Ella necesitaba que vivieran todos juntos. Y si eso tenía que ocurrir en Chile, bienvenido sea. A él siempre le gustaron las aventuras y América del Sur parecía el lugar apropiado.

El Formosa era un viejo carguero y no contaba con ningún tipo de comodidades. Tenían que dormir entre varios en camarotes estrechos y compartir la cena en un comedor que más bien era una bodega refaccionada, pero no le importaba. El mar lo relajaba. Excepto, claro está, cuando navegaron sobre el Báltico huyendo de los rusos. Pero este viaje era otra cosa. Significaba la promesa de un nuevo comienzo.

Mientras reflexionaba, se le acercó Georg. Con anterioridad a su convivencia en Mannheim, no habían sido tan cercanos. Más bien su compañero de juegos siempre había sido Fritz. Pero ahora compartían una historia en común que los hacía especiales. Georg lo había apoyado en un momento duro para él. En las instalaciones de Caritas en Mannheim se les ofrecía la posibilidad de practicar distintos deportes. Era algo que los responsables promovían para mantener activos y entretenidos a los jóvenes que albergaban. A él se le daba particularmente bien el boxeo. Era

delgado, rápido de piernas y tenía una fuerza impensada en los puños. Disfrutaba de las contiendas, que en general terminaban sin incidentes o con apenas algún ojo morado. Sin embargo, cuando se enfrentó a un contrincante con quien no se llevaba bien, todo cambió.

Heini no recordaba su nombre, pero era una persona que siempre quería marcar las pautas, lo que no iba con su personalidad. Siguiendo un impulso que aún no sabía cómo describir, lo golpeó fuerte y lo noqueó. Cuando lo vio en el suelo no sabía si estaba vivo o muerto. Su hermano lo sacó del lugar y lo tranquilizó. Le aseguró que no había pasado nada. Para Heini fue un shock tan fuerte que dejó el boxeo en forma instantánea. Ya había visto demasiada muerte en su vida.

***

Habían dejado atrás la mayor parte del viaje. Ahora se encontraban en Santos, esperando a que la tripulación terminara los trabajos para partir. Georg y Heini aún se reían a costa de uno de sus compañeros de viaje, el señor Prenzlau, que gastó sus últimas monedas comprando un enorme racimo de plátanos para sus tres hijos. Un verdadero manjar para quienes habían padecido la Alemania de post guerra, como ellos. Lo habían visto llegar muy contento con su reciente adquisición a cuestas, hasta que vio el nuevo cargamento que habían subido a bordo del Formosa. ¡Había que ver su cara cuando se dio cuenta que el barco estaba cargado al tope con plátanos!

La anécdota no dejó de divertirlos hasta que finalmente arribaron a Buenos Aires, el 24 de junio de 1950. A Heini le habría gustado conocer Buenos Aires. Sabía que allí se bailaba el tango y él soñaba con visitar el barrio de la Boca para intentar unos pasos. Pero al parecer no había tiempo. Por lo que alcanzó a entender, debían proseguir viaje ese mismo día. Y, además, tampoco contaba con dinero suficiente.

Antes de desembarcar, Heini escuchó que un señor se acercaba a su madre preguntando por la familia Schwarz. Aparentemente uno de los marineros le habían dado sus señas. Se trataba de un señor de pelo cano, traje impecable y bastón. Se veía muy elegante. Iba acompañado por un hombre algo más joven, alto y de sombrero. Se presentaron como Otto Schöbitz y su yerno Reinhard Kusch. Eran sus nuevos empleadores y viajarían con ellos en la última fase de la travesía, hasta la zona de Llanquihue, en el sur de Chile.

Cuando lo saludaron, Heini les peguntó cuánto duraría el viaje. Seguía siendo el mismo joven inquieto e impaciente de siempre. Bajo la atenta mirada de su madre, le respondieron que se prepararan para una travesía de al menos dos días. Abrió los ojos, incrédulo. Nunca pensó que Buenos Aires quedara tan lejos de Llanquihue. Definitivamente tendría que esperar para bailar tango.

Mientras esperaban la llegada del tren en la imponente estación de Buenos Aires, por la conversación con los dos hombres mayores, Heinz se enteró que el sur de Chile contaba con una importante población de ascendencia alemana, cuyos orígenes se remontaban a mediados del siglo XIX. Según le explicaron, en esa época Chile recién se estaba consolidando como nación independiente y requería contar con población que se asentara en la región que rodeaba al Lago Llanquihue. Durante la Colonia, cuando Chile estaba regido por la corona de España, la guerra de Arauco había impedido el establecimiento de población hispana o europea al sur del Biobío.

Si bien después de la independencia, los límites de Chile se extendían oficialmente hasta el Cabo de Hornos, la realidad era que el control del gobierno central se mantenía hasta el citado río, que actuaba como una frontera natural, con algunos enclaves en Valdivia y Chiloé principalmente. Por lo tanto, el país tenía la necesidad de expandir el territorio habitado y proteger la soberanía de cualquier intento de ocupación desde el exterior. En esa época existía el

riesgo de que naciones extranjeras reclamaran para sí esos extensos territorios que ya estaban siendo conocidos en Europa producto de las expediciones de científicos como Alexander von Humboldt y Charles Darwin, entre otros.

La idea de invitar a colonos alemanes fue del naturalista germano Bernardo Eunom Philippi, quien se la transmitió a las autoridades de la época. La primera ley de colonización se dictó en 1845, y en 1846 empezaron a llegar colonos que fueron ubicados en Río Bueno, La Unión y Valdivia.

En esa época, Alemania estaba atravesando por una grave crisis económica. Mientras la industrialización obligaba a trabajos precarios con bajos sueldos, las malas cosechas significaron hambruna y muerte a causa de la falta de alimento y el cólera. También existía una fuerte disputa religiosa entre católicos y protestantes, que dificultaba la vida diaria. Como última alternativa y con el objeto de buscar un futuro mejor, muchas familias optaron por emigrar a América, especialmente a Estados Unidos, pero también a Brasil, Argentina y Chile.

En 1852, cuando los colonos ya habían ocupado todas las tierras disponibles en las cercanías de las antiguas fortificaciones de Corral en Valdivia, el entonces agente de colonización Vicente Pérez Rosales contrató navíos para trasladar a los colonos a Melipulli (que luego fue rebautizado como Puerto Montt, en honor al presidente de la época), para dar inicio a la colonización de la zona aledaña a la laguna de Llanquihue. Los colonos recibieron chacras que medían 60 cuadras (aproximadamente 92 hectáreas), ubicadas en medio de un espeso bosque que luego y a punta de muchísimo esfuerzo fueron transformadas en próspero terreno agrícola.

Según le contaron sus nuevos empleadores, entre esos colonos se encontraban sus propios antepasados. Eduard Schöbitz, original de Silesia, fue recibido como colono de Llanquihue en mayo de 1855 junto a su segunda esposa y cinco hijos de su primer matrimonio. Se le entregó la chacra N° 6 en el sector llamado Desagüe, en el nacimiento del Río Maullín (hoy la ciudad de Llanquihue). Por su parte, August Kusch arribó a Puerto Montt en el barco Wandrahm en febrero de 1872, junto a su mujer y cuatro hijos, el último nacido durante la travesía. Oriundo de Pomerania, le fue otorgada la chacra N° 74 en Quilanto, cerca de Puerto Octay.

A Heinz lo tranquilizó saber que se dirigían a una zona en que al menos algunas personas hablaban su idioma. Si bien su madre le había dicho que el español era parecido al francés y que ella podría entenderlo, él lo ponía en duda.

El viaje en tren se le hizo eterno. Un día y una noche a través de la pampa argentina. Mientras sus empleadores viajaban en primera clase, su familia lo hizo en tercera. No les hacía recriminaciones. Era normal que fuera así, pero los bancos de madera eran duros y hacía mucho frío. Pronto entabló conversación con sus improvisados compañeros de viaje. No entendía una palabra de lo que decían, pero por gestos comprendió que se trataba de familias campesinas que regresaban a sus hogares luego de trabajar una temporada en la capital. Le dieron a probar el mate. En un principio el sabor le pareció extraño. Demasiado amargo. Pero luego lo aceptó gustoso, al menos estaba caliente. Pronto su madre y sus hermanos también se incorporaron a la animada charla.

En la noche la temperatura descendió muchísimo, tanto que casi le recordó a Prusia y esa otra travesía que habían hecho hace cinco años. Pero esta vez sería distinto. De pronto, Heini vio que se abría la puerta del carro y Otto Schöbitz, el señor de cabello blanco y bastón, apareció con una frazada para cada uno, que recibieron con alivio y agradecimiento.

***

Heini ya estaba desesperado cuando al día siguiente el tren hizo su ingreso a la estación de Bariloche, una pequeña ciudad de montaña en medio de los Andes. Necesitaba bajar y caminar

unos momentos. Cuando descendió, el aire frío le llenó los pulmones y lo tranquilizó. La vista de los cerros nevados era imponente y al menos el aroma de la tierra húmeda se parecía al de la lejana Prusia.

Desde allí siguieron rumbo a la frontera con Chile alternando bus y barco, para cruzar finalmente a través de un lago. A Heini le gustó como sonó el nombre: lago Todos los Santos. Y también su significado en alemán.

Cuando por fin descendieron, en un lugar llamado Petrohué -que nadie supo cómo traducirle, pues al parecer era un término indígena-, vio que los esperaba un camión. Junto a su madre y sus hermanos se acomodó en la parte trasera, que afortunadamente estaba cubierta por una lona que los protegería del frío.

Ya entrada la noche, por fin llegaron al pueblo de Llanquihue. Le impresionó el tamaño de la vivienda de Otto Schöbitz. Era majestuosa, tenía dos pisos y una cúpula con forma de cebolla. Y lo mejor era que había espacio para todos ellos en esa casa. Al día siguiente, durante el desayuno, con pan y mantequilla hechos en casa, le dijeron que él había pasado a ser el habitante número 683 de esa localidad donde más del 90% de las familias hablaban alemán. No estaba seguro de que fuera cierto, pero le gustó la idea. Le daba sentido de pertenencia.

Luego de permanecer dos días y una noche en Llanquihue, el 30 de junio él y su familia llegaron a su destino final. Por su madre, Heini sabía que tenían un contrato de dos años para trabajar como obreros agrícolas en uno de los campos de Otto Schöbitz ubicado en una zona llamada Calabozo. Según le contarían después, el lugar recibía ese pintoresco nombre debido a que en el sector confluían dos ríos que formaban una verdadera prisión para los animales, que se veían impedidos de escapar.

***

La primera persona que Heini conoció al llegar fue Carlos Bollinger, el mismo que había gestionado desde la distancia el contrato para su familia en Stuttgart. Era otro de los yernos de Otto Schöbitz y vivía allí junto a su mujer, Selma, y sus dos hijos pequeños, Helmut y Hans.

Según le contaría más adelante, él había emigrado de Alemania siendo muy joven por diferencias de opinión con su familia. Primero se había asentado en Buenos Aires y luego, cuando conoció durante un viaje en tren a la que después sería su mujer, el destino lo llevó a Llanquihue y luego, a Calabozo. Nunca había sido agricultor, pero decidió aprender.

En un principio el señor Bollinger le pareció una persona severa y demasiado seria. No sabía si su carácter iba a congeniar con el suyo. Pero después, cuando lo conoció mejor, llegó a considerarlo como una figura paterna a quien recurrir cuando necesitaba un consejo. Entonces lo llamaría Onkel Karl.

Cuando vio la casa en que vivirían, Heini miró a su madre y vio la decepción en sus ojos. Ella esperaba algo mejor. La vivienda era de madera, muy modesta, sin electricidad ni agua corriente. Tendrían que recurrir a un pozo y también hacer uso de una letrina exterior para ir al baño. Él le dijo que no se preocupara, que ellos estaban bien, y que estarían todos juntos. Eso era lo único importante. Sus hermanos también estuvieron de acuerdo.

Heinz conoció a sus vecinos, la familia Brintrup, cuatro días después de llegar cuando debió conseguir un bombín para reparar una rueda que se había desinflado. Le abrió la puerta un adolescente que no hablaba alemán. Pero como él era un hombre de recursos, hizo uso del lenguaje universal de señas y de la mímica para darse a entender. Después de algunos minutos el joven pareció comprender, pero prefirió llamar a su abuela para asegurarse. Pronto hizo su aparición una señora de edad acompañada por las dos hijas de la familia, para conocer a uno de los alemanes que habían llegado al campo de sus vecinos. Todas estallaron en carcajadas al ver la

mímica con que el joven moreno de chispeantes ojos azules intentaba hacerse comprender. Desde entonces, los integrantes de la familia Brintrup pasaron a ser sus nuevos amigos en Chile.

El comienzo fue difícil. No dominaba el idioma y el país y su idiosincrasia le eran ajenos. Al menos conocían el trabajo, pues todo lo que habían aprendido en Unterwittstadt, repartidos entre distintos agricultores, era algo que podían aplicar ahora. Entre muchas otras labores, tuvo que ordeñar las vacas, preocuparse de la crianza de los terneros, alimentar a los cerdos, sembrar papas, trabajar en la cosecha y confeccionar mantequilla para la venta. En esa época todo se hacía a mano, sin maquinaria. Si faltaba algo en la casa, él o sus hermanos tenían que recorrer los 8 kilómetros que los separaban del pueblo más cercano, Nueva Braunau. Se trataba de una pequeña localidad, fundada por colonos austríacos en 1875 y bautizada con el nombre de su ciudad natal.

Heini se esforzó por aprender rápidamente la lengua nativa del país, el español, y después de algunos meses ya lograba comunicarse en forma rudimentaria. Comenzó con las palabras de uso diario, entre ellas el nombre de los animales, las herramientas y los alimentos, pero como era una persona sociable, le urgía hacerse entender, aunque su acento sonara fatal. Eso es algo que nunca pudo mejorar demasiado. Para gracia de sus vecinos y amigos, pronto aprendió a intercalar palabras que él denominaba "chilenismos" con bastante soltura.

Reconoce que en su pronta ambientación también ayudó la histórica simpatía de los chilenos hacia los alemanes. En esa época prácticamente en cada pueblo existía un colegio y un Club Alemán y en las iglesias luteranas las misas se oficiaban en alemán. Por eso hasta el día de hoy se mantienen el idioma y las costumbres entre familias que durante generaciones han permanecido en esa tierra.

Como eran esforzados y trabajaban duro, las condiciones de vida de su familia pronto empezaron a mejorar. A Heinz le producía orgullo comprobar que eran bien recibidos en todos lados. En su opinión, el lugar al que habían llegado, a 1.000 kilómetros de distancia de la capital Santiago, a orillas del lago Llanquihue, ofrecía un entorno precioso. El clima también era agradable. En comparación con Prusia, no hacía mucho frío y tampoco demasiado calor. Y lo mejor era que en los meses de invierno no volvieron a tener nieve en la puerta de la casa.

Una vez cumplido el plazo de dos años que se habían comprometido contractualmente a permanecer en Calabozo, Heinz vio cómo su familia volvió a separarse. Pero esta vez se trataba de una separación natural, no forzada.

Él y sus hermanos habían crecido y estaban preparados para iniciar su propia vida. Su hermana Eva fue a vivir con la familia de Reinhard Kusch. Allí apoyaría en las labores del hogar. Por su parte Fritz, el hermano que lo seguía en edad, se mantuvo trabajando con la familia de Otto Schöbitz, ahora en Llanquihue. Su hermano Horst, que había crecido hasta alcanzar los dos metros y a quien todos apodaban "Álamo Huacho", se trasladó a Collipulli; el pastor Schünemann de la Iglesia Luterana de Llanquihue lo ayudó a encontrar una ocupación como dependiente en un almacén de abarrotes en esa localidad. Hans, el menor, finalizó el colegio en Llanquihue y luego se mudó a Punta Arenas, donde trabajó en un negocio de fotografía llamado Forrestier. Su hermano Georg, con quien seguía siendo muy cercano, tomó una decisión más radical y partió al norte. Se empleó como profesor ayudante en el Colegio Alemán de Villa Alemana. Heinz sabía que siempre le había gustado trabajar con niños y la oportunidad de probarse como docente le pareció atractiva. Lo echaría de menos, pero comprendió sus motivaciones.

Heinz aprovechó la formación que había recibido en Alemania y su conocimiento de mecánica, trabajando en distintos talleres en Puerto Varas. Al principio recordaba a menudo a su

abuelo. Cuando vivió con él en Trankwitz descubrió con sorpresa que en el garaje tenía guardado un auto viejo que ya no funcionaba. Su querido abuelo, detectando que se le daba bien el trabajo mecánico y que lo mantenía entretenido por horas sin aburrirlo, le dio permiso para armarlo y desarmarlo cuantas veces quisiera. Era algo que hacía a menudo con Anton, un empleado polaco de sus abuelos. Ahora, cuando nuevamente se veía enfrentado a ese trabajo, esta vez como un medio para ganarse el pan, sintió una oleada de cariño y agradecimiento por ese entrañable viejo que había sido su abuelo. Las piezas eran distintas, pero el orden, la precisión y la creatividad para resolver problemas seguían siendo los ingredientes principales para transformarse en un mecánico meticuloso y apreciado.

Primero se desempeñó en el taller de Jorge Droppelmann, representante de Chevrolet en Puerto Varas. Luego se trasladó al taller Schube y Bögel, junto a August Bögel, marino del vapor Dresden, con quien disfrutaba compartiendo sus anécdotas en el mar. Posteriormente pasó una temporada en el taller y tornería de Hans Möller en Puerto Chico, confeccionando carretas y cajones para camiones. Su hermana Eva y uno de los hijos del dueño, Walter Möller se habían enamorado y planeaban casarse. Tanto él como Fritz trabajaron allí una temporada.

Como Heini era una persona inquieta y disfrutaba explorando distintos temas relacionados con mecánica, pronto ingresó a Saavedra Benard, especializándose en reparación y venta de maquinaria agrícola. Esa empresa tenía la representación de equipos de procedencia norteamericana, especialmente tractores, enfardadoras, trilladoras y automotrices. Las piezas llegaban en grandes contenedores y su labor consistía en armar las maquinarias y entregarlas funcionando. Disfrutaba especialmente participando en ferias agrícolas, promoviendo y explicando el funcionamiento de las distintas máquinas.

Sus cualidades como mecánico y buen vendedor llamaron la atención de Walter Schelenz, que se dedicaba a la compra y venta de maquinaria usada. También tenía la representación de Ferrostaal en Chile, que le permitió conocer en detalle el funcionamiento de las marcas europeas. Heini era un perfeccionista, meticuloso en extremo y puntual en sus compromisos. Todas cualidades que su nuevo empleador valoraba en él. Pronto pasó a tener la responsabilidad de atender el mercado de venta de maquinarias desde Chillán a la Isla de Chiloé.

Tras relacionarse con distintos empleadores, de quienes siempre aprendió algo, este último trabajo parecía hecho a su medida, pues a sus capacidades como mecánico especializado, añadía una nueva faceta, la de jefe de ventas. Disfrutaba especialmente los viajes a Chiloé, donde los clientes lo invitaban a compartir con ellos sus comidas tradicionales y a tomar la once al estilo chilote. Recorría hasta 300 kilómetros diarios y en un día llegó a vender una enfardadora, un tractor y dos automotrices.

En esa época vivió en pensiones de familias alemanas junto a su tío Benno Albrecht, el hermano menor de su madre que los siguió a Chile en 1952. Heini sentía lástima por su tío. Por más que se esforzaba, nunca llegó a encajar bien. Le fue difícil iniciar una nueva vida en Chile; trataba de encontrar ocupaciones relacionadas con la música, su verdadera pasión, pero la oferta no era abundante en el sur de Chile de aquella época. En un comienzo se empleó como profesor en el Colegio Alemán de Llanquihue y fue uno de los fundadores del Club Gimnástico Alemán. También dirigió el coro mixto de Llanquihue y el coro de hombres de Puerto Varas.

Heini vivió de cerca el dolor de Benno cuando le informaron que su hermana Gerda fue liberada de prisión rusa sólo algunos meses después de su partida. Lamentó no haber esperado un poco más. Como compartían el mismo techo, fue testigo del nutrido intercambio epistolar de ambos hermanos que daba cuenta de una relación muy cercana y del ansia de la otrora alcaldesa de Trankwitz por volver a ver a su familia. No obstante -según dejaba constancia en las cartas

que su tío le leía en ocasiones-, su salud debilitada le impedía viajar a Chile y además en Alemania recibía una pensión que le permitía sobrevivir en forma sencilla, pero sin pasar penurias económicas.

Como Heini había conocido de cerca a su tía cuando vivió con ella y sus abuelos en Trankwitz, la recordaba como una mujer fuerte e independiente. No se hacía a la idea de la persona frágil y enfermiza que le describía su tío. Según supo más adelante, durante los pocos años que alcanzó a vivir luego de su liberación, Gerda se dedicó a viajar por Alemania y disfrutar de la compañía de algunas amistades con las que se reencontró y con otras nuevas que, de alguna forma, se transformaron en su nueva familia, hasta que falleció a comienzos de 1958. En sus cartas, que Heini se negó durante mucho tiempo a leer por los duros recuerdos que le traían, se distingue su personalidad culta, sensible y apegada a la vida, que intentaba capturar todo lo bueno que ésta le ofrecía, luego de tantos años de dolor y tortura.

Para Heini fue muy triste ver a su madre y a su tío sentir culpa por no haber estado en Alemania para acoger a su hermana luego de su liberación. Presenció su desesperación por conseguir recursos, pero en esa época los pasajes de avión eran demasiado caros e imposibles de solventar para ellos. Llevaban poco tiempo en Chile y no contaban con ahorros. Él tampoco podía hacer nada para ayudarlos. El sueldo que ganaba apenas alcanzaba para cubrir sus gastos.

En un último intento, acompañó a su madre y a su tío a la estación de ferrocarriles de Puerto Varas. Viajarían a Santiago y recurrirían a la Embajada Alemana para suplicar por apoyo. Era la única esperanza que les quedaba. Gerda les había escrito contándoles de su enfermedad y de sus tratamientos en distintos centros médicos. Les pedía que la fueran a ver, para verlos y abrazarlos una última vez.

Sin embargo, no tuvieron suerte. Ambos regresaron tristes y derrotados a los pocos días. Según le contó su madre después, la respuesta de las autoridades fue negativa, pese a que ella y Benno les garantizaron que después devolverían el préstamo. Hacía tiempo que no veía a su madre tan enojada. Cuando recibió la carta de una amiga de su tía, comunicándole el inminente fallecimiento de su hermana, Heini sintió que su madre volvía a ser la mujer derrotada que habían dejado atrás.

CAPÍTULO 2

Romance por partida doble

En pocos años Chile ya se había convertido en la segunda patria de los hermanos Schwarz. El trágico destino que los llevó al sur del país, así como su sentido del humor, el gusto por la música y la disposición a ser siempre los primeros en iniciar los bailes en los malones que se organizaban entre la juventud de la época los hacían muy atractivos para su nuevo entorno. Heini se dio cuenta que él y sus hermanos significaban una renovación, una especie de "sangre nueva" para la sociedad chileno-alemana de la época, que durante años había mantenido un comportamiento endogámico en sus relaciones.

El atractivo de ser un "alemán importado", joven, apuesto y siempre dispuesto a cantar, bailar y tocar el acordeón lo convirtieron en el centro de atención en todas las fiestas. Y él disfrutaba de su éxito. Sabía que las mujeres hacían fila para bailar con él. A diferencia de los otros jóvenes de la zona, él dominaba con maestría los distintos ritmos. Al repertorio que traía de sus clases de baile en Mannheim había sumado el foxtrot, el twist y el rock and roll. Había al menos dos o tres admiradoras que le dedicaban canciones a través de la radio de Puerto Varas que escuchaba mientras trabajaba. Como todavía no había aparecido ninguna que le interesara lo suficiente como para abandonar su soltería, Heini era atento y afectuoso con todas.

A su éxito social contribuían también los modales que le había inculcado Tante Dora durante el año que vivió en Trankwitz. Él reconocía que, más que su madre, había sido ella quien influyó mayormente en su formación. Para él era imposible saludar a alguien con las manos en los bolsillos, dejar de abrirle la puerta a una mujer o retirar la silla para que se sentara. Otra de sus obsesiones era limpiarse con esmero las uñas antes de salir, fundamental para alguien que trabajaba con fierros y grasa. Eran cosas que Tante Dora le había marcado a fuego. Y ahora se lo agradecía. Eran parte de su atractivo.

En su día a día el trabajo ocupaba un espacio relevante. Sabía que tenía que trabajar duro para surgir. En los distintos talleres que recorrió siempre destacó como un empleado correcto, creativo y con gran iniciativa. Sus distintos jefes le decían que tenía un sexto sentido para resolver los problemas. Pero él sabía que su secreto radicaba en ser ordenado, metódico y exigente consigo mismo. Simplemente era el amor por el trabajo bien hecho, se decía. Tal como le había inculcado siempre su abuelo.

Los fines de semana los dedicaba a organizar paseos y malones, disfrutando de una vida social intensa, aunque siempre tenía tiempo para su madre, con quien estrechó su relación durante esos primeros años en Chile. Incluso vivió con ella y Onkel Benno durante un tiempo en Puerto Varas, hasta que ella se fue a vivir con Eva cuando su hermana se casó. A los hermanos que más veía en esa época eran Eva y Fritz, que también formaban parte de ese grupo de amigos con los que salía los fines de semana.

Por esos años se incorporó a la Compañía de Bomberos de Puerto Varas, donde se mantuvo

activo por espacio de seis años. También participó en el directorio del Club Alemán, que se transformó en el principal punto de encuentro de las personas de origen germano en esos años. Matrimonios, cumpleaños, fiestas temáticas, torneos de naipes se sucedían en sus salones, donde él era un invitado asiduo.

Había cumplido la promesa que se había hecho en Alemania durante los duros años de su adolescencia. Siempre miraría hacia adelante. Llevaba a sus muertos en el corazón. Pero los mantenía ocultos detrás de una barrera para poder tener una vida plena, sin odio ni resentimiento. No tenía sentido dejarlos salir. Sus abuelos y Tante Dora estaban oficialmente muertos. Y si bien nunca supo qué había ocurrido con su padre, tanto su madre como él mismo tenían el convencimiento de que había fallecido. Era imposible que estuviera vivo sin enviarles alguna señal. Seguro había guardado su última bala para él.

También había desarrollado una relación cercana con los empleadores que trajeron a su familia a Chile. Nunca se sintió tratado como uno más. Por el contrario, cuando él y sus hermanos demostraron que eran personas honestas y trabajadores esforzados, pasaron a ser parte de la familia extendida. Así, Heini siempre mantuvo la relación con los Schöbitz y también con los hijos de Reinhard Kusch. Aunque eran menores que él, solía encontrárselos con frecuencia en actividades familiares y sociales.

En algún momento, no recordaba bien cuándo con exactitud, empezó a mirar con mayor detalle a una de las hijas. A Renate. Si bien Helga era mayor, a él siempre le llamó la atención la seriedad de la hija del medio. Cuando niña era rellenita, con mejillas sonrosadas y la mirada inteligente. Todos decían que era la mejor alumna de su curso en Osorno y tremendamente estudiosa. Eso a él también le gustaba. Se podía hablar con ella de distintos temas. También de historia, de actualidad y sobre lo que le había ocurrido a su familia. Se sentía en confianza.

Se fijó que a los 12 años había empezado a desarrollar una linda figura, y a los 14 y medio se dio cuenta que ya la empezaba a mirar de otra manera. Y cuando cumplió los 16, definitivamente decidió que estaba dispuesto a dejar su soltería por ella. Le encantaba estar con Renate. Se había convertido en una joven bonita, algo retraída y aguda en sus comentarios.

Siguieron encontrándose en distintas fiestas y reuniones. Heinz siempre se mostraba atento con ella. Además, a Renate también le gustaba bailar. Otro punto a su favor. Había tomado clases en la academia de Umi Garay en Osorno, lo que le permitía seguir su ritmo incansable con singular gracia. Se le empezó a meter en la cabeza y finalmente, aprovechó la fiesta de celebración del cumpleaños de una prima de Renate, Kristel Winkler, para declararse. El verano estaba llegando a su fin y si quería iniciar una relación con ella, tenía que hacerlo ahora, antes de que regresara a Osorno, al colegio. Ella contaba con apenas 16 años y él con 25.

Según le confesó Renate, hacía tiempo que ella se había fijado en él. Con su ágil figura y su mirada soñadora la tenía deslumbrada, pero nunca creyó que tendría una oportunidad frente a otras mujeres que siempre lo rondaban. No pensó que se interesaría en ella; con nueve años menos, estaba segura que la vería como una niña que aún iba al colegio. Después de esa fiesta formalizaron la relación y se transformaron en una de las parejas más estables de su entorno cercano.

Mientras ella seguía yendo al colegio en Osorno, donde vivía durante la semana en una pensión junto a su mejor amiga, Ursula Rausch, él intentaba labrarse un destino como mecánico especializado en maquinaria agrícola. Si algún día quería casarse con Renate, que provenía de una familia acomodada, tenía que ser capaz de ofrecerle un buen porvenir. Estaba dispuesto a trabajar muy duro para conseguirlo.

En el intertanto, su hermana Eva se casó con Walter Möller. La fiesta tuvo lugar en la casa de

Reinhard Kusch, con la presencia de toda la familia extendida. Sus hermanos viajaron desde los distintos puntos del país en que se encontraban. Georg desde Viña del Mar y Hans, desde Punta Arenas. Fue una linda fiesta y su madre estaba feliz. Se llevaba muy bien con su flamante yerno. Era un hombre amable, cariñoso y adoraba a su hija. Justo lo que ella necesitaba para curar todas las heridas que aún no cicatrizaban. Heinz sabía que a su hermana siempre le costó más que a él olvidar y perdonar lo que habían sufrido en Prusia y luego en el sur de Alemania. Además, su familia era propietaria de la tornería Möller y gozaba de estabilidad económica. Pronto su madre se iría a vivir con ella.

Al poco tiempo su hermano Georg le informó que había conocido a la mujer de sus sueños y que había decidido casarse con ella. Tras permanecer durante un año y medio en Villa Alemana como profesor ayudante, había ingresado a trabajar al Hotel O´Higgins en Viña del Mar. Según le contó, en esa época conoció a Doris Cornils, descendiente del reconocido médico y naturalista alemán Francisco Fonck, y pronto empezaron a salir. Primero como amigos y luego como pololos. También le confidenció a su hermano que cuando la familia que administraba el O ´Higgins adquirió un establecimiento en Asunción y le ofreció ser parte del equipo de instalación, no lo pensó demasiado. Decidió quedarse en Chile. Este era su nuevo país y quería iniciar una familia con Doris.

Heinz viajó a Viña al matrimonio de su hermano. Nuevamente se reunieron todos y su madre estaba contenta. Otro de sus hijos había formado una familia y había creado raíces en su nuevo país. Georg le contó que trabajaría en la fábrica de parquet, puertas y ventanas de su suegro, Owe Cornils, en Quilpué. Heinz sabía que con su inteligencia y capacidad de trabajo no tardaría en convertirse en su brazo derecho y en el motor de esa empresa.

Con Eva casada y Georg asentado en Quilpué, Heinz se dio cuenta que su madre había empezado a preocuparse por sus dos hijos menores. Mientras él y Fritz tenían trabajos estables en Puerto Varas y se habían introducido muy bien en la sociedad portovarina, Horst y Hans aún no encontraban su espacio. El menor de sus hermanos ya se había trasladado a Valparaíso. Georg lo había ayudado a encontrar un trabajo en la industria Radiolina y Perlina que operaba en El Salto, confeccionando detergentes, jabones y otros artículos de limpieza para el hogar. Heinz conocía a su madre y sabía que no le gustaba que Hans estuviera solo allá. Al parecer, su experiencia en Punta Arenas no había sido buena y ella no quería que se volviera a repetir.

Por eso Ilse decidió trasladarse también a Viña del Mar. Se instaló en el sector de El Salto con Hans y también con Horst, que optó por seguirla y probar suerte en el norte. La felicidad de sus hijos era lo más importante para ella, quien vivía para verlos crecer y desarrollarse como personas de bien. Sabía que echaría de menos a sus nietos, los tres hijos pequeños de Eva, pero Heinz la alentó a partir. Allá tendría a Georg, que la ayudaría si algo le faltaba. Y también a los dos nietos que ya tenía en Quilpué.

La vida pronto traería otro cambio para Heinz. Su polola Renate estaba terminando el colegio. Siempre había sido una estudiante aventajada, la mejor de su curso durante todos sus años de colegio, y tenía la aspiración de ir a la universidad. Él no tenía intención de coartar sus sueños. Por el contrario, la alentaba a elegir una carrera que le gustara, aunque ella no manifestaba una vocación clara. Por sus notas y el buen resultado en el bachillerato podría haberse inclinado por Medicina, pero finalmente se decantó por Pedagogía en Biología.

Como ya habían hablado de matrimonio en más de una oportunidad, ella le dijo que esa carrera le permitiría tener más vacaciones cuando llegaran los hijos. Además, le gustaba la biología. Era uno de sus ramos favoritos.

En esa época la hermana de Renate, Helga, se encontraba finalizando sus estudios como

enfermera matrona en Santiago.

◆◆◆

A comienzos del año 1960 Heinz vio partir a su novia. La echaría mucho de menos. El viaje en tren a Santiago duraba casi 20 horas y para él sería difícil ir a visitarla. Al menos parte de su familia estaría cerca de Renate. No era tanta la distancia que separaba la capital de Viña del Mar.

Por las cartas que le escribía, él sabía que Renate tuvo un buen comienzo en la universidad mientras se acostumbraba a vivir en Santiago. Al principio se alojó en una pensión en el barrio de Pío Nono y luego se trasladó a la comuna de Macul, más cerca del Pedagógico. Con su mala letra, él contestaba a cada una de sus cartas y le contaba las escasas novedades de Llanquihue y Puerto Varas. La vida era aburrida sin ella.

Se preocupó mucho cuando a los pocos meses Renate enfermó seriamente de tifus. Por los padres de ella supo que estuvo varios días hospitalizada en la Clínica Alemana, entonces ubicada en Recoleta. Se alegró cuando finalmente la dieron de alta y ella decidió pasar su convalecencia en Viña del Mar, en casa de su futura suegra. Heinz sabía que su madre la cuidaría bien. Para él era imposible viajar. No podía ausentarse de su trabajo. Estaba haciendo una gran carrera con Walter Schelenz y ahorrando para el futuro.

Sin embargo, no todo resultó como los médicos esperaban. Cuando Renate lo llamó por teléfono para decirle que la fiebre le había vuelto a subir, supo que había tenido una recaída. Con la salud nuevamente deteriorada, ella le dijo que regresaría a Llanquihue. No tenía sentido seguir en Viña del Mar o en Santiago, cuando podía recuperarse entre los suyos en el sur.

Él estuvo de acuerdo. Si bien los padres de Renate estaban de viaje en Alemania, junto a su abuelo Otto Schöbitz, allá la aguardaban su abuela, sus tíos y, por supuesto, también estaría él para acompañarla. Le preocupaba que se embarcara sola y con fiebre en la Estación Central, pero no había otra opción.

Era el 21 de mayo de 1960. Al día siguiente, cuando la fue a ver a Llanquihue, Heinz supo que el viaje en tren había sido bastante “movido”. Ella no se alcanzó a dar cuenta, por causa de la fiebre, pero cerca de Concepción los había sorprendido nada menos que un terremoto. Previa revisión de las vías, especialmente antes de cruzar el viaducto del Malleco, el maquinista continuó el trayecto hasta el final.

Heinz se aseguró que Renate hubiera llegado bien, y luego de una corta visita, la dejó tranquila en su casa para que descansara. Por su condición tenía orden médica de guardar estricto reposo. Estaba en compañía de una pareja de amigos recién casados, Hanna y Armin, a quienes los padres de Renate habían pedido que cuidaran la casa durante los meses que planeaban permanecer en Alemania. Heinz conocía bien a Hanna. Era una de las hijas de la familia Prenzlau, que había viajado con ellos en el carguero Formosa desde Alemania. Era una mujer trabajadora y honrada que cuidaría bien a Renate. Le dijo que se fuera tranquilo, que ella se encargaría de mantenerla en cama.

◆◆◆

Heinz y Onkel Benno estaban invitados a almorzar a la casa de la familia Prenzlau, los padres de Hanna. Ellos vivían en un campo ubicado en la zona de Fresia. La señora Prenzlau era una excelente cocinera y había preparado un plato típico de albóndigas al estilo de Prusia Oriental con chucrut. Todos la felicitaron y decidieron salir a caminar por el campo. Si bien estaban en mayo, el sol iluminaba la tarde.

De pronto, Heinz sintió un estruendo que provenía del centro de la tierra. El suelo comenzó a

temblar muy fuerte. Era imposible mantenerse en pie. A lo lejos veía cómo la tierra se recogía en ondas que parecían olas en el mar. Sólo que esta vez el mar era una carpeta verde de pasto que no cesaba de moverse. El agua del estero vecino saltó por los aires, formando columnas de cuatro a cinco metros de altura. Todos gritaban. Era como si el mundo se fuera a acabar. Cuando alcanzaron la casa, vieron perplejos cómo la estufa se encontraba en el exterior, a diez metros de la vivienda. Había atravesado la pared con el fuego ardiendo en su interior.

Heinz y su tío decidieron partir de inmediato a Llanquihue, para asegurarse que Renate estuviera bien. Los 30 kilómetros que tuvieron que recorrer se le hicieron eternos. En el camino sólo vieron destrucción. Se toparon con árboles caídos, puentes cortados y casas y establos en el suelo. Cuando finalmente llegaron a su destino, él respiró aliviado. La casa Kusch estaba en perfecto estado. Como se trataba de una construcción sólida, una de las pocas casas de cemento de la zona, no le pasó absolutamente nada.

Estaban todos muy asustados, pero nadie había resultado herido. Renate le relató que durante el terremoto no pudo levantarse y que veía con angustia que un enorme armario se le venía encima. Estaba segura que no tendría escapatoria y que moriría aplastada. Después supieron que ese 22 de mayo de 1960, a las 15:11 horas, se había producido el mayor terremoto registrado en la historia, alcanzando los 9,5 grados Richter.

Cuando por fin logró llegar con su tío Benno a Puerto Varas, a la casa de la pensión que compartían, dieron gracias de no haber estado allí durante el terremoto. La vivienda de madera estaba completamente destruida, el primer piso había desaparecido por completo. Desde la acera pudieron ingresar a la habitación que compartían, y que originalmente estaba ubicada en el segundo piso, para ver el desastre. La chimenea se había desplomado hacia el interior de la casa, arrastrando todo a su paso. Esa noche tomaron una habitación en el Hotel Bellavista, que no había sufrido daños de consideración.

Durante las jornadas siguientes le tocó ayudar y compartir con familias que lo habían perdido todo. Pero al menos no había muertes que lamentar, a diferencia de otras zonas donde el agua había arrasado con todo a su paso, matando a animales y familias completas. Heini daba gracias a Dios. Si el Señor quería enviar una señal potente como este terremoto, había escogido la hora y el día oportunos. Un domingo a las 15:11 horas. Cuando las vacas aún se encontraban en las praderas y no había nadie trabajando en los establos. Los edificios y los caminos se podían reparar. La pérdida de una vida no. Bien lo sabía él.

La casa de su hermana Eva también estaba en el suelo. Afortunadamente ella y su familia resultaron ilesos, aunque estaban muy asustados. Mientras su cuñado reconstruía el hogar y la fábrica de su propiedad, Eva decidió partir a Viña del Mar a casa de su madre junto a los niños. Como los caminos estarían cortados durante algún tiempo, tuvo que viajar en avión.

Después de haber sobrevivido a una experiencia tan límite, Heinz no quería separarse de Renate. Se alegró cuando ella le dijo que no regresaría a Santiago ese año. No tenía sentido, ya había faltado mucho a clases y de seguro perdería el semestre.

◆◆◆

Mientras el sur del país intentaba recuperarse del trauma del terremoto, Heinz –a la sazón de 28 años– continuaba trabajando con Walter Schelenz. Tenía nuevos proyectos y estaba ilusionado con las condiciones que habían pactado para el futuro. Heinz se mantendría ligado a Schelenz, pero con un taller de su propiedad que le prestaría servicios externos a su actual empleador. Ambos estaban de acuerdo en esa idea y sólo faltaba ultimar algunos detalles para que Heinz iniciara su etapa como profesional independiente. Los últimos acontecimientos le

habían recordado la fragilidad de la vida y estaba decidido a casarse con Renate cuanto antes.

Mientras hacía planes para el futuro, tuvo que acompañar a un grupo de especialistas de Ferrostaal que viajó desde Alemania para reparar varias maquinarias que habían resultado dañadas como consecuencia del terremoto. Como Heinz conocía mejor que nadie el funcionamiento de esas máquinas en el sur de Chile, los guió en sus inspecciones y colaboró en las tareas de reparación.

Producto de lo anterior y de su capacidad para innovar y resolver problemas, surgió un ofrecimiento de Ferrostaal para que viajara a Alemania a realizar una pasantía de ocho meses en las fábricas de las marcas que representaban. El objetivo era que se interiorizara sobre cómo funcionaban las diferentes maquinarias en el año agrícola alemán y propusiera oportunidades de mejora, de acuerdo a la experiencia que tenía del uso intensivo que le daban en Chile. En Ferrostaal habían descubierto algunas falencias con respecto a las marcas norteamericanas, sus competidores directos, que querían resolver. Heinz les había dicho que, debido a su uso intensivo, las fallas que se presentaban en Alemania al décimo año de funcionamiento, en Chile ya aparecían durante los primeros doce meses. Con su conocimiento podría proponer modificaciones, especialmente en enfardadoras, automotrices y sembradoras. Estaba muy entusiasmado. Sabía que era una experiencia única que sin duda le ayudaría mucho en el proyecto que tenía entre manos con Walter Schelenz. Decidió aceptar, pese a tener que separarse nuevamente de Renate.

Antes de viajar, el 23 de febrero de 1961, se comprometió oficialmente con Renate Kusch, en una ceremonia en casa de sus futuros suegros. A su regreso se casarían. Acordó con ella que mientras estuviera en Alemania, Renate regresaría a Santiago y tomaría algunos cursos cortos de secretariado y costura. Una carrera larga ya no entraba en los planes.

Finalmente, Heinz partió el 4 de marzo de 1961 junto a su tío Benno, quien luego de casi 10 años en Chile quería tramitar una pensión en Alemania y buscar mejores oportunidades laborales. Tomaron el tren "rápido" a Santiago y luego un vuelo de la línea aérea SAS a Miami. Desde allí continuaron con un bus Greyhound hasta Nueva York, donde permanecieron tres días, para luego proseguir hasta Hamburgo. Heinz disfrutó enormemente el viaje. Su espíritu aventurero y sed por conocer nuevos lugares y formas de vida se hizo presente una vez más. Sacó innumerables diapositivas que luego mostraría a Renate para hacerla partícipe de la experiencia.

Durante el período que estuvo en Alemania, trabajó en las fábricas de Hassia en Butzbach, Welger en Wolfenbüttel, Güldner en Aschaffenburg, Fahr en Gottmadingen y Mercedes y Bosch en Stuttgart. En Mercedes se desempeñó durante un período en la sección de reparación de motores. Todos los días recibía dos motores usados que presentaban desperfectos. Los desmontaba completamente, pieza por pieza. A continuación, recibía las piezas nuevas y debía montarlos nuevamente, de manera muy ordenada y precisa. Le ofrecieron un salario por hora como al resto de los operarios de la planta, pero Heinz les dijo que prefería que le pagaran por motor armado, en perfectas condiciones, sin falla. Sabía que, si alguno presentaba problemas, se lo descontarían. Durante el mes y medio que estuvo allí sólo le devolvieron un motor. Y cuando lo llamaron para informárselo, le dijeron que no había sido por culpa suya, sino por una pieza nueva que había presentado un soplo en el metal. De esa experiencia aprendió algo que le serviría para el resto de la vida: nunca confiar en el material que le entregaran; ser precavido y revisar todo muy bien antes de empezar un trabajo. Pensó que si esta falla se había presentado en Mercedes, donde supuestamente eran los máximos especialistas en precisión y seguridad, lo más probable es que en otros lugares también se produjeran este tipo de falencias.

En Bosch también le fue muy bien. Incluso le ofrecieron un empleo permanente y con buen salario. Era la oportunidad soñada de regresar a su país con un puesto de trabajo y una carrera profesional promisoria.

Mientras trabajó en las distintas fábricas también aprovechó de recorrer parte de su antiguo país, en ocasiones con su tío Benno y en otras con nuevas amistades que había hecho. Le gustó lo que vio. Alemania se había levantado del suelo y ya no era la nación pobre que él recordaba. Pero Heinz no tenía ninguna duda: quería volver cuanto antes a Chile para casarse con Renate. Como él mismo se decía: “el corazón es más fuerte que la razón”.

Una vez finalizado su programa de entrenamiento, en el mes de noviembre zarpó en barco desde Hamburgo, vía Santos, con destino a Montevideo. Allí tomó un vuelo de Lan Chile a Santiago, donde desembarcó con 11 maletas y un acordeón. Entre los tesoros más preciados que traía estaba la tela para el vestido de novia de Renate, comprado en Saint Gallen, Suiza. Poco después llegaría un cajón que había enviado por vía marítima y que contenía varias modernidades que con mucho entusiasmo había adquirido para su nuevo hogar, entre ellas un horno grill y una máquina de tejer.

En el aeropuerto lo estaba esperando Renate. Juntos fueron a Viña del Mar a visitar a su madre. Tenía ganas de verla y compartir con ella las impresiones del viaje y también del estado en que había encontrado a Alemania. En especial le había agradado la zona de Stuttgart y las oportunidades que ofrecían sus fábricas automotrices. Estaba pensando en su hermano menor, que aún no se había asentado del todo en Chile. También había averiguado que si su madre se radicaba en Alemania, tendría derecho a una pensión que le permitiría vivir tranquila el resto de sus días. Ella le dijo que lo pensaría.

Le alegró ver tan bien a su madre. Su hermano Horst se había convertido en una de las principales estrellas del básquetbol en la V Región. Con sus dos metros de estatura era una de las figuras de Everton y ya habían ganado varios torneos en el último tiempo. E Ilse se había convertido en la entusiasta madrina de los jugadores. Lavaba las camisetas y los acompañaba activamente en entrenamientos y juegos oficiales.

Renate ya le había contado que su hermana Helga y Horst se habían enamorado. Titulada de enfermera matrona, ella se había ido a trabajar al Hospital Alemán de Valparaíso y se había reencontrado con Horst, quien entonces seguía viviendo con su madre y su hermano menor, Hans, y trabajaba en la rotisería Stark. Por la cercanía familiar, habían coincidido en varias actividades sociales. Y Horst, con esa simpatía que siempre lo caracterizó, terminó por conquistar a Helga, que ya había roto más de algún corazón en su entorno. A poco andar comenzó a tomar forma la idea de una boda doble. A Heinz le encantó la idea. Los dos hermanos casándose con las dos hermanas.

Él sabía que su madre tenía algunos temores. Ella adoraba a sus futuras nueras y estaba segura que sus consuegros también estimaban a sus hijos, pero antes del matrimonio necesitaba tener una conversación con Reinhard Kusch. Una conversación que le dejara claro que sus hijos eran hombres honestos, trabajadores y esforzados, que se casaban con sus hijas para hacerlas felices y que no estaban aprovechando la coyuntura para acomodarse en un nido tibio que les ofreciera una vida fácil.

Heinz tenía claro que él y Horst se estaban incorporando a una de las familias adineradas de Llanquihue y entendía por qué su madre quería despejar cualquier sombra de duda. Debido a la guerra lo habían perdido todo, su país, sus bienes materiales y la vida de las personas que más amaban y lo único que les quedaba era su integridad. Ella no soportaría que alguien dudara de la honestidad de sus hijos.

Cuando le contó su conversación con Reinhard, vio que estaba tranquila y feliz. Él le dijo que conocía bien a sus futuros yernos y que tenía muy claro quiénes eran esos dos jóvenes a los que ya había empezado a querer como hijos.

En septiembre de 1962 Heinz se casó con Renate en una boda doble en la recién reconstruida iglesia luterana de Llanquihue. La original, fundada en 1934, había quedado destruida tras el terremoto. Los orgullosos novios eran los hermanos Heinz y Horst Schwarz. Y las novias, Renate y Helga Kusch Schöbitz, nietas e hijas de sus primeros empleadores que los habían ido a buscar a Buenos Aires 12 años atrás.

Si bien la intención original de Heinz era abrir un taller mecánico, finalmente una conversación con su suegro lo hizo cambiar radicalmente sus planes. Como parte de la futura herencia de su mujer, Reinhard Kusch le propuso que se hiciera cargo de un campo en la zona de Llico, ubicado a 42 kilómetros de Puerto Varas hacia la costa. Según le informó, estaba estipulado que, de ese gran predio de 1.260 hectáreas propiedad de Otto Schöbitz, le correspondían 680 hectáreas a su hija Laura (madre de Renate) y 580 hectáreas a su hijo Otto II. Su idea era traspasar ese campo a Heinz y a su hija Renate como una especie de herencia anticipada.

Analizó con Renate las distintas alternativas que se les presentaban. Abrir el taller mecánico había sido su gran proyecto, pero tenía que ser realista. En un comienzo vivirían ajustados, hasta que él pudiera obtener alguna ganancia. También podrían irse a Alemania y aceptar el ofrecimiento de un puesto en Bosch, pero eso los obligaría a partir de cero en otro país. Y a él le gustaba Chile. Finalmente, Heinz se convenció que aceptar esa herencia anticipada era la mejor opción. Puso como única condición tener absoluta libertad en la administración de la propiedad. Por su forma de ser sabía que de otra manera no resultaría y por ningún motivo quería tener disputas con la familia de su mujer.

No lo dijo en su momento, pero también le hacía ilusión trabajar su propia tierra. Una de las cosas más importantes que le había transmitido el viejo Albrecht había sido el amor por la tierra y la necesidad de mantenerse en sintonía con la naturaleza. Aún lo recordaba tomando un puñado de tierra húmeda en sus manos, diciéndole que la familia y la propia tierra eran lo más importante en la vida. Se prometió a sí mismo, por la memoria de su abuelo, que él trabajaría esa tierra hasta convertirla en el mejor campo de la región. ***

El 3 de abril de 1963 Heinz llegó junto a Renate a su nuevo hogar, el fundo Las Nalcas en Llico. Ya estaban esperando a su primer hijo y estaban muy ilusionados con esta nueva aventura. Después del terremoto de 1960, la casa de encontraba en pie, pero el establo estaba semi destruido. Lo primero que hizo fue comprar alambre de púa y establecer una división clara entre los dos fundos, entre el que ahora era suyo y el del tío de su mujer. No quería tener diferencias con el único hijo varón de Otto Schöbitz. Entre sus bienes se contaban ahora 17 vacas como parte de la herencia y 1 vaca que recibieron como regalo de matrimonio de un tío. También tenían 3 yuntas de bueyes, 1 toro, 14 terneros, 48 chivos, 24 ovejas y 17 caballos. Una de las primeras medidas que tomó Heinz fue cambiar 10 caballos por tejuelas para reparar el establo y construir otro. Estaba seguro que un nuevo establo, más moderno y resistente, le prestaría mayor utilidad.

Afortunadamente la casa estaba en razonables condiciones, aunque era antigua y no contaba con ciertas modernidades que eran básicas para Renate. Entre otras cosas, no tenía baño en su interior. Para tal efecto disponían de una letrina distante a varios metros de la casa. Una solución rudimentaria aceptable sólo por pocos meses. Como primeras prioridades, Heinz estableció la excavación de un pozo profundo para contar con agua de buena calidad y construir el baño

dentro de la casa.

Otro desafío fue pasar el invierno y pagar los sueldos de las cinco familias de trabajadores que vivían en el campo. Heinz se sentía responsables de ellos. Él sabía lo que era trabajar la tierra y apenas tener para comer. Quería ser un buen patrón para su gente. También enfrentó otras dificultades, entre ellas la enfermedad de sus vacas producto de la fiebre aftosa o pisotia, la muerte de una de ellas arrollada por el tren que pasaba por sus tierras y la falta de dinero para comprar semillas e iniciar las siembras. Pero con el empuje de la juventud, él y Renate salieron adelante. Estaba dispuesto a trabajar más duro que nadie.

Cuando llevaban casi cinco meses en su nuevo hogar, Heinz se vio enfrentado a un nuevo dilema. Su mujer tenía un tipo de sangre particular –era RH negativo– que, según le habían dicho, podría ser riesgoso para ella y la criatura que estaba a punto de nacer. Lo conversó con ella, con sus suegros y también con su madre. Todos estuvieron de acuerdo: Renate viajaría a Valparaíso y tendría a su hijo allá, en el Hospital Alemán, que en esa época contaba con los avances técnicos necesarios si se producía una emergencia. Además Helga, la hermana de Renate, trabajaba en ese recinto hospitalario y conocía al equipo médico. Ella misma acababa de dar a luz ahí. Estaba decidido, Renate viviría con su madre en Viña del Mar hasta el momento del parto y él se quedaría trabajando en Llico.

Un 26 de septiembre recibió el aviso de su madre. No tenía teléfono, pero a través de sus suegros se enteró del nacimiento de su hija. Todo había salido bien. Renate y la niña estaban en perfectas condiciones. Dejó todo y partió de inmediato a Llanquihue y ese mismo día tomó el tren a Santiago. Y luego un bus a Valparaíso.

Heinz agradeció que su madre los acompañara en el viaje de regreso al sur. Estaba feliz con el nacimiento de su nieta y con la vida que Heinz estaba construyendo en su campo. Ella también había estado muy ligada a la tierra en su juventud en Wilkischken. Además, tendría la oportunidad de visitar a Fritz, que se había casado con Sonia Held, descendiente de una reconocida familia de colonos alemanes, y ya tenían una hija. Y, por supuesto, a Eva.

◆◆◆

En esa época Heinz ayudó a su madre a gestionar una compensación económica por las pérdidas sufridas durante la guerra. Cuando estuvo en Alemania, conoció con mayor detalle el Lastenausgleichgestz o ley sobre compensación de daños promulgado en agosto de 1952 para las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, ya sea por la pérdida de propiedades que quedaron en el sector oriental tras la partición del país, por haber sufrido daños físicos o sicológicos o por la internación en campos enemigos, entre otros. Al revisar el detalle, Heinz comprendió que su madre, sus hermanos y él mismo podrían ser sujetos de algún tipo de beneficio. Producto de lo anterior, al año siguiente recibieron un documento que acreditaba que recibirían un total de 6.700 marcos por los bienes existentes antes de la guerra. Un monto bastante reducido si se consideraba el valor de la tierra y la casa que habían perdido.

Su madre también había iniciado los trámites para gestionar su pensión de viudez. Para ello tuvo que aceptar finalmente que su marido había muerto. Heinz sabía que, si bien durante años no había tenido ninguna noticia de su padre, Ilse aún mantenía el contacto con la Cruz Roja, con la secreta esperanza de saber qué había sido de Hermann. Admiró una vez más la fuerza interior de su madre mientras completaba los papeles, entre ellos una descripción certificada de la última noticia que tuvo de su marido y un completo currículum que daba cuenta de su carrera militar, pero también de su vida personal y familiar. Sabía que si permanecía en Chile recibiría 900 marcos, monto insuficiente para vivir sin sobresaltos. Pero si se radicaba en Alemania, la pensión

subiría a 2.000 marcos, además de un seguro de salud.

Heinz estuvo de acuerdo en que su madre regresara a Alemania. Sería duro no contar con ella en la vida diaria, pero allá tendría su futuro asegurado. Esa protección social era lo mínimo que se merecía esa mujer valiente, que había sufrido hasta lo indecible y que durante años sólo se había preocupado del bienestar de todos ellos. Además, había una razón adicional para que Ilse volviera a su país: su hijo Hans.

Durante el período que trabajó en Bosch, Heinz cultivó muy buenas relaciones con sus jefes. Cuando empezó a vislumbrar la posibilidad de que su madre y hermano menor regresaran a Alemania, de inmediato se puso en contacto con sus antiguos empleadores, quienes estuvieron de acuerdo en darle una oportunidad a Hans. Como él hablaba perfectamente el español, su primer trabajo consistiría en hacer de intérprete para los numerosos trabajadores españoles que habían llegado a trabajar a la fábrica. Después supo que además le ofrecieron tres años de estudios y una completa formación profesional como mecánico calificado.

Así, Heinz vio a partir a su madre en 1964, en compañía de su hijo menor Hans de 28 años, el único que aún no había formado una familia en Chile. Se instalaron en Stuttgart, en un pequeño departamento. Constantemente tenían noticias suyas. Renate era buena para escribir y siempre recibía respuesta.

CAPÍTULO 3

Una nueva expulsión del hogar

Mientras su madre empezaba una nueva vida en Alemania, nacieron sus otros dos hijos, Kurt en 1964 y Alex en 1966, ambos en Puerto Varas. Junto a Renate decidieron que no había sido necesario tomar tantas precauciones como cuando nació la hija mayor, Elke.

En diez años Heinz había hecho un buen trabajo en el campo de Llico. Había seguido todos los consejos que alguna vez le dio su abuelo: amar, cuidar y respetar la tierra, sentirse profundamente unido a ella y a sus animales. También solía recordar a su abuela. Junto a Renate habían diseñado una huerta similar a la que ella cuidaba con tanto mimo en Trankwitz. Además de una gran variedad de verduras, incluyeron frutas que utilizaban para hacer conservas que luego se guardaban en el sótano para los meses de invierno.

Heinz había logrado su objetivo. Tenía un buen pasar económico y no le debía nada a nadie. Era propietario de 526 cabezas de animales propios, entre ellas 128 vacas lecheras en producción, 68 vaquillas cubiertas, terneros hembras y machos, 4 yuntas de bueyes, 6 caballos, ovejas, chivos y chanchos, además de 3 tractores, una sala de ordeña y maquinarias agrícolas. Entregaba 1.600 litros de leche al día. También cultivaba papas certificadas para semilla, trigo y poseía una plantación de 28 hectáreas de pino oregón. Entre sus sueños estaba utilizar parte de esa madera para construir una casa nueva en el futuro.

En el plano social, también se sentía parte de una comunidad que acogió con los brazos abiertos a este “gringo" trabajador, generoso y lleno de vitalidad. Producto de sus años de privación en Alemania, el tema social nunca le fue indiferente. Por ello en 1966 decidió ingresar al Club de Leones, llegando a ser presidente de los clubes de Río Frío y Llanquihue y jefe de zona del distrito Maullín, Los Muermos y Fresia.

Él y Renate habían desarrollado una excelente convivencia con los vecinos de Llico, Cañitas y Río Frío y se sentían a gusto con ellos. Heinz participaba todas las semanas en extensas tertulias de juegos alemanes de naipes, como 66, Schafskopf y Skat. En primavera, en la época de capa de los novillos, invitaban a comer criadillas, se reunían en torno a un asado de cordero, tomaban chicha de manzana hecha en casa y cuando alguno mataba un cerdo, era una tradición compartir con los vecinos. Se sentía plenamente integrado. Había apoyado la construcción de una posta en el pueblo cercano de Cañitas y colaboraba con Carabineros y Bomberos, al igual que sus vecinos.

Pero todo cambió el 2 de marzo de 1972. La nueva vida que Heinz había logrado construir en Chile junto a su mujer empezó a resquebrajarse ese día, cuando percibió un movimiento inusitado en su campo. Al salir a ver qué pasaba, se enfrentó a un grupo de más de 300 personas. El líder le informó que habían llegado a tomar posesión del predio como parte de las políticas de reforma agraria del régimen de Salvador Allende.

Heinz estaba consciente del momento político que vivía el país. La expropiación era un

riesgo que los agricultores enfrentaban en esa época, pero nunca pensó que le tocaría a él. Sentía que el trabajo y la energía que le había dedicado a su tierra bastaría para mantenerla a salvo de los vaivenes políticos.

La Unidad Popular había extremando la legislación de reforma agraria promulgada por el gobierno de Eduardo Frei y aceleró la expropiación de tierras agrícolas, logrando en los mil días que duró el gobierno de Allende confiscar cerca de 4.400 predios correspondientes a más de 6,4 millones de hectáreas. Allende había sido elegido presidente en 1970, con el proyecto de instaurar el socialismo en el país. Su programa contemplaba la construcción de un Estado Popular y una economía planificada de corte estatal.

Heinz no pudo hacer nada para evitar que unas 20 personas se instalaran a vivir en forma permanente en el garaje del fundo. La toma también afectó al predio colindante, propiedad de Otto II Schöbitz. Según le informaron, el objetivo era seguir expropiando los campos cercanos y crear un gran recinto de 5.000 hectáreas en la zona a través de la Corporación de Reforma Agraria, CORA, al que llamarían Centro de Reforma Agraria (CERA) 21 de mayo. También le dijeron que su campo era el corazón de ese proyecto.

Trató por todos los medios de encontrar algún resquicio que le permitiera recuperar su tierra. Eso sí, la violencia nunca fue una opción. Él ya había vivido suficientes muertes durante su infancia y primera juventud.

Le anunciaron que el fundo le había sido expropiado “a puertas cerradas”. Es decir, con todo lo que tenía encima, incluidos los animales. Como Heinz consideraba que los animales eran de su propiedad, un día decidió sacarlos y llevarlos al campo de uno de sus vecinos. Así, si perdía la tierra, al menos contaría con sus vaquillas para comenzar de nuevo. Pero al poco tiempo comprendió que su estrategia no había dado resultado. Pronto recibió una citación de policía internacional, notificándole que si no los devolvía sería expulsado del país porque estaba cometiendo un delito. Él no era un delincuente. Sólo estaba protegiendo lo que consideraba suyo. Había trabajado tanto para conseguirlo. Derrotado, no le quedó más opción que devolver sus animales al campo.

Especialmente doloroso fue cuando le informaron que la causa de la expropiación era el exceso de terreno y la nula explotación. Él sabía que eso no era cierto. El suyo era el mejor campo de la zona, el que tenía la sala de ordeña más moderna, llevaba un programa de control de praderas con la Universidad Austral, había puesto en marcha un proceso de reproducción muy avanzado para la época y había sembrado 6 hectáreas de papas certificadas con la empresa alemana Segenta. Sentía que lo que estaba ocurriendo era una real injusticia. Había puesto en práctica todos los consejos de su abuelo y, al igual que a él, también le arrebatarían su tierra.

La situación se prolongó por más de un año, hasta mayo de 1973. Heinz trató por todos los medios de defenderse, incluso una vez logró que se retiraran los Carabineros que habían llegado con un contingente para obligarlos a salir, debido a un papel que no estaba correctamente emitido. Lo habían empujado a irse dos veces de su tierra y no estaba dispuesto a dejarse despojar fácilmente.

Veía con preocupación cómo la violencia iba en aumento en los campos de la zona. Los vecinos se apoyaban entre quienes sufrían la toma de sus tierras. Las noches eran largas, entre todos hacían rondas y organizaban turnos conjuntos con Carabineros. En más de una ocasión recibieron disparos en los vehículos. Heinz se veía enfrentado nuevamente a experiencias que había enterrado en lo más profundo de su memoria. Se negaba a que la historia se repitiera.

El tiempo transcurría y le estaba siendo cada vez más difícil salir y dejar a su mujer sola en el campo. Cada vez que entraba o salía lo intimidaban mostrándole un fusil. Como los niños iban al

colegio en Puerto Montt, durante los meses escolares vivían en Llanquihue, en casa de sus suegros. Allí al menos estaban a salvo de la violencia que se vivía en el campo. Pero debido a las paralizaciones generales que enfrentaba el país, las clases fueron menos regulares y comenzaron a pasar temporadas más largas en casa. Los veía jugar con sus amigos de siempre, los hijos de Juan, el trabajador que vivía en la casa más cercana a la suya y que se encargaba de la huerta de Renate. En su inocencia, solían jugar con los hijos de Juan a los "tomafundos". El antagonista era uno de los hijos de una familia que vivía en su garaje.

Para evitar que se metieran en problemas, prefería que se entretuvieran mirando televisión. Y, si le era posible, se quedaba en casa con ellos jugando a los naipes o juegos de mesa, al igual como hacían sus padres con ellos durante los largos inviernos en Prusia. Este también era un invierno, pero de otro tipo. Temía que esta vez la primavera no llegara nunca.

Se había asegurado de que no pasaran hambre. En la despensa tenían conservas para sobrevivir varios meses y uno de sus compañeros del Club de Leones era el propietario de un negocio de abarrotes en Río Frío. Si bien no contaba con un stock demasiado amplio, le facilitaba el acceso a productos básicos.

◆◆◆

Las clases se habían reanudado y él había llevado a sus hijos otra vez a Llanquihue. Pero no se sentía tranquilo; las ventanas del bus escolar que los trasladaba desde ahí a Puerto Montt habían sido reforzadas con rejas para evitar eventuales golpes de piedras, y cada cierto tiempo el chofer cambiaba la ruta, para eludir caminos cortados y emboscadas con "miguelitos". Los niños se lo relataban como una aventura, pero él, que había sobrevivido a una guerra, empezó a comprender lo que debió sufrir su madre durante ese interminable invierno de 1945.

Lo peor fue cuando le negaron la entrada al campo, estando su mujer sola en la casa. Ahí sintió que su mundo se derrumbaba. Iba acompañado de algunos vecinos. Sabía que ellos le ayudarían si era necesario. Las pulsaciones se le dispararon cuando una de las personas que vigilaban la valla de ingreso al campo lo detuvo. Otro lo apuntó de frente con un rifle y le dijo: "Usted ya no entra más". Mientras intentaba procesar el significado de esas palabras, toda su vida pasó en cámara rápida frente a sus ojos. La muerte de sus abuelos, de sus tías y de su padre. Simplemente, no sobreviviría si algo le pasaba a Renate.

Mientras escuchaba cómo sus vecinos le pedían que regresaran a Cañitas o Río Frío y llamaran a Carabineros, él ya había tomado una decisión. Sabía que podrían pasar horas hasta que llegara la ayuda policial. Estaba asustado y preocupado por Renate. Su mujer podía estar en peligro. Sin pensarlo demasiado, se sacó la chaqueta, miró de frente a la persona que lo apuntaba con su arma y le entregó la prenda de vestir mientras le decía: "Tengo algo de un valor muy grande en la casa, algo que vale mucho más que toda la visión política de ustedes: mi señora, que está sola".

Con los dientes apretados saltó la barrera, no sabía si lo iban a golpear o si recibiría un tiro. Sólo siguió avanzando sin mirar atrás. Con alivio comprobó que Renate estaba bien. Le explicó lo que sucedía y acordaron que la situación había escalado a un límite insoportable. Salió de la casa, volvió por su chaqueta y fue en busca de Carabineros junto con sus vecinos.

Ese día Heinz sintió que algo se rompía en su interior y comprendió que no podía seguir arriesgando la vida de su mujer y sus hijos. Simplemente no valía la pena. El costo podía ser demasiado alto. Así, una mañana de mayo, se fue y dejó todo atrás.

◆◆◆

El último viaje lo hizo en su destartalada citroneta. No era antigua, pero la polvorienta ruta sin pavimentar ya le había pasado la cuenta. La última carga que llevaba estaba bien asegurada con cuerdas: dos cajas con libros, la vajilla preferida de su mujer, la elegante cuchillería con sus iniciales que habían recibido como regalo de matrimonio y algunas maletas con ropa de abrigo y juguetes de los niños. Estaba listo para emprender el camino. Un viaje de poco más de una hora que significaba romper una vez más con todo lo que consideraba suyo.

Alargó un poco los minutos y dio una última mirada al camino de acceso. Se detuvo en los árboles que plantó cuando él y Renate llegaron a vivir allí recién casados. En su momento se había decidido por abedules. Eran resistentes y fáciles de mantener, pero sobre todo le recordaban sus años felices de infancia en Masuria. Y eso era lo que él soñaba para su hogar: un lugar apacible, que oliera a tierra bien trabajada, a hierba recién cortada y a frutos silvestres, donde sus hijos pudieran crecer sanos en un entorno natural. En diez años sus abedules habían crecido bastante y se estaban convirtiendo en la hermosa arboleda que él siempre había imaginado.

Sólo que Heinz ya no disfrutaría de su sombra. Se acababa de despedir de Juan, Ernesto y del viejo Sánchez, tres de los trabajadores que siempre se habían mantenido a su lado. Recordó emocionado cómo le estrecharon la mano y le desearon buena suerte, a él, el patrón, el “gringo" que siempre trabajó codo a codo con ellos. Tampoco había sido fácil para ellos. Cuando un año antes se había iniciado la toma del fundo, se esperaba que se sumaran al contingente de campesinos y funcionarios de la CORA que instalaron sus banderas en el lugar. No fue así.

Mientras recordaba el incidente que tuvo lugar la semana anterior y que aún le erizaba la piel, recogió un puñado de tierra húmeda, al igual como había visto hacer a su abuelo tantos años atrás, la apretó en su mano y luego dejó que cayera entre sus dedos. Subió a su citroneta, puso primera y se dispuso a partir sin mirar atrás, mientras algunas lágrimas empezaban a brotar de sus ojos.

No lloraba sólo por él. Lo hacía por su padre, por sus abuelos, por su madre y por sus hermanos. En algún momento de sus vidas, todos habían sido expulsados de sus hogares. Su padre, desterrado a Siberia por negarse a luchar en una guerra sin sentido contra su propio país. Sus abuelos, obligados a dejar sus tierras con apenas una carreta y algunos caballos porque un tratado los dejó en el lado equivocado de la frontera. Su madre, sus hermanos y él mismo empujados a huir en medio del invierno, con temperaturas de 20 grados bajo cero, con apenas lo puesto y una gruesa frazada anudada en sus espaldas para escapar de la muerte. Y ahora, cuando le faltaban pocos meses para cumplir 41 años y pensaba que por fin había encontrado su lugar en el mundo, el destino nuevamente se ensañaba con él. Una lucha política que no buscó y de la cual nunca tomó parte se transformaba en una nueva batalla perdida para él y su familia.

Tenía que tomar una decisión. Lo estaban obligando a dejar su casa y esa tierra que había llegado a querer tanto, pero ¿sería también el momento de abandonar este nuevo país, como lo habían hecho ya algunos de sus hermanos? Había llegado a los 17 años y medio, sin hablar el idioma, a trabajar en el campo como obrero agrícola para pagar su pasaje. Se había esforzado y hoy se sentía parte de esta tierra, casi tan chileno como alemán. Había recorrido un largo trecho desde su Prusia natal. No temía a los nuevos comienzos y tampoco a los desafíos. Él y su familia ya habían sobrevivido a cosas peores.

Así, mientras rememoraba como un verdadero deja vu esta nueva expulsión del hogar, se hizo una promesa. No se quebraría y permanecería en Chile. Esa certeza lo tranquilizó y enfiló su citroneta hacia Llanquihue para trazar planes con su mujer.

◆◆◆

Vivirían por un tiempo en un sector llamado Colegual, en un campo de su hermano Fritz, quien ya había regresado a Alemania a fines del año anterior. Junto a su mujer, Sonia Held, había decidido que en Chile no estaban dadas las condiciones para desarrollarse y ver crecer a sus niños en un ambiente seguro. El clima político le preocupaba. Él ya había sobrevivido a una guerra.

Heinz sabía que antes de partir, Fritz había vendido su campo de 196 hectáreas a un profesor alemán por un monto cercano a los 6.000 marcos. Como habían pasado algunos meses y la suma aún no ingresaba a la cuenta de su hermano, él se ofreció a ayudarlo a anular ese trato y a cuidar de su campo. Le pagaría un arriendo cuando pudiera.

La respuesta fue positiva y a las pocas semanas Heinz y su familia se instalaron en el campo La Huacha. La casa era grande y tendrían que compartirla con unos vecinos que habían sufrido el incendio de su hogar. Se trataba de un matrimonio mayor que ocupaba el segundo piso. Renate estuvo de acuerdo, él era un pariente de su madre y los conocía bien. Heinz sabía que a su mujer no le gustaba la casa. Era demasiado grande, con habitaciones enormes y techos que superaban los tres metros. La calefacción sería el principal desafío. Le dijo que no se preocupara, que sería algo momentáneo.

A dos semanas de llegar, se vio enfrentado nuevamente a la posibilidad de una expropiación, esta vez en el fundo de su hermano. Pero cuando el funcionario de la CORA lo reconoció –coincidentemente era el mismo que encabezó la toma en Llico– se retiró diciéndole que no le quitarían el campo dos veces. “Eso sería demasiado”, le dijo.

En esa época Heinz también recibió la primera cuota del pago por las instalaciones y animales que había dejado en Llico: los tractores, maquinaria agrícola, sala de ordeña, vacas lecheras, vaquillas, novillos y terneros que fueron tasados al mejor precio de la feria. El pago se realizó con documentos a 90 y 180 días plazo, sin intereses ni reajustes, con una inflación del 800%. Lo que le pagaron alcanzó para comprar un Fiat 600.

CAPÍTULO 4

Una familia en dos continentes

Mientras intentaba recomponer su vida y acomodarse junto a Renate en su nueva casa, pensaba a menudo en su madre y sus hermanos. En la decisión que habían tomado. Él mismo se planteó varias veces si no sería más sensato regresar a Alemania y empezar de nuevo en Stuttgart. Su hermano menor, Hans, tenía una buena posición en Mercedes. De seguro lo ayudaría a encontrar trabajo. Incluso con algunos conocidos llegaron a explorar la idea de emigrar a Namibia, en esa época Südwestafrika o África del Suroeste, antigua colonia alemana con un amplio territorio disponible para la agricultura. Sin embargo, la situación política en ese país y la política del apartheid los hicieron desistir.

Heinz había seguido con satisfacción el desempeño laboral de Hans. De los tres primeros años en Bosch escaló luego a Mercedes, donde hizo una meteórica carrera. Ahora ocupaba una alta posición en una de las empresas automotrices líderes en el mundo. Había triunfado en su país y eso lo enorgullecía. Pero él no se sentía cómodo con la alternativa de regresar a Alemania. Aún soñaba con recuperar su tierra. Y si se iba, cerraría para siempre esa opción.

Su hermana Eva se había marchado en 1971. Tras 20 años de residencia en Chile, junto a su marido y sus tres hijos, de 13, 14 y 15 años y medio, decidió intentar un nuevo comienzo en su país natal. Heinz entendió sus motivos cuando hablaron de su inminente partida. Su marido, Walter Möller, era el propietario de una pequeña empresa con 15 trabajadores que administraba en conjunto con su hermano. Sus principales clientes eran agricultores, que estaban pasando serias dificultades. Varios de ellos, como él mismo, habían sido afectados por las expropiaciones y no tenían cómo pagarles. Tampoco podían disminuir costos despidiendo a los trabajadores, aunque prácticamente no hubiera trabajo para ellos. Todos los meses debían reunir suficiente dinero para pagar los salarios. Al final la situación se tornó insostenible. Habían perdido todos sus ahorros. Él sabía que a su hermana le dolía partir. Pero al igual que su madre 20 años atrás, Eva pensó en sus hijos, en el futuro que aspiraba para ellos, y

llegó a la conclusión que era mejor dejar todo en Chile e iniciar una nueva vida en Alemania. Heinz sabía que la tensión política y el ambiente de enfrentamiento que percibía en Chile también habían colaborado en cierta medida.

Su hermano Horst y su mujer -Helga, la hermana de Renate- también emigraron a Alemania en 1972 con sus dos hijos pequeños de 9 y 6 años. Se instalaron en Stuttgart. Ella trabajó en su profesión como enfermera matrona y él ingresó a la fábrica de Mercedes Benz con el apoyo de Hans.

Fritz, en tanto, se instaló cerca de Hamburgo, en Albersdorf, y trabajó como operario de maquinaria especializada en drenajes para una gran empresa alemana con operaciones en Dinamarca, Polonia y Siria, entre otros.

De sus cinco hermanos, sólo Georg tomó su misma posición. Permaneció en Quilpué,

trabajando en la empresa familiar Cornils, defendiéndola con fuerza de los distintos problemas que enfrentaron durante los años de la Unidad Popular. Al igual que Heinz, su hermano mayor decidió que su lugar estaba en Chile. “Yo no les voy a enseñar a mis hijos a huir”, le dijo.

◆◆◆

Después del golpe militar Heinz inició los trámites para que le restituyeran el campo. Cumplió con una serie de trámites, rellenó papeles y habló con distintas autoridades. Finalmente, en enero de 1974 le informaron que le devolverían 396,4 hectáreas de Llico. Las 283,6 restantes se repartirían en cinco parcelas que fueron entregadas a familias campesinas para que vivieran en el lugar y trabajaran la tierra, como un “aporte voluntario” para la reconstrucción del país.

Después de su larga lucha, estaba cansado. No era lo que esperaba, pero supo que no tenía alternativa. Decidió hacer las paces con sus contendores y tomar lo que le ofrecieron.

Cuando regresó al campo y vio el estado en estaban sus tierras, se desesperó. El deterioro era total. De sus cuidadas praderas y tierras de cultivo ya no quedaba nada.

Tampoco de los animales que se vio obligado a dejar allí antes de marcharse. Sabía que tendría que partir de cero, pero lo peor era la casa. No podía llevar a Renate a vivir allí. Ella estuvo de acuerdo. Aunque la casa de Colegual no le acomodaba, estaba dispuesta a esperar un poco más.

Esos primeros años no fueron fáciles para él. Tuvo que pedir un crédito Corfo para volver a comprar animales, semillas e instalaciones agrícolas que le permitieran comenzar de nuevo en Llico. Para salir adelante se refugió en la fortaleza que le ofrecía su mujer. Siempre había estado junto a él, apoyándolo en los momentos más difíciles, cuando sentía que estaba a punto de claudicar. Ella era fuerte, inteligente y perseverante. Sabía cómo contenerlo. También lo ayudaba la fe en Dios que compartía con Renate. Le había servido de mucho en los peores años de su vida. Ahora que tenía la oportunidad de comenzar de nuevo, no le podía fallar. Él se definía como un “sembrador”. Quería que sus acciones dejaran un rastro positivo para su familia, para sus vecinos, para sus obreros y también para la tierra que trabajaba.

Volvió a honrar la promesa que se había hecho al abandonar su país de nunca mirar hacia atrás. Él siempre miraría hacia adelante. Y en esa definición, no cabían el rencor ni el odio.

Cuando comprendió que tendría que seguir viviendo en Colegual, decidió contratar a un administrador que lo ayudara con Llico, aunque él mismo se trasladaba varias veces por semana con su citroneta entre los dos campos, para supervisar personalmente los avances. Si bien la situación no era holgada y en varias ocasiones tuvo que recurrir a créditos para comprar semillas e insumos, se estaban afirmando económicamente.

Con Renate decidieron enviar a sus hijos a la capital, para que completaran sus estudios en el Colegio Alemán de Santiago. Esa institución había dado inicio a un programa de educación dual, que complementaba la enseñanza media tradicional con estudios de administración de empresas. Para el piloto, el director a cargo del proyecto visitó todos los colegios alemanes del país seleccionando a los mejores alumnos.

Luego de revisarlo en detalle, a Heinz el proyecto le hizo mucho sentido y se sintió orgulloso cuando supo que sus hijos habían sido elegidos. Representaría un gasto adicional, pero él lo pagaría gustoso. Producto de la guerra no había tenido una educación apropiada, pero sus hijos tendrían la mejor que él pudiera conseguirles.

Renate resintió la decisión. Ella era una madre preocupada de sus hijos y él sabía que le dolía tenerlos lejos. Ahora sólo los vería durante las vacaciones y algunos fines de semana largos. Para hablar con ellos tendrían que trasladarse a Llanquihue porque no tenían teléfono en el campo.

A él tampoco le gustaba vivir lejos de sus hijos. Echaba de menos esos intensos campeonatos de canasta o de brisca que compartían los fines de semana, así como las largas conversaciones que sostenían. Pero hacía algún tiempo, después de la expropiación, había tomado una decisión: ninguno de sus hijos sería agricultor. Vivir apegado a la tierra sólo les traería dolor. Él lo había comprobado en carne propia, así como antes sus abuelos. Todos ellos habían derramado lágrimas amargas por sus tierras. Sus hijos estudiarían y tendrían una profesión distinta a la agricultura.

Mientras seguía trabajando duramente, recorriendo a diario el camino de ripio que separaba Colegual de Llico, sobrevino una catástrofe financiera que volvió a desestabilizar su vida. Nunca olvidaría ese 4 de junio de 1982, cuando el entonces ministro de Hacienda Sergio de la Cuadra anunció la devaluación del peso. En julio de 1979 las autoridades económicas de la época habían fijado el precio del dólar en 39 pesos, situación que se hizo insostenible casi tres años después, desencadenando una grave crisis económica que repercutió en todo el aparato productivo del país. Quiebras de bancos e intervenciones de empresas fueron la tónica en esos días.

Sólo un par de semanas antes, su ejecutivo del Banco Osorno y La Unión lo había convencido para traspasar su deuda en pesos a dólares. La compra del abono de un año, efectuada con ese crédito, le costó muy cara en los años que siguieron. No obstante, siguió trabajando duro para pagar la deuda y enviar a sus hijos al colegio y a la universidad. Pero había un dolor que superaba al resto: ya no podría construir la casa nueva que le prometió a Renate. Tendría que seguir esperando.

Siempre con la inquietud de ser un aporte positivo para su entorno, durante esos años también participó activamente en distintas organizaciones. Entre ellas, en el directorio de la Cooperativa Eléctrica Llanquihue, CRELL; como socio activo en la Corporación Agrícola Frutillar, CAFRA; y como presidente del directorio del Colegio Alemán de Puerto Montt, impulsando cambios constructivos en cada una de esas entidades. Canalizó su interés social apoyando activamente la construcción del Hogar de Ancianos de Llanquihue, y su nombre se encuentra inscrito en la placa que reconoce a los primeros aportantes del Teatro del Lago de Frutillar.

Con su hermano Georg se mantenían en permanente contacto. Veraneaban juntos todos los años. Ambos disfrutaban haciendo camping junto a sus familias mientras descubrían nuevas playas en los lagos del sur. Se mantuvieron siempre cercanos a su patria y a las costumbres que les habían legado sus antepasados, siendo activos en directorios de colegios y clubes alemanes, como jugadores del tradicional juego de cartas alemán Skat, y heredando el idioma y las tradiciones a sus hijos.

◆◆◆

El viaje más doloroso que emprendió junto a su hermano Georg fue el que hicieron a mediados de 1989, para despedirse de su madre. Eva les había avisado que ya no le quedaba mucho tiempo. Si querían verla con vida, tendrían que apurarse en llegar a Stuttgart.

Heinz sabía que su madre estaba enferma. A sus 82 años había vivido bastante más de lo que ella misma esperaba. Un corto tiempo antes había fallecido intempestivamente el marido de Eva, Walter Möller. Su madre había estado muy unida a él, lo quería como a uno más de sus hijos. Heinz creía que ese dolor le estaba pasando la cuenta. Su corazón ya no resistía nuevos golpes.

En Stuttgart se reunió una vez más con todos sus hermanos. Hacía mucho tiempo que no los veía. Si bien la circunstancia era triste, fue una gran alegría reencontrarse. Y lo mejor fue que su madre alcanzó a verlos a todos junto a su lecho. Estaba lúcida y despierta. Fue una despedida en vida que para Heinz fue muy importante.

Tenía lágrimas en los ojos cuando escuchó a su madre diciéndole que los últimos 20 años de su vida habían sido los más felices para ella. Había visto crecer a sus hijos y a sus nietos, y tenía la satisfacción de verlos convertidos en personas correctas, ordenadas y con una vida feliz. Ella se veía tranquila y en paz. Incluso le dio algunos marcos para que le comprara un regalo a su bisnieto, el primer nieto de su querido Heini. Antes de partir, él le compró una gran caja de legos Duplo que le entregaría a su regreso a Santiago, de parte de su bisabuela Ilse. Una gran mujer, luchadora como ninguna.

Su madre falleció pocos días después de su regreso. Los cinco días que pasó a su lado le ayudaron a superar el dolor. Sabía que ella se había ido tranquila. El hecho de que sus seis hijos hubieran salido adelante, como personas honestas, de bien, con familias bien constituidas, había sido siempre su mayor orgullo. “Estoy tranquila y no le debo nada a nadie”, repitió en más de una oportunidad. Y como él era creyente, estaba seguro que por fin se había reunido con Hermann y con sus padres.

Sólo lamentó que su madre hubiera fallecido antes de la caída del Muro de Berlín, ese mismo año un par de meses después. Si bien su Prusia querida había desaparecido después de la guerra, al menos la habría consolado la reunificación del país.

◆◆◆

Ninguno de sus hijos fue agricultor y cuando cumplió 70 años decidió que ya no tenía sentido trabajar tan duramente y vendió su campo. Por fin le compró a Renate la casa que le había prometido y se instaló en Llanquihue, a orillas del lago, con vista al Volcán Osorno.

Por su naturaleza inquieta, sabía que tendría que buscar algún proyecto allá. Simplemente no podía permanecer de brazos cruzados. Cuando el profesor y escultor Roberto del Río le ofreció ser uno de los socios fundadores de la Corporación Cultural Ciudad de Llanquihue, aceptó encantado. En conjunto con Roberto empezaron a darle vueltas a la organización de un concurso de esculturas en madera. Soñaba con que los principales exponentes de esa disciplina de todo el mundo llegaran a Llanquihue y dejaran sus magníficas obras para que adornaran las plazas y avenidas de la ciudad.

Al día de hoy Heinz considera que ese sueño se cumplió con creces. El concurso va en su décimo tercera versión y las esculturas han pasado a formar parte de la fisonomía de Llanquihue. Adornan los dos accesos principales, la nueva costanera, la ribera del río Maullín y las principales áreas verdes de la ciudad. Heinz le asigna mucha importancia al cuidado que la propia ciudadanía le brinda a las esculturas. Está convencido que la población se siente orgullosa de ellas, porque representan sus raíces y han pasado a ser un legado para las futuras generaciones. En su opinión es algo muy bonito, algo por lo que vale la pena vivir.

A sus 87 años, Heinz se siente un hombre satisfecho. Dice que todos los días celebra un nuevo cumpleaños y da gracias a Dios por estar vivo. Se levanta muy temprano por las mañanas a trabajar en su huerta, donde cultiva todo tipo de verduras orgánicas. Con sus propias manos siembra, cuida y cosecha zanahorias, lechugas, arvejas, papas, habas, zapallos, espinacas, porotos verdes, betarragas, pepinos y rabanitos. También dedica algunas horas a sus arándanos, frambuesas y frutillas, protegiéndolas de las aves que se ven atraídas por sus colores. Y, por supuesto, siempre encuentra algún espacio disponible para plantar las flores que le gustan a Renate. En especial se siente orgulloso de los copihues rojos, blancos y rosados que ha logrado cultivar pese al frío clima sureño. Asimismo, cuida con mimo a los gusanos que lo proveen del humus que luego mezcla con la tierra para brindarle nutrientes de buena calidad a sus verduras; muchos comensales le aseguran que no hay mejores en el mundo. Y si alguno de sus hijos o

nietos viajan a Llanquihue, se siente inmensamente feliz y se encarga de repletar sus maletas con alguna de sus delicias orgánicas.

Además de su amor por la tierra, su otra gran pasión siempre ha sido la educación. Pese a que sabe que es difícil, aún trata de influir en los liceos profesionales de la zona, tratando de convencer de la importancia de incorporar materias que sean útiles para la vida de los jóvenes. Los conmina a que sean conscientes de sus raíces y conozcan las historias de sus padres y abuelos, porque sólo así podrán saber el tipo de futuro que quieren construir. Acepta encantado cuando lo invitan a dar charlas en colegios y universidades sobre temas agrícolas. En sus intervenciones trata de transmitir ese amor a la tierra que heredó de su abuelo en la lejana Prusia natal. Y da el consejo que en su opinión definió su vida: mirar siempre hacia adelante, pero recordando el legado y los valores de sus antepasados.

EPÍLOGO

A lo largo de los años mi padre, Heinz, siempre se mantuvo unido a su hermano mayor y en estrecho contacto con la familia en Alemania. Habían pasado mucho juntos y, aunque ahora los separaba un océano, seguían siendo los compañeros de juego de antaño en esa lejana infancia de Prusia Oriental.

Me sigue llamando la atención que nunca los hubiera oído hablar sobre la muerte de sus seres queridos o de la desesperación y el hambre que pasaron durante su adolescencia. Más bien –o así lo he querido creer– habían hecho un pacto de silencio para enterrar las pérdidas en un rincón olvidado de sus cerebros y así salir adelante y enfrentar con bríos sus nuevas vidas, fueran en Chile o en Alemania.

Era reconocido que cuando se juntaban más de tres hermanos Schwarz podían cantar durante toda la noche en forma ininterrumpida. Como eran muy competitivos, el desafío era cantar sin repetir ninguna canción. Y eso podían hacerlo 5 o 6 horas seguidas. Pude comprobarlo en más de una oportunidad, cuando centenares de canciones típicas alemanas desfilaban interminablemente entonadas por sus siempre afinadas voces, de tenor algunas y de barítono otras.

De los hermanos Schwarz hoy sólo sobreviven mi tía Eva y mi padre Heinz. Mantienen periódicas conversaciones por teléfono, porque ya decidieron que estaban viejos para tomar aviones y trenes para visitarse. Se ríen de sus achaques y se alegran con matrimonios y nacimientos de nuevos integrantes que se van incorporando a la familia. La más reciente es la primera bisnieta de Eva. Lamentablemente Fritz falleció en agosto del presente año. Fue muy triste para todos, en especial para mi padre, que perdía a uno de sus últimos compañeros de juego. Por fortuna alcancé a comentarle este proyecto, hurgar entre sus recuerdos y enviarle uno de los primeros borradores.

Después de una larga e intensa vida en Chile, con varios viajes a Alemania en el cuerpo así como recorridos por distintos países -entre ellos algunos tan distantes como Japón, Turquía, Estados Unidos y Canadá-, mi padre Heinz tuvo la oportunidad de viajar a Prusia Oriental, para visitar el antiguo hogar y cerrar una etapa que aún permanecía inconclusa. Con anterioridad Georg y Eva ya habían realizado ese doloroso viaje, poco tiempo después de la caída del Muro. Pero mi padre había privilegiado otras latitudes, entre ellas un viaje a Crimea junto su sobrino Karl-Heinz, hijo de Eva, en búsqueda del rastro de la familia Schwarz en la antigua Friedental. Un intento vano. Como era de esperar, luego de la Segunda Guerra Mundial y las purgas de Stalin, cualquier vestigio de población alemana en esa región había sido borrada por completo.

Después de pensarlo mucho, mientras aún sopesaba si escribir este libro o no, me di cuenta que si quería emprender esta aventura literaria, necesitaba conocer en persona las locaciones. Sentir el olor de la tierra prusiana, ver con mis propios ojos los famosos bosques oscuros y lagos cristalinos y caminar por los senderos que antaño recorrieron mis antepasados. Al compartir estos planes con mi padre, me pareció detectar un brillo especial en sus ojos. Sentí que a él también le gustaría recorrer una última vez esos lugares que antaño habían sido su hogar. Si bien él había decidido hace muchos años que su hogar estaba en Chile y que no tenía sentido hurgar

en los recuerdos y perder energías lamentándose por algo que no se podía cambiar, cuando le propuse efectuar el viaje conmigo, abrazó la idea con entusiasmo.

Después de revisar varias veces el itinerario, finalmente tomamos la decisión de ir solo a Polonia, que en la actualidad incluye dentro de sus fronteras a la antigua Masuria prusiana. La histórica Königsberg y Trankwitz quedaron excluidas del viaje. No sólo por la dificultad adicional de contar con visa para los ciudadanos alemanes, impuesta por Rusia, sino también por los trágicos recuerdos que aún despiertan esos lugares. “Dejemos descansar a nuestros muertos”, fue la reacción de Heinz. Masuria, en cambio, traía remembranzas de una infancia feliz, de una tierra amable que siempre estará en el corazón de los hijos que, al igual que la familia Schwarz, fueron arrancados de sus hogares para siempre luego de los trágicos sucesos de 1945.

Para mí sería un viaje de descubrimiento, de desentrañar mis raíces, esa parte de la historia que sólo conocía por relatos de terceros. Para mi padre, sin duda, fue algo aún más especial: volvería a visitar su tierra con 70 años más en el cuerpo. Se preguntaba si sería capaz de reconocer los senderos que recorrió de niño, su casa, el granero e incluso las edificaciones de la antigua escuela. Y sumábamos una dificultad adicional: el idioma alemán había sido erradicado por completo por los rusos. Prácticamente no existía población de origen alemán en la zona, pues casi todos fueron desplazados en su momento. La política de repoblamiento seguida por los soviéticos los había reemplazado por rusos y polacos.

Entonces, contar con un guía que hablara polaco y alemán era imprescindible. Gracias al contacto de un compañero de trabajo con una agencia de turismo en Polonia, contratamos a un muchacho joven llamado Woitek que cumplió con ese servicio. Aún estudiaba en la universidad. Según nos comentó, desde el ingreso de Polonia a la Unión Europea, muchos jóvenes como él empezaron a estudiar alemán por la empleabilidad que les otorgaba, ya sea para desempeñarse en turismo o en empresas que requerían ese idioma al ser Alemania la principal economía de la zona.

El postergado viaje tuvo lugar en agosto de 2015. Mi padre, mi madre y yo iniciamos el recorrido en Gdansk (Danzig), una ciudad que en su momento fue destruida por alemanes y rusos por igual. Precisamente en el puerto de esta localidad recaló el Andros en ese fatídico invierno de 1945, obligando a la familia Schwarz a descender para evitar una crisis sanitaria. Hoy su centro histórico se encuentra completamente restaurado. En algunos de sus principales hitos arquitectónicos aún se despliegan lienzos con un “antes” y “después”, dando cuenta de un largo período de reconstrucción.

Fue emocionante encontrarnos con una ciudad vigorosa, que desprende energía y donde sus habitantes aprendieron a ser libres nuevamente. En especial nos llamaron la atención los jóvenes, que no tuvieron el peso de vivir bajo el yugo de la Unión Soviética.

Como fuimos en época de vacaciones de verano, el comercio y los restaurantes eran atendidos en su mayoría por estudiantes que buscaban comunicarse en una mezcla de inglés y alemán con los turistas, intentando mostrarles las bondades de su tierra. Al igual que nuestro Woitek, entendían que el turismo había pasado a ser una fuente de ingresos importante en su país.

Luego de empaparnos del ambiente, hicimos una excursión a las localidades cercanas de Zoppot (conocida como la Bayreuth del norte) y Gdynia, la antigua Gotenhafen, donde mi padre y su familia vivieron días de pesadilla en su huida durante la guerra. Allí recorrimos el puerto e intentamos descubrir el lugar donde en su momento estuvieron atracados los barreminas que los sacaron de Prusia Oriental.

Al tercer día ya estábamos listos para visitar Masuria. En nuestro viaje fue imposible

abstraernos del paisaje, tan parecido al sur de Chile. Grandes plantaciones de trigo, centeno, avena y raps ocupaban las praderas, y también era posible apreciar los famosos bosques oscuros de Prusia, inmortalizados en la canción Land der dunklen Wälder. Si bien las especies no eran exactamente las mismas, su follaje tenía un parecido innegable a robles, abedules, tilos y pinos. También era posible apreciar cigüeñas que habían hecho sus nidos en postes telefónicos y eléctricos, así como en algunas chimeneas elevadas. Según me confidenció mi padre, esas aves siempre han sido típicas de la zona. "Una característica de la cigüeña es que se mantiene fiel a una sola pareja", agregó.Encontrarnos con la ciudad lacustre de Gizycko -la antigua Lötzen- representó para mi padre un momento especial. Todo volvía a estar allí nuevamente: el Löwentinsee donde aprendió a nadar, los restos de un antiguo regimiento donde había servido su padre, el Katherinenkrankhaus -hospital donde lo habían curado una vez cuando niño-, el histórico fuerte Boyen y el paisaje bucólico que recordaba tan bien.

Lo primero que hicimos fue caminar hasta el lago. Si bien habían construido una nueva costanera y una marina donde se encontraban atracadas embarcaciones de distinto tamaño, mi padre se emocionó al sumergir sus dedos en ese lago que recordaba tan bien. Los veleros que surcaban sus aguas completaban la imagen de una postal veraniega. Me confidenció que, cuando era niño, la vela y la pesca eran los deportes preferidos de los habitantes de la zona, y al parecer seguía siendo así.

Luego tomamos el camino que nos llevaría a Sulimen. No estábamos seguros de encontrarlo, pues el guía no dominaba esa zona y tampoco sabíamos el nombre con que lo conocían sus habitantes ahora. Luego nos enteraríamos que no era tan diferente: Sulimy.

Sin embargo, el instinto y sentido de orientación de mi padre nos llevó directamente al lugar. "Esa es la casa del General Trenkmann, que entonces era el jefe de la zona militar", exclamó de pronto. "Ya estamos cerca". Un poco más allá identificó una construcción que podría haber sido la antigua escuela. Ya faltaba poco para la entrada a la propiedad de su padre, tal como él la recordaba: un camino flanqueado por abedules y al fondo, la casa y los establos. La ansiedad era tal que en un primer momento equivocamos el rumbo y tomamos otra dirección, pero luego, al dar la vuelta, Heinz, con brillo en los ojos, reconoció de inmediato el antiguo hogar.

Con resolución tomamos el camino de entrada, ése que tantas veces recorrió cuando niño. Las edificaciones estaban tal como los recordaba, excepto la casa, que ahora tenía un segundo piso más amplio. El resto seguía igual. Tocamos a la puerta, pero ese día nadie nos abrió. La intención era presentarnos y hablar con los nuevos dueños, para que nos permitieran visitar la propiedad.

Intentaríamos suerte nuevamente al día siguiente, pero mi padre se tomó un momento para recorrer los alrededores, la antigua huerta, los árboles frutales, el suave lomaje que llevaba a la zona más elevada y el camino que colindaba con la propiedad vecina. También nos indicó el lugar donde -según sus recuerdos- debería estar la tumba de su hermano Peter. En fin, todo aquello que aún guardaba en su memoria. En ese momento era nuevamente Heini, el inquieto niño que se estaba reconectando con su tierra en Masuria.

Como Georg y Eva ya habían hecho el viaje, conocíamos el apellido de la familia que ahora ocupaba la casa. El propietario era un ruso llamado Piotr Buko. Como todo joven, nuestro guía Woitek se manejaba bien en internet y ubicó a una persona con ese apellido en otra dirección. Pensamos que se había mudado y decidimos ubicarlo en un conjunto de edificios ubicado en un barrio obrero de Gizycko. Después de interrogar a un conserje y un guardia, que no entendieron en absoluto lo que estábamos buscando, nos dimos por vencidos y decidimos regresar al día siguiente a Sulimy.

En el intertanto, en Gizycko descubrimos un Club Social y Cultural Alemán. Lamentablemente sólo permanecía abierto de 9 a 13 horas y cuando lo localizamos ya estaba cerrado. No obstante, el hecho de recibir la visita de un compatriota que regresaba tras más de 70 años ameritaba una excepción y llamaron a la directora Barbara Ruzewics (Siegner, de soltera), quien acudió prestamente a darnos la bienvenida.

Según nos relató, luego de la caída de la Cortina de Hierro, recordar las tradiciones alemanas volvió a estar permitido y fue así como algunos antiguos habitantes de la ciudad, tras 46 años, volvieron a congregarse en torno a sus costumbres, a hablar el idioma, redescubrir a sus artistas y entonar las canciones de su infancia.

Abrieron el 8 de agosto de 1991 con 500 socios, aunque ahora solo cuentan con 250. Según nos confidenció, los mayores ya han fallecido y muchos jóvenes han dejado la ciudad en busca de nuevas oportunidades de trabajo en los centros urbanos más grandes. Pero su mayor orgullo es que ahora ya existen siete colegios alemanes en Masuria. Algo difícil de imaginar para ella, luego de narrarnos la tragedia que vivió junto a su madre al terminar la guerra.

Bárbara y su madre pudieron permanecer en Prusia, pero les prohibieron hablar su lengua bajo pena de tortura y las obligaron a desempeñarse en labores de servicio para poder subsistir. Entre los 14 y los 15 años fue enviada a Yalta a un centro de “reeducación social”. El objetivo era borrar su antigua identidad cultural. Luego de sufrir una violencia sicológica que prefiere mantener para sí, comprendió que más le valía adaptarse a su nueva realidad. Para el resto sería una ciudadana ejemplar, aunque en su interior se prometió seguir siendo la niña prusiana que habían educado sus padres. Nos dice que fue una experiencia que recordará mientras viva, aunque comprende que otros corrieron peor suerte que ella. Al menos había sobrevivido.

Luego de recibir algunos libros y folletos de regalo abandonamos ese Club Alemán que, en su apariencia exterior, lleno de banderines y alegres decoraciones germanas, era similar a cualquier institución de su tipo, pero que ahora sabíamos soportaba una carga emocional muy fuerte para sus fundadores. En un emotivo intercambio, mi padre también le regaló algunos souvenirs de Chile, como un recordatorio de que al otro lado del mundo, en el extremo austral de América, tenían a un compatriota que había construido allí su nuevo hogar.

El viaje también incluyó un paseo en barco por la Seenplatte, es decir toda la región de los lagos que están interconectados por decenas de canales, que hacen que sea una zona navegable y muy turística en verano. La contaminación lacustre que se puede observar en la zona fue uno de los aspectos que entristecieron a mi padre, para quien la conservación ambiental siempre ha sido un tema importante.

Ese mismo día visitamos Mikolajki y la antigua Johannisburg, donde se desempeñó mi abuelo como responsable de la organización militar. Visitamos el museo en busca de algún antecedente que significara una huella del paso de Hermann Schwarz por esa zona, pero no fue posible encontrar nada, aunque nos llevamos un libro de recuerdo sobre la influencia alemana en la región. Lo que sí encontramos fue un sector de casas muy similares a las que habitó la familia Schwarz en esos años. Se trataba de viviendas de dos pisos que daban directamente al río Pissek, con pequeños embarcaderos para los botes. Mi padre quiso creer que alguna de esas pintorescas casitas había sido la suya. Y que tal vez en uno de esos embarcaderos había estado atracado el bote de su padre, ese en el que alguna vez lo había sacado a pescar junto a Georg.

Ese día tampoco fue posible ubicar a nadie en Sulimy. Volvimos a recorrer el mismo camino. Esta vez descubrimos a algunos trabajadores que se encontraban efectuando reparaciones en la casa que mi padre recordaba como la del general Trenkmann. Con la ansiedad propia del momento quiso hablar con ellos, decirles que su padre había desempeñado un papel importante

en esa zona y que él había recorrido esos caminos de niño. Luego de la necesaria traducción quedó claro que ninguno de ellos conocía la historia del inmueble, aunque permitieron que Heini –con su curiosidad característica– ingresara al patio y observara con mayor detenimiento el lugar.

Si bien la segunda decepción había hecho algo de mella en nuestro estado de ánimo, confiábamos que la tercera sería la vencida. Tenía que serlo, porque luego de permanecer varios días en la zona, teníamos planeado seguir nuestro recorrido hacia Prusia Occidental y visitar el castillo de Malbork (o Marienburg, por su nombre en alemán). El famoso castillo fundado por los Caballeros de la Orden Teutónica varios siglos atrás, cerca de Stuhm, donde mi padre y su hermano estudiaron alguna vez.

Al día siguiente retomamos el camino vecinal y enfilamos hacia la propiedad. Con expectación divisamos un pequeño automóvil de color blanco estacionado en el patio. Era una buena señal. Mi padre y Woitek se acercaron a la casa y tocaron la puerta. Como no obtuvieron respuesta, decidimos accionar la bocina del vehículo que nos trasladaba. Luego volvieron a golpear con mayor energía. Esta vez sí hubo respuesta. Abrió un joven, algo somnoliento. Era Pavel, el nieto de Piotr. Al parecer lo habíamos despertado.

Nos hizo pasar al jardín y nos ofreció algo de beber, a la espera de que llegaran sus abuelos Piotr y Alicja Buko. Estaban en la ciudad haciendo las compras, pero no deberían tardar demasiado. A lo sumo media hora. Mi padre disfrutó apreciando los árboles frutales y las flores del jardín, hasta que finalmente llegaron los dueños de casa. Estuvimos aproximadamente una hora con ellos.

Heinz les narró sus recuerdos del hogar, cómo corría por aquellas tierras cuando era niño, las experiencias de su padre, a cargo de las labores organizativas en la guarnición de Lötzen y cómo fueron a parar al otro lado del mundo, en Chile. Por supuesto, sin un idioma común –dado que ellos sólo hablaban ruso y polaco, y nosotros alemán e inglés– la comunicación no fue del todo fluida. Con la ayuda de Woitek nos hicimos entender, aunque nunca supimos cuánto se perdió en la traducción. Pero eso tampoco importaba demasiado.

Mi padre finalmente cerró el círculo, visitó los lugares lejanos, cuyos sonidos, olores e imágenes todavía retumbaban en su cabeza. Vio que seguían ahí, que habían cambiado, igual que él, y que su corazón estaba en paz, sin odio ni rencores. Había cumplido con la promesa que se había hecho al abandonar su país, de mirar siempre hacia adelante, pero había comprendido que su tierra y el legado de sus antepasados habían permanecido con él, definiéndolo de un modo profundo.

Para mí fue un privilegio acompañarlo en este viaje de reencuentro, una visita a lo más profundo de mis raíces. Ahora estaba lista para contar esta historia.

NOTA DE LA AUTORA

El principal objetivo de este relato es preservar los recuerdos de quienes hoy ya no nos acompañan y también de quienes fueron sus protagonistas y han guardado durante décadas estas vivencias en su memoria. Es la historia de una familia que, quizás como tantas, tuvo la desgracia de vivir en una de las épocas más trágicas de nuestra historia reciente, pero que logró sacar fuerzas para reinventarse y creer que otro futuro era posible.

En menor medida, también busca rememorar que alguna vez existió una región llamada Prusia Oriental, borrada del mapa político después de la Segunda Guerra Mundial y hoy presente únicamente en el recuerdo y corazón de unos pocos que alguna vez tuvieron allí su hogar. El orgullo de pertenecer a este grupo humano hoy desaparecido lo refleja bien la declaración de mi tío Georg Schwarz, quien solía decir: "Yo no soy alemán, soy de Prusia Oriental".

Preservar la memoria es el único tributo que hoy les podemos rendir. Para ello contamos con las voces de quienes vivieron en una época de grandes cambios, tragedias incomprensibles y la destrucción del mundo que les era conocido hasta ese entonces. Pero pese a la tragedia y gracias a la valentía y fortaleza de los sobrevivientes, futuras generaciones nacimos y crecimos en tierras lejanas, al otro lado del mundo, en un país llamado Chile.

Su historia busca que estas generaciones conozcan sus raíces, sepan de dónde provienen y quiénes fueron sus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos. Que comprendan sus pérdidas y dolores, así como sus sueños y esperanzas de una vida mejor para la familia.

Para escribir este libro fue muy importante contar con el relato que escribió Eva Möller, quien narra con especial detalle la huida de la familia desde Königsberg (hoy

Kaliningrado) en los últimos días del Tercer Reich, y los dolorosos años de postguerra. También fueron inspiradoras las largas conversaciones con mi abuela paterna, Ilse Schwarz, durante el año que tuve el privilegio de vivir con ella. Traté de honrar la promesa que le hice de ceñirme a la verdad si alguna vez me decidía a contar su historia, aunque es posible que a veces mi imaginación se colara un poco. De gran ayuda fueron asimismo los recuerdos de mi padre, Heinz Schwarz, quien con su tenacidad me impulsó a relatar la historia de la familia. También las conversaciones con mi primo Hermann Schwarz y su madre, Doris Cornils, que me permitieron aclarar algunas dudas sobre lo sucedido con Georg, el hijo mayor, durante parte de 1945 y 1946.

En lo personal, escribir esta historia significó para mí la oportunidad de conocer a personas que siempre me fueron ajenas, porque no estuvieron presentes. Eran nombres sin rostros de abuelos, tíos y parientes que se habían perdido en algún momento de nuestra historia.

Cabe agregar que para escribir este libro fue necesario investigar acerca de las circunstancias históricas que afectaron a nuestra familia. Este texto no pretende ser un tratado exacto, sólo un contexto para entender mejor las circunstancias que obligaron a los integrantes de la familia Schwarz Albrecht a actuar como lo hicieron y tomar las decisiones difíciles que marcaron sus vidas.

Estas son nuestras raíces. Un verdadero ejemplo de fortaleza, tenacidad y resiliencia que merece ser compartido. Más ahora, cuando en todo el mundo vemos a millones de personas desplazadas de sus hogares, empujadas a dejar atrás sus raíces y el mundo que sentían propio. Muchos no tienen segundas oportunidades, otros sueñan con un nuevo comienzo.

CRONOGRAMA

—Verano de 1915 a julio de 1918: Hermann Schwarz y su madre Henriette Kämereit permanecen en un campo de trabajos forzados en Siberia.

—28 de junio de 1919: Firma del Tratado de Versalles, que pone fin a la Primera Guerra Mundial.

—10 de julio de 1928: Matrimonio de Hermann Schwarz e Ilse Albrecht en Tilsit, Prusia Oriental.

—1928: Richard Albrecht, padre de Ilse, es obligado a dejar sus tierras en Wilkischken y se instala en Trankwitz, cerca de Königsberg.

—1936 a 1944: La familia de Hermann e Ilse Schwarz vive en Sulimen, en la región de Masuria.

—1 de septiembre de 1939: Comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

—30 de octubre de 1944: Ilse y sus hijos dejan su casa en Sulimen y se trasladan a Trankwitz.

—4 de enero de 1945: Ilse recibe la última noticia de su marido, Hermann Schwarz.

—29 de enero de 1945: Ante la inminente llegada de las tropas rusas, Ilse decide huir junto a 5 de sus 6 hijos. Sus padres y hermanas permanecen en Trankwitz. Dos horas más tarde, los rusos ingresan al lugar.

—29 de enero al 27 de febrero de 1945: Ilse y sus hijos permanecen en Königsberg, la capital sitiada de Prusia Oriental.

—28 de febrero al 5 de marzo de 1945: Ilse y los niños permanecen en Pillau, primero en una antigua biblioteca transformada en albergue y luego en un viejo carguero, esperando a que mejoren las condiciones climáticas para zarpar.

—6 de marzo de 1945: El carguero Andros atraca en Danzig-Neufahrwasser y la familia debe buscar un nuevo medio de transporte. En la tarde un tren los llevará a Gotenhafen.

—6 al 22 de marzo de 1945: La familia permanece en Gotenhafen, a la espera de un navío para abandonar Prusia Oriental.

—22 al 27 de marzo de 1945: Navegación sobre el Báltico en un barreminas que logran abordar gracias a la ayuda de dos marineros.

—28 de marzo de 1945: Ilse y los niños desembarcan en Swinemünde.

—3 o 4 de abril de 1945: La familia llega a Kronach, en el norte de Baviera.

—Entre abril de 1945 y fines de 1946, la familia vive en Kronach y posteriormente en Hummendorf en condiciones precarias.

—9 de mayo de 1945: Termina la Segunda Guerra Mundial.

—Julio de 1945: El hijo mayor, Georg, logra llegar a Hummendorf.

—Entre los años 1947 y 1950: La familia se asienta en la zona del Odenwald, en Würtemberg, trabajando para pequeños agricultores.

—Entre mayo de 1948 y marzo de 1950: Heinz y Georg trabajan como aprendices en la fábrica Lanz, en Mannheim.

—Mayo de 1950: La familia deja Alemania e inicia su viaje a Chile.

—24 de junio de 1950: Ilse y sus 6 hijos arriban a Buenos Aires, donde los esperan sus nuevos empleadores.

—30 de junio de 1950: Llegan a Calabozo, su destino final en el sur de Chile.

—Septiembre de 1962: Boda doble de los hermanos Heinz y Horst Schwarz con las hermanas Renate y Helga Kusch.

—En 1964: Ilse y su hijo menor Hans regresan a Alemania y se instalan en Stuttgart.

—1971 y 1972: Eva, Horst y Fritz Schwarz regresan a Alemania con sus familias.

—2 de marzo de 1972: Expropiación del fundo Las Nalcas, propiedad de Renate y Heinz Schwarz.

—Agosto de 2015: Heinz Schwarz regresa a la antigua Prusia Oriental, por primera vez después de 70 años.

—Gottlieb Schwarz: Nacido el 22 de abril de 1827 en Heggendorf – Helme, Sachsen Anhalt, Alemania. Falleció el 14 de febrero de 1914 en Friedental, Crimea.

—Henriette Kämereit: Nacida el 30 de marzo de 1861, en Siegmundfinnen, Kreis Insterburg, en Prusia Oriental. Fue sepultada el 4 de julio de 1930, en Insterburg, Prusia Oriental.

—Hermann Schwarz Kämereit: Único hijo del matrimonio de Gottlieb Schwarz y Henriette Kämereit. Nacido el 14 de diciembre de 1898 en Friedental, Crimea. Se casó con Ilse Albrecht y le sobrevivieron 6 hijos: Georg, Eva, Heinz, Fritz, Horst y Hans. Su familia recibió su última señal de vida el 4 de enero de 1945.

—Ilse Johanne Albrecht: Nacida del matrimonio de Richard Robert Albrecht y Anna-Maria Schweiger el 21 de septiembre de 1907 en Wilkischken, Memelland, Prusia Oriental. Falleció en el año 1989 en Stuttgart a la edad de 82 años. Casada con Hermann Schwarz con quien tuvo 8 hijos, dos de ellos fallecidos a corta edad.

—Richard Robert Albrecht: Nacido el 10 de octubre de 1874 en Wilkischken, Prusia Oriental, hoy Lituania. Falleció el 29 de enero de 1945, asesinado por los rusos. Casado con Anna-Maria Schweiger, con quien tuvo 5 hijos: Ilse, Kurt, Benno, Gerda y Dora.

—Anna-Maria Schweiger: Nacida el 26 de febrero de 1880 en Kullmen Szarden, Memelland. Casada con Richard Robert Albrecht con quien tuvo 5 hijos. Falleció el 29 de enero de 1945, luego de ser torturada por los rusos.

—Kurt Albrecht: Hermano de Ilse Albrecht. Ingeniero de profesión, murió en el frente ruso en las cercanías de Leningrado en el año 1941. Dejó una viuda y un hijo pequeño, llamado Peter Albrecht.

LOS PROTAGONISTAS

—Benno Albrecht: Hermano de Ilse Albrecht. Músico de profesión, sirvió en el ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial. Estuvo en una prisión rusa y fue liberado en 1950. Se reunió con su hermana y sobrinos en Chile. Regresó a Alemania en 1961.

—Gerda Albrecht: Hermana de Ilse. Estudió administración de empresas y fue alcaldesa de Trankwitz. Estuvo prisionera en un campo de concentración en Siberia y fue liberada tras siete años con su salud muy debilitada. Falleció en 1958 sin reunirse nunca con el resto de su familia.

—Dora Albrecht: Hermana menor de Ilse, en su adolescencia enfermó de poliomielitis. Falleció el 29 de enero de 1945, luego de ser brutalmente golpeada por los rusos.

—Georg Schwarz Albrecht: Hijo mayor de Ilse y Hermann Schwarz. Se casó con Doris Cornils y tuvieron dos hijos: Hermann y Martin.

—Eva Schwarz Albrecht: Hija de Ilse y Hermann Schwarz. Se casó con Walter Möller y tuvieron tres hijos: Peter, Karl-Heinz y Annelore.

—Heinz Schwarz Albrecht: Hijo de Ilse y Hermann Schwarz. En su infancia recibió el apodo de Heini. Se casó con Renate Kusch y tuvieron tres hijos: Elke, Kurt y Alex.

—Fritz Schwarz Albrecht: Hijo de Ilse y Hermann Schwarz. Se casó con Sonia Held, con quien tuvo tres hijos: Marion, Felix y Thomas.

—Horst Schwarz Albrecht: Hijo de Ilse y Hermann Schwarz. Se casó con Helga Kusch y tuvieron dos hijos: Gerd e Ingrid.

—Hans Schwarz Albrecht: Hijo menor de Ilse y Hermann Schwarz. Se casó con Mónica Schwarz y tuvieron tres hijos: Petra, Berndt y Werner.

—Otto Schöbitz: Abuelo de Helga y Renate Kusch. Primer empleador de la familia Schwarz en Chile.

—Reinhard Kusch: Padre de Helga y Renate Kusch. Acompañó a su suegro Otto Schöbitz a Buenos Aires a recibir a la familia Schwarz.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

—Die Deutsche Reichswehr. Wahlfeil/Dollinger.

—Es begann an der Weichsel. Jürgen Thorwald.

—Escritos personales de Eva Schwarz.

—Grandes Evasiones de la II Guerra Mundial. Documental, History Channel.

—Llanquihue entre Lago y Río. ONG Corporación Cultural Ciudad de Llanquihue.

—Memoria Chilena. Biblioteca Nacional de Chile.

—Preussische Algemeine Zeitung (PAZ). Semanario fundado en 1950 por la Asociación de Alemanes de Europa del Este.

—So fiel Königsberg. Memorias del General Otto Lasch.